

## Capítulo 4º

### LA GUERRA DE FRONTERAS

#### SUMARIO

- I. **La tierra de Vera en la Baja Edad Media.**— Pueblos y hombres de la tierra de Vera. La frontera con el reino de Murcia. Los hombres de la frontera.
- II. **El reino de Granada se consolida.**— Muhammad II el Teólogo (1273-1302). Conspiración contra Granada. Ocupación castellana de Lubrín. Luchas intestinas en Granada de 1310 a 1333. En el apogeo del poder.
- III. **Guerras civiles en Granada y Castilla (1381-1432).**— La frontera de Vera al principio del siglo XV. El asalto de Vera y la batalla de Zurgena. Los asedios de Hortal. Muhammad IX el Izquierdo en Vera.
- IV. **Un dictador en Granada.**— Conquista de la Ajarquía almeriense por los murcianos. Muhammad X el Cojo. La derrota de los Alporchones de Lorca. Asalto y destrucción de Mojácar por Alonso Fajardo el Bravo. Lenta agonía del reino nazarita. Notas.



## I. LA TIERRA DE VERA EN LA BAJA EDAD MEDIA

**Pueblos y hombres de la tierra de Vera.**— La extensión de la «tierra de Vera», como la de cualquier otra en trance de revelarnos su peripecia histórica, la amojonan los tiempos y los hombres. Habría que llamar «tierra de Vera» durante el Neolítico a la que se extiende desde la Mesa de Roldán a la ciudad de Cartagena, pues por todo este campo estepario descubrió Siret el medio centenar de yacimientos de las culturas de Almería y del Argar. En la primera mitad de la dominación musulmana la «tierra de Vera», forma parte, según el Udrí, del iqlim de Lorca y con éste se integra en la Cora de Tudmir; incluso parece que se entendía entonces por «tierra de Vera» la zona del Bajo Almanzora, desde la línea de Cantoria-Albox a la orilla de la mar, entre la Mesa de Roldán y la Peña del Aguila. La Ajarquía almeriense del reino nazarita comprende las comarcas de Vera y los Vélez y lleva los mojones a Tahal en la sierra de los Filabres, Fines en el Almanzora y la sierra de María en los Vélez. Después de la Reconquista, la «tierra de Vera» se contrae artificialmente por motivos políticos a la orilla derecha del Almanzora y constituye una alcaldía mayor, que casi coincide con el actual partido judicial. Es obvio que en cada época la hemos de contemplar según se nos presenta.

Con la creación del reino nazarita la «tierra de Vera» queda en la vanguardia de éste con el reino castellano de Murcia y, con la otra tierra almeriense de la comarca de los Vélez, se adelanta y toma el papel de protagonista en la guerra intermitente, que se desarrolla en torno a la frontera durante poco más de dos siglos. Creo que ha llegado el momento de tratar de conocer cómo eran los pueblos y los hombres de esta tierra. Para ello contamos con unas pocas referencias de los cronistas y geógrafos árabes y con los datos, que nos proporcionan los libros de los apeos de los bienes moriscos efectuados a partir del 1573, de los que por desgracia conocemos unos cuantos nada más. Los datos, que nos proporcionan a ochenta años de la Reconquista, son válidos aún para formarnos una idea acerca de los recursos económicos con que contaban los pobladores de esta comarca durante la Baja Edad Media.

La «tierra de Vera» ocupa el último tramo del Almanzora —el Wahdi Bayra o río de Vera de los hispanomusulmanes—, acunándose en parte entre las sierras Cabrera, Almagro y Almagrera, las estribaciones orientales de la sierra de los Filabres y la mar, y prolongándose por la zona de soldadura del valle del Almanzora con el del Sangonera, entrada oriental a la Depresión Bética, zona central del reino de Granada, y salida a las tierras más llanas de Lorca y el Campo de Cartagena. De los geógrafos árabes, la referencia más antigua a Vera la encontramos en el almeriense al-Udrí, que incluye el iqlim o distrito de Vera entre «los distri-

tos agrícolas de la cora de Tudmir» (1). Del mismo tiempo —siglos X, XI— son las referencias que el geógrafo oriental Yaqut nos ha conservado en su **Diccionario**, terminado en marzo del 1224. Una es de un discípulo del Udri, el Humaydi, de la segunda mitad del siglo XI, «Según al-Humaydi —dice Yaqut— se trata de un pueblecillo o pequeña aldea (**bulayda**) próximo a la costa en el Andalus. En su puerto los barcos hacen escala entre Murcia y Almería» (2). Lo mismo dicen y con igual concisión se expresan el velezano Dabbi en su **Bugya** y el tradiconista valenciano Sad al-Jayr; ambos vivieron en el siglo XII y ambos se inspiran en el Humaydi (3). También es del siglo XII el Edrisí, que dice: «Cerca de la desembocadura de este río (el Almanzora) hay una montaña muy alta, sobre la cual está construido el fuerte de Vera, que domina la mar» (4). La Bayra o Vera, a que se refieren los geógrafos citados, es la de Villaricos, heredera de la Baria cartaginesa, romana y visigoda, que en la segunda mitad del siglo XIII, al deslindarse las tierras de los reinos de Granada y Murcia, cambia de emplazamiento y se traslada al cerro del Espíritu Santo. ¿Cuál es la fecha aproximada de este cambio? Creo que habría que ponerlo entre el 1243, año del tratado de Alcaraz firmado por el rey de Murcia Muhammad b. Hud y el infante don Alfonso, que actúa en nombre de su padre el rey san Fernando, y el 1266, en que el dominio castellano se consolida en tierras de Murcia. El Qalqasandí nos ha conservado el texto árabe de dicho tratado, que pone los mojones de la frontera occidental del nuevo reino mudéjar en Bayra (Vera) y al-Mansura (Almanzora) (5). Pienso que al traer la nueva frontera hasta la orilla izquierda del tramo último del Almanzora, en la que estaba situada la Bayra de Villaricos, sus vecinos musulmanes no quisieron quedar bajo el dominio castellano, se trasladaron a la orilla derecha y construyeron la nueva ciudad en el cerro del Espíritu Santo. La orilla izquierda quedó despoblada por esta parte hasta más allá del Peñón de las Águilas, sirviendo de glacis defensivo al Campo de Cartagena y a los almogávares veratenses de corredor por el que pasaban a él sin ser sentidos.

La nueva Vera era una ciudad murada, con una fortaleza en la cumbre y una cerca de muros jalonada de torres, en la que se abrían tres puertas, por las que se salía a los caminos de Granada, Almería y la costa. La **Crónica de don Juan II**, que nos descubre estas tres puertas, dice que fuera del recinto murado había un gran arrabal, varios huertos, unos molinos y más de «cincuenta casas muy buenas de alquerías» (6). El viajero alemán Münzer vio en octubre del 1494, seis años después de ser conquistada por los Reyes Católicos, a la Vera del cerro del Espíritu Santo, del siguiente modo: «En una bella y feraz llanura elévase un monte, en cuya cúspide hay un célebre castillo; en la falda y esparcida por el monte está la población, compuesta de más de seiscientas casas... Por bajo del monte y del pueblo fluyen varias fuentes, de cuya agua se surte el vecindario. Dista media legua de la mar y pasa por ella un pequeño río, que basta para regar su término» (7). Siglo y medio antes, el historiador granadino Ibn al-Jatib dice que la de Vera era una tierra de cielo claro, mucha cebada y copiosos pastos; su río era otro Nilo por las inundaciones y las retiradas en llegando al término vedado; la lluvia y el rocío eran escasos; el agua para beber se traía de fuera y, estancada, se corrompía, lo que daba lugar a epidemias. Sus vecinos eran menestrales muy industriosos y mercados que comerciaban con Murcia por arrierías; las disensiones abundaban entre ellos, su devoción por la peregrinación a la Meca era escasa y pocas las familias nobles e ilustres (8). En esto parece que no exagera, pues solamente he encontrado noticias de un musulmán célebre que fuera hijo de Vera, el insigne jurisconsulto Saíd b. Nerm b. Soliman al-Gafaqi, que murió en el 1477 (9). De la fortaleza y de esta ciudad de Vera dice el marqués de Cádiz el 1488, que «es muy fuerte e así mismo un circuito grande que tiene baxo de la fortaleza... Lo de la ciudad es flaco, que está en llano e como quier que es bien cercada de muros e torres, no tiene banera ni cava» (10). Por la visita que hace a esta fortaleza el 21 de septiembre de 1509 —21 años después de conquistada por los Reyes Católicos— Pedro Fernández de Ma-

drid sabemos que, «dentro del ancho de ella», además de los almacenes y aposentos para los servicios militares, había quince casas para los soldados y sus familiares (11).

Sobre la amplitud de la que venimos llamando «tierra de Vera» nos planteamos el primer problema. ¿Cuántas poblaciones la componían con Vera, al menos desde la invasión musulmana? Para encontrar una respuesta aceptable volvemos a Yaqut, que nos traslada la siguiente cita: «Pero Ibn al-Faqih dice: "Bayra es una isla (yazira) en la que se hallan doce ciudades"» (12). Ibn al-Faqih al-Hamadani es un geógrafo de origen iraní, que compuso su obra a principios del siglo X. No dice cuáles eran estas poblaciones. El repartimiento de Farda de 1514, que se hace según la organización administrativa local hispanomusulmana, incluye en el distrito de Vera a Mojácar, Cabrera, Teresa, Bédar, Serena, Antas y Guayral (Huércal) (13). Si a estas ocho poblaciones, incluida Vera, añadimos Turre, Overa, Cuevas y Portilla, tenemos las doce del geógrafo iraní.

Conocemos la Vera del cerro del Espíritu Santo; pero no su producción agrícola y ganadera, si no es la imprecisa referencia de Ibn al-Jatib que hemos dado. Al no estar poblada Vera por moriscos antes de 1570, al hacer el apeo de los bienes de éstos en el reino de Granada tres años después, no se hizo en ella y su término, por lo que nos hemos quedado sin una valiosa fuente de datos económicos y de topónimos. De estos últimos conocemos los que nos han llegado por otra vía: Almícar, Almoraz, Montroy, Pulpí. Almícar, así anotado por Coello en su mapa (1855), algunos lo corrompen en Amílcar. Almoraz, perdido desde hace tiempo, es el nombre que en la Baja Edad Media se daba a la bahía de Vera, según los documentos del Archivo de la Corona de Aragón (14). Montros o Montroy, en la cima del cerro de los Conteros, donde estuvo la fortaleza hispanomusulmana y antes hubo un castillo bizantino, da pie a don Florentino Castro Guisasola para forjar una leyenda, o recogerla, en un trabajo inédito, cuyos datos principales doy a continuación, porque muestran cómo una leyenda puede nacer a partir de un topónimo y de unos rastros arqueológicos.

Siret interpreta Montroy como **Monte Rojo**. Castro Guisasola cree que le conviene mejor la significación de **Mont-Ros** o **Monte del ave Ros**, pues entre el cabezo de los Conteros, en el que se asienta Montroy, y el cauce del río Almanzora corre una cañada, que los vecinos llaman **Hoya** u **Hoyca de Arró o del Ro**. Supone Castro Guisasola que ambos topónimos fueron impuestos por los antiguos vecinos de la Baria hispanorromana y asimilados por los hispanomusulmanes. Añade yo que el motivo de esto bien pudo ser el hallazgo de huevos de avestruz al profanar algunas sepulturas de la Baria cartaginesa, lo que les llevó a relacionarlos con la fabulosa ave Ros y de este modo nacieron los topónimos del monte y de la hoya, que en los oídos castellanos de la Reconquista quedaron como Montroy y Hoya del Ro. Don Florentino hace alarde de su erudición y con ella ilustra y ameniza la aridez de estos estudios. El Diccionario de la Academia explica que la palabra Ros, Ruc o Rocho viene del árabe rojj y denomina a una «ave fabulosa, a la que se atribuye desmesurado tamaño y extraordinaria fuerza». Según Eguilaz, «puede transportar a todo un rinoceronte» y añade que De Saulcy «conjetura que rock, nuestro rock, parece como la última sílaba de nesroj, águila poderosísima, divinidad primordial de la teogonía asiria» (15). Trae a continuación don Florentino varias citas sobre esta ave. Gesner refiere la aparición más allá de las Comores del ave Ruc, «que tiene forma de águila, pero de un tamaño inmenso», y la relaciona con el grifo, fabuloso cuadrúpedo alado (16). Los estudiosos de **La Celestina** dicen que la cita de esta ave en la famosa obra supone que la fábula, introducida por los árabes, era ya popular en su tiempo; pero Castro Guisasola afirma que Rojas no tomó esta nota de la tradición popular, sino del prólogo que Petrarca puso a su obra **De los remedios de ambas fortunas** (17). Si los huevos de avestruz de Villaricos dispararon la imaginación de los hispanomusulmanes o la de los renacentistas que llegaron con la Reconquista, como el corregidor don Francisco de Castilla, Siret y Mirian

Astruc los han devuelto en nuestro tiempo a la realidad de los ritos funerarios cartagineses, como hemos visto en el segundo capítulo, y Castro Guisasola nos descubre las posibles conexiones de una realidad viva aún, como son estos topónimos, con la fábula medieval.

Pulpi es una población moderna; pero ya en las crónicas castellanas del siglo XV encontramos referencias a las fuentes de Pulpi, paso obligado que comunicaba la tierra de Vera con el campo de Cartagena. Garrucha es asimismo de fundación moderna; pero su pesquera existe desde la más remota antigüedad. Ibn al-Jatib señala en esta costa pesca abundante y la existencia de la perla morchan o pequeña margarita (18). El Maqqarí afirma que la recogida de coral en estos lugares no bajaba de ochenta arrobas al mes (19).

En el siglo XI el Udrí da a Mojácar el nombre de Aqaba Saqir (20). El Edrisí anota su singular posición. «De allí (Vera), dice, al monte de Mojácar, subida tan escarpada que no se puede subir a caballo» (21). Ibn al-Jatib la llama Hisn Mochaqher y añade que en su tiempo —primera mitad del siglo XIV— era un castillo nuevo, por lo que se puede suponer que los mandaron construir o reconstruir notablemente Yusuf III o Muhammad V (22). De esta fortaleza dice el Marqués de Cádiz en el 1488 que «es muy buena y fuerte e sojuzga mucho la villa», y le parece tal «por estar en una sierra fragosa y por ser el puerto (paso) para Almería» (23). La fortaleza se alzaba en la cumbre y la población se cobijaba a su abrigo, rodeada de fuertes muros y con una sola puerta que aún se conserva; grandes arrabales completaban la población en su entorno. Para Ibn al-Jatib, Mojácar era un bien dilatado; su mar no podía ser más útil ni sus cosechas, más copiosas y constantes; sus aguas carecían de frescura y su leche, que se ordeñaba con demasiada frecuencia, no calmaba la sed; en ella brotaba la fuente del bien copiosamente y sus vecinos eran muy dados a la peregrinación de la Meca. En Mojácar no se hizo apeo de los bienes moriscos en 1573, pero sí se hizo en Turre, población que no mencionan ni los cronistas árabes medievales ni los castellanos, por lo que se puede suponer que fue una alquería de Mojácar. Figura como su anejo en la Bula de dotación de oficios y beneficios de la diócesis de Almería —año 1505— (24). En el 1572 se hace el apeo de las haciendas de los moriscos que vivían en él y en este documento se dice que tenía término común con Mojácar. Según este libro de Apeo, en la tierra de Turre-Mojácar se cultivaban 219 tahúllas de tierra de riego, para lo cual el agua se tomaba del río Aguas y se embalsaba en las albercas, que cada pago tenía. Se cultivaban también mil fanegas de tierra de secano, 1.678 olivos y 1.478 morales, con cuya hoja se criaban 62 onzas de semente de gusanos de seda y esta era buena. En dicho Apeo se han conservado los siguientes topónimos referentes a pagos: Alfaix o Faix, Aljuzar o Aljuezar, Alcandías, Micar, Jacís, Alcudia, Alparatas, Alquerías, Alquirica, Zahosina, Jaliz, Fuente Aljuazar, Jaramé, Cucar y Juría en la parte de Mojácar y en la de Turre: Fli o Afli, Agualoja o Arboleja, Aymoca, Gatar, Pravel, Nalea, Maalpalma, Maalhumaida, La Xars, Botuncar, Jamila, Alarifel, Alpar, Alguachar, Alcantarilla, Algualeja del Faz, Almazara, Alverquiya, Arguelya, Fadin, Macus, Mazus, Mizirmuel y Sagra (25).

Más internados en Sierra Cabrera estaban Cabrera y Teresa, dos lugares despoblados a partir del 1570, cuyos terrenos están al presente convertidos en fincas de labor con sendos cortijos. No he encontrado referencia alguna a estos lugares en los escritores árabes. Palencia transcribe Capraria y Valera, Cabreyra. Al tiempo de la saca de los moriscos —1570— cada una de estas poblaciones tenía cincuenta vecinos (26). Quizás fueran más al comenzar su andadura el reino nazarita, pues en el 1505 se erigen sendas parroquias en cada una de ellas, siendo más importante la de Teresa, pues se la dota de dos beneficios mientras que a la de Cabrera se le da solamente uno (27). A partir de 1570 ni se hizo apeo de las haciendas de los moriscos ni se las mandó poblar por lo peligroso del lugar, expuesto a las entradas de los piratas berberiscos, por lo que no sabemos de qué se sustentaban sus vecinos ni conocemos sus topónimos de origen árabe. Más al Sur, en la misma orilla de la mar, estaba la

yazira Carhunayra, la isla Carboneras, mencionada por el Udrí y el Edrisi (28).

Pasamos a Bédar y Serena, cada una de las cuales tenía 50 vecinos en 1570 y los mismos debía tener cuando pertenecía al reino nazarita, pues el terreno no daba para sustentar más. Tampoco se encuentran referencias a estas poblaciones en los escritores árabes, por lo que creo que hasta la dominación almohade —segunda mitad del siglo XII— fueron, con Antas, Cabrera y Teresa, lugares poblados exclusivamente por mozárabes y por lo tanto no merecieron su atención. Los cronistas castellanos de fines del siglo XV transcriben Serena y Bédar y añaden un lugar que llaman Bedari, Vidari, Berdaje y Vedoril, despoblado después, que pudiera reducirse al pago, que el Apeo de Bédar llama Bedarin. Es curiosa la versión castellana, que este Apeo da de los nombres arábigos de los mojones que deslindaban su término. **Aralacaba de Fauro**, que era el nombre del mojón de la linde con Vera, lo traduce por **Cima de la cuesta del camino de Lubrín**. **Cudlacahiba**, nombre del mojón de la linde de Lubrín, por el **Cabezo de las colmenas**. La loma del Mecel, mojón de la linde con Sorbas, por loma del **Albardin** (29). En Bédar había un horno de pan de cocer, dos molinos harineros, una almazara y seis cantarerías con sus hornos. Se cultivaban 133 tahúllas de tierra de riego arbolada, con el agua de cinco fuentes, que llamaban Vedarín, Alain, Çahara, Repira y Temprana. Tenían unos cien olivos y morales para criar con su hoja 15 onzas de simiente de gusanos de seda (30). Los pagos de riego se llamaban Alfocar, Jumital, Lavjas, Nila, y los de seco, Aljive, Avlii, Barrazin, Boluncar, Fachama, Favte, Fornos, Jaira, Marjen, Mazil Gerama, Ofrarjen, Parril y Parrosa (31). Serena tenía un horno de pan cocer, un molino harinero y dos almazaras. Sus vecinos cultivaban 95 tahúllas de tierra arbolada, que regaban con el río Aguas y con tres fuenteicas, que están en la cabecera del pago de Coca, «que es un valle junto al pueblo», 500 fanegas de tierra de seco, 1.200 olivos y morales para criar once onzas de simiente de gusanos de seda (32). Los topónimos eran rambla de Almucaicar, pagos de riego de Alfaz, Vitbina, Pocil, Axere y Abolax, y pagos de seco de Abochacavlel, Aljoraca, Afavte, Macilaron, Johaila, Recis, Valarac, Batriche, Alfodaz, Guidi, Cudia, Cortilat, Favco, Camachar, Yerbadi, Naguiza, Lariz, Fex, Alfanadix y Foadirid (33).

Ni los cronistas castellanos ni los geógrafos e historiadores árabes dan el nombre de Antas, a no ser que se reduzca a ella el Antalis, no identificado, que menciona Yaqut (34). Antas era un lugar sin barrios, cuyo término llegaba hasta las mismas puertas de Vera e incluía el pago, que después llamaron el Real. Los vecinos de Vera tenían casas en Antas, a las que se retiraban en determinadas épocas del año e incluso se refugiaban aquí en caso de peligro. Había en el lugar una mezquita, un horno de pan cocer que pertenecía a los habices de la mezquita, un mesón y una fuente. Se cultivaban 126 fanegas de tierra de riego y dos mil de seco. Apenas se criaba seda. Su Apeo nos ha conservado los siguientes topónimos: Cañadas de Horoz y Nazares, pagos de Alcana, Algarce (El Garcel), Alhadiz, Alhariz o Aljariz, Ballabona, Caxete, Cojuz, Guidalmanzal, Leana, Maaira, Maçalajara, Maçalgarrobo, Mañoz, Menchal, y secanos de Careta, Handacay, Mayor y Xauro (35).

Ya hemos indicado que los hispanomusulmanes llamaban al último tramo del Almanzora Wadi Bayra, río de Vera (36). Palencia le aplica un nombre, que no he encontrado en ningún otro autor; le llama «río **Stavero**» y para que no haya dudas de su identificación, añade que se refiere al «Guadalmanzor de los moros» (37). En su orilla derecha se encuentran Cuevas del Almanzora y Portilla; a la primera la llamaron antes Cuevas de Vera, en el siglo XVI Cuevas del Marqués por estar incluida en el marquesado de los Vélez, y los cronistas castellanos del siglo XV, simplemente Cuevas. Ambos lugares tenían un término común. Cuevas tenía 400 casas y una torre fuerte de gruesos muros de argamasa, en torno a la cual don Pedro Fajardo construyó su castillo a principios del siglo XVI. Por esta torre y por estar murada el marqués de Cádiz dice de Las Cuevas que era «una villa muy fuerte» (38). Su vega era la

Almería en octubre del 1494, pone una jornada larga entre Vera y Tabernas, que puede ser la Rábita mencionada por el Edrisí (61).

Finalmente, unos datos acerca de cómo vestían y se adornaban los hispanomusulmanes de la tierra de Vera. Münzer cuenta como los vio, recién conquistada la tierra, cuando las costumbres no habían cambiado. Los hombres no llevaban calzas a no ser que fueran de viaje. Las mujeres llevaban unas amplas calzas de lino que se ataban a la cintura, sobre las calzas se vestían una camisa larga de lino y una túnica de lana o seda; se cubrían cabeza y rostro con una blanquísima tela de lino, algodón o seda, que llamaban almaizal. En cuanto a las joyas tenemos el tesorillo de Garrucha, que se conserva en el Instituto de Valencia de D. Juan (Madrid), compuesto de brazaletes, ajorcas para los tobillos y piezas tubulares de collar, de plata, repujadas y nieladas sobre fondo dorado, decoradas con circunferencias en cuyo centro hay figuras de leones, pavos, ciervas y liebres. De este conjunto de piezas de joyería, encontrado en Garrucha y de ahí la denominación de tesorillo de Garrucha con que se conoce, la pieza más importante es una ajorca de plata cilíndrica compuesta de dos partes unidas por una charnela, en cuya chapa interior está grabada con caracteres cúficos la eulogia **Bendición** y la exterior se decora con pequeñas esferas y parejas de liebres corriendo, repujadas y doradas, y tallos serpenteantes nielados sobre blanco (62). García Fuentes dice que estas piezas, de técnica complicada y fantasiosa, son de época califal (63). Siret da la traducción de la inscripción árabe de una sortija, que encontró en el emplazamiento de la Bayra de Villaricos. **Bendición perpetua** (64).

**La frontera con el reino de Murcia.**— Entre las tierras con que Ibn al-Ahmar zurció su reino y las que san Fernando y su hijo conquistaron en Andalucía y el Sudeste no existió una línea fronteriza propiamente dicha. La frontera era una ancha tierra de nadie, que contorneaba el reino granadino desde la punta de Tarifa en el Estrecho hasta la punta del Aguila en el confín almeriense con las tierras de Murcia. Esta franja de tierra, de anchura variable, estaba erizada en el borde que miraba a los dominios castellanos de atalayas y refugios, que observaban los movimientos contrarios y prevenían un amparo a la primera alarma. Seguía una zona despoblada, salpicada de fortalezas enriscadas en las alturas, que servían para desbravar las ofensivas enemigas y eran en realidad los mojones que deslindaban la frontera. Venía a continuación la primera retaguardia, formada por villas y ciudades muradas con alcázar o fortaleza central, a cuyo amparo se cultivaban los terrenos más fértiles y las huertas; servían de base de aprovisionamiento de la primera línea y de lanzamiento de ofensivas; estas poblaciones hervían constantemente de mercaderes y soldados, tráfugas y aventureros. En los casos de emergencia el mecanismo de la frontera funcionaba con increíble rapidez. Las atalayas de la primera línea, tan pronto detectaban los movimientos del enemigo, daban la alarma con ahumadas y hogueras a las tierras inmediatas, para que sus vecinos, campesinos y soldados, se guareciesen en las torres fuertes y en los refugios rurales, mientras los atajadores corrían el rebato a las villas y ciudades de la primera retaguardia, quedando en pocas horas alertada la tierra. Las fortalezas de la zona intermedia, guarnecidas por voluntarios de la guerra santa, rompían el primer ímpetu del ataque y daban tiempo a que las ciudades se pusieran en defensa y las fuerzas de cobertura, conocida la ruta seguida por la columna enemiga, se concentrasen en los pasos estratégicos, para frenar su marcha, interceptarle el paso e impedir que volviese a su base con el botín de la cabalgada. Este solía ser el suceso ordinario de las **entradas menores**, que tenían por objeto robar y talar los campos de las poblaciones próximas a la frontera. Otros eran los objetivos en la guerra abierta, que se proponían modificar la frontera y algunas veces lo conseguían, haciendo necesario establecer un nuevo dispositivo defensivo.



Muhammad V construyó o restauró durante su largo reinado, 1354-1391, la mayor parte de las fortalezas de la frontera y del interior, gastando grandes sumas, que aportaron los vecinos mediante contribuciones especiales. Ibn al-Jatib exagera cuando dice que las torres y fortalezas del reino de Granada eran catorce mil (65), pero no debía andar muy descaminado. Quizá donde había un dispositivo más ligero era al Este del poderoso macizo de Sierra Nevada, en las tierras de Guadix, Baza y Almería, porque su pobreza no tentaba a su conquista. En la primera línea de este dispositivo Vera va a ejercer de protagonista durante algo más de dos siglos. Aquí la frontera se extendía entre Huéscar, los Vélez y Vera en la parte granadina y Segura de la Sierra, Caravaca, Lorca y Cartagena en la murciana. La distancia entre las dos primeras líneas era en algunos sitios de más de sesenta kilómetros, lo que ha originado, junto con la pobreza de la tierra, que sea ésta una de las comarcas españolas de más escasa población. En ambas partes las primeras líneas estaban erizadas de atalayas, torres y casas fuertes, que servían de refugio a los pastores. Los pasos por los que se colaban las incursiones de uno y otro bando eran Topares, el Guadanletín, la rambla de Nogalte o Puerto Lumbreras, la cuesta entre Huércal y Overa y el camino de la fuente de Pulpí. En la comarca de los Vélez se alzaban las sólidas y empinadas fortalezas de Vélez-Blanco y Vélez-Rubio, que admiraron a los almohades. Les servían de avanzada más alejadas las torres de Cella en la sierra de Topares, la de Luchena en el camino alto de Lorca y la de Xiquean en el paso de Tirieza; estas torres y fortalezas cambiaron de manos con cierta frecuencia. En la zona intermedia se alzaban las atalayas, que transmitían las señales a las fortalezas principales, las del Pozo Belmonte, Taibena y Alancín que servían a la de Vélez-Blanco, y las del cabo oriental de la sierra de las Estancias, la del Charche y la de Fuente Alegre, que servían a la de Vélez-Rubio. Guardando los caminos de Lorca al valle del Almanzora y a la tierra de Vera se levantaba en primera línea, sobre el cerro de Marín, la fortaleza de Urcal, compuesta de un recinto murado, dos torres y dos grandes aljibes, cuyas ruinas las conocen los vecinos por el Castillico. Junto a sus respectivas poblaciones se alzaban las torres fuertes de Huércal y de Overa de que ya hemos hablado; guardaban el paso del Pozo de la Cuesta. Por el valle del Almanzora, entre esta primera línea y la formada por Purchena-Somontín-Oria se extendía un campo erizado de fortalezas —Zurgena, Cantoria, Aratova, Fines, Albox— y atalayas, que se alertaban con las señales de Urcal, Huércal y Overa y corrían el rebato a las fortalezas de Purchena, Oria y Serón, que lo hacían llegar a Baza. A las Cuevas, Vera y Mojácar llegaba el rebato por dos líneas, una formada por las torres fuertes de Huércal, Overa y la Ballabona y otra, por las torres del camino de la fuente de Pulpí. Desde las fortalezas de Vera y Mojácar se transmitía el rebato a las torres de Sierra Cabrera y de la parte oriental de la sierra de los Filabres, que lo hacían llegar por sucesivas cadenas de atalayas a Guadix y Almería.

Frente a este dispositivo francamente defensivo montaban la guardia los castellanos de la sierra de Segura y del reino de Murcia con otro más abierto, ágil y ofensivo. La Orden de Santiago cubría la frontera desde la sierra de Segura a la Sagra. Hasta el 1285 los Templarios tuvieron las fortalezas de Caravaca, Cehégín y Bullas, que en el 1344 pasaron a los santiaguistas, que completaron así la línea de fortalezas que tenían en esta parte, formada por Moratalla, Socovos, Vicorte, Letur, Priego, Lietor, Benizar, Nerpio, Taibilla, Jerte, Cañara, Aiedo, Totana, Cieza y Calasparra. Lorca, Mula y Cartagena eran plazas fuertes con fortaleza central, que apoyaban su retaguardia en el alcázar de Murcia. Lorca desplegaba frente a la línea granadina apoyada en las fortalezas de Vera y los Vélez las atalayas de Puentes, Felí, Tébar, Chuecos, Caristoy, Calenque, Ugíjar, Amin, Nogalte y Velillas (66).

Las guarniciones de las fortalezas castellanas eran pequeñas por la dureza y austeridad de la vida en los castillos de primera línea, por lo que solían ser destinados a ellas los nobles desterrados de la corte y los homicidas, que obtenían el perdón sirviendo un año y un día

en ellas, por lo que se acuñó el dicho: **Mata al rey vete a Lorca** (67). En las atalayas y fortalezas de primera línea granadinas servían los morabitos o voluntarios de la fe, que durante un tiempo se convertían en monjes guerreros y, mientras se dedicaban a las prácticas religiosas, servían los puestos de mayor peligro, confortaban a los soldados y combatían en vanguardia para alcanzar una muerte gloriosa en la guerra santa (68).

A pesar de tan complicado aparato defensivo, la frontera se cruzaba sin mayor dificultad, durante las treguas por las caravanas de arrieros y mercaderes, que hacían el trasiego de mercancías, bien armadas por si aparecían los almogávares o bandidos de la frontera, durante las guerras abiertas por las cuadrillas sueltas de estos bandidos, siempre por los espías de una y otra parte y por los que, habiendo cometido algún crimen, necesitaban ponerse a seguro en territorio contrario. Estos y otros lances más o menos caballerescos prestaron argumento para tejer el policromado tapiz sonoro de los romances fronterizos, que se recitaban en los zocos granadinos y en las plazas castellanas mientras los alfaqueques negociaban el rescate de los cautivos de la última algará y los alcaides y adalides preparaban la siguiente. Vivir cerca de la frontera, como los vecinos de Vera, tenía alguna ventajas y no pocos inconvenientes. Se gozaba del trasiego, beneficioso para todos, de las mercaderías y productos agrícolas, cereales principalmente que tanto escaseaban en la tierra de Vera, y del negocio de las arrierías, de la facilidad de entrar a escondidas en tierra contraria y volver con ganados y cautivos, que eran buena mercancía, de la oportunidad de comprar a los soldados en tiempo de guerra los despojos de una algará; también se corría el riesgo de amanecer o anochechar cautivo en tierra enemiga al menor descuido, de sufrir el robo de los ganados y la tala de la tierra que se cultivaba en torno a las poblaciones.

**Los hombres de la frontera.**— Los fronteros u hombres de la frontera son los personajes clave en la vida de la misma, capaces de alterarla de algún modo, y los que bullen constantemente en su entorno. Los alcaides y gobernadores de las fortalezas principales, los caudillos y los capitanes de las algaras, los adelantados mayores y los alcaides de moros y cristianos. Sus auxiliares, valiosos e imprescindibles, eran los alfaqueques y los redentores de cautivos, los fieles del rastro o ballesteros de monte, los adalides e incluso los mercaderes. Los más abundantes, los soldados, regulares y mercenarios, los monjes de las órdenes militares y los murabito o combatientes voluntarios de la guerra santa, las milicias concejiles y los movilizados en las poblaciones granadinas. Los más dañinos eran los enaciados, los homicianos y los almogávares, que abundaban en las dos partes.

Las entradas o algaras en tierra contraria, rotas las treguas, las dirigían de ordinario los adelantados y capitanes de la frontera, los alcaides de las fortalezas más importantes y los gobernadores de las ciudades principales. En el reino de Murcia se sucedieron entre 1282 y 1489 veinticuatro adelantados mayores, que disputaron frecuentemente a los alcaides de Lorca el mando de las incursiones en tierras granadinas. En estas fueron los alcaides de Vera y los Vélez y los caudillos enviados exprofeso los que desempeñaron dicha capitánía. De las peculiares condiciones, en que se desenvolvía la agitada y confusa vida de la frontera, nació un cargo singular, el de alcalde o juez de moros y cristianos, uno en cada lado y en cada sector de la frontera, encargado de dirimir las querellas que se suscitaban en tiempo de paz entre los fronteros conforme a un procedimiento establecido de común acuerdo entre granadinos y castellanos. Podía hacer cuanto considerase conveniente para guardar la seguridad en la frontera (69). La referencia más antigua a este oficio se contiene en el tratado concertado por Fernando IV e Ismael I en Sevilla el 1310, a raíz de los fracasados asedios castellanos y aragoneses de Algeciras y Almería; pero el cargo no se crea hasta el 1378, siendo el primero en ejercerlo por parte castellana el adelantado mayor Alonso Yáñez Fajardo y por la granadina

los alcaides de Vera y de Vélez el Mayor (Vélez-Bianco) (70).

Auxiliares imprescindibles de los caudillos eran los adalides, jefes militares que dependían directamente de ellos, gozaban de la condición de caballeros, llevaban armas, caballos y enseña, tenían a su cargo establecer los campamentos, poner las atalayas, y escuchas, ordenar las celadas y algaras, juzgar sus incidentes, dividir el botín y proponer el nombramiento de los almocadenes o jefes de las tropas de a pie. Hurtado de Mendoza aboceta su figura con estas palabras: «Llaman adalides en lengua castellana a las guías y cabezas de gentes del campo, que entran a correr tierra de enemigos, y a la gente llaman almogávares; saludábanlos por su nombre levantándolos en alto en pie en un escudo; por el rastro conocen la pisada de cualquier fiera o persona y con tanta presteza que no se detienen a conjeturar, resolviendo por señales, a juicio de quien las mira livianas, más al suyo tan ciertas, que cuando han encontrado con lo que buscan, parece maravilla o envahimiento» (71). Fernán Pérez el de las hazañas, en una carta dirigida al conde Pedro Navarro, pinta con trazos definitivos la singular figura de este personaje. «Porque estos, dice, como quier que los moros son astutos en la guerra y diligentes en ella, los que han sido en los guerrear los conocen bien y saben armalles. Conosçen a qué tiempo y en qué lugar se ha de poner la guarda, dó conviene el escucha, a dónde es neçesario el atalaya, a qué parte el escusaña, por dó se fará el atajo mas seguro e que mas descubra. Conosçe el espía; sabrála ser. Tiene conosçimiento de los polvos, si son de gente de pie, y cuál de cavallo o de ganado, y cuál es torbellino. Y cuál es humo de carboneros, y cuál ahumada; y la diferencia que ay de almenara a la candela de los ganaderos. Tiene conosçimiento de los padrones (lindes) de la tierra, y a qué parte los toma, y a qué mano los dexa. Sabe poner la çelada, y dó irán los corredores, e çevallos si le es menester. Tiene conosçimiento del rebato fechizo y cuál es verdadero. Dan avisos. Su pensar continuo es ardiles, engaños y guardarse de aquellos. Saben tomar rastro y conosçen de qué gente y aquel seguir. Tentarán pasos e vados, e dañallos o adoballos según fuere menester. Y guían la hueste. Buscan pastos y aguas para ella, y montañas o lianos para aposentallos. Conosçen la disposición para asentar mas seguro el real. Tentarán el de los enemigos. Irán a buscar y traer lengua dellos (prisioneros que informen), que es muy necesaria. Tiene continuo cuidado de mirar el campo, de noche los oídos desçolvados, de día los ojos no çerrados. Porque así es: debaxo de la pestaña del atalaya está la guarda del pueblo, gente y hueste» (72).

Unos individuos nacidos en el ambiente enrarecido de la frontera y que en él pululaban a sus anchas eran los enaciados, incrédulos que se adaptaban a las dos religiones, la cristiana y la musulmana, vivían del contrabando y del espionaje, pasaban de uno a otro lado de la frontera y en ambos obtenían ganancias y privilegios de sus oficios (73). Los que mantenían en vilo la frontera eran los almogávares, de al-mugawir, aventureros mitad bandidos y mitad campeadores, que por las buenas o las malas vivían de ella y sus moradores (74). Las cuadrillas de almogávares, moros o cristianos, que en tiempos de tregua entraban en territorio contrario, robando y cautivando «como en corso y latrocinio», causaban más espanto y contribuían más a mantener el miedo y la zozobra que los ejércitos regulares en guerra declarada, pues estos encontraban a los vecinos refugiados al amparo de las poblaciones muradas, mientras que aquellos los sorprendían descuidados en sus ocupaciones, destruían sus haciendas y el cautiverio que sufrían en su poder era más penoso al tener que guardarlos de los unos y de los otros y, con frecuencia, matarlos para escapar de los fieles del rastro, cuando éstos les pisaban los talones. De los almogávares moros eran más temidos los eiches o renegados, cristianos que islamizaban y volvían a robar y cautivar y, como conocían bien la tierra, realizaban sus incursiones con rara habilidad y trataban a sus antiguos convecinos con tal saña que su imprevista aparición causaba espanto, por lo que eran castigados con el mayor rigor. Las autoridades de uno y otro lado de la frontera ofrecían premios a los que presentaran sus cabe-

zas, como si de alimañas se tratase y como alimañeros salían los vecinos más jóvenes y audaces a darles caza, se ponían al acecho en las «travisas» o pasos obligados, los alanceaban, les cortaban la cabeza, enastaban éstas y, para cobrar los premios, las presentaban a las autoridades, que las mandaban exponer en los lugares públicos para escarmiento. El antídoto más eficaz contra los almogávares de cualquier pelaje eran los fieles del rastro o ballesteros de monte, cuyo oficio era levantar el rastro y seguirlo hasta dar con la cosa robada o la persona cautiva; cada distrito los tenía propios, que conocían su territorio y seguían el rastro hasta entregarlo en la linde el territorio vecino; en cada distrito formaban una corporación cerrada, estaban sujetos a los concejos, de los que recibían sus honorarios (75).

Los mudéjares y los judíos murcianos intervinieron, cada comunidad a su aire, en las actividades de la frontera. Los primeros constituían una comunidad pobre, callada, trabajadora, en constante disminución por la emigración al reino de Granada, a pesar de la protección que les dispensaban los reyes de Castilla para retenerlos; en algunas ocasiones guiaban y favorecían a los almogávares granadinos y se iban con ellos, para evitar lo cual los cristianos de Orihuela y de Murcia concertaron en el 1400 una concordia con los mudéjares de sus respectivas aljamas, por la que éstos se comprometieron a pagar los daños que los moros granadinos causasen con ayuda suya (76). Los judíos del Sudeste, que se refugiaron en Castilla al desatarse contra ellos la persecución almohade, debieron comenzar a volver al reino de Murcia en tiempos de Ben Hud (1228-1238), pues en el 1243 constituían minorías importantes en las principales ciudades y fueron protegidos por Alfonso el Sabio con varios privilegios. Su actividad se centraba en las finanzas y en la medicina. Durante el siglo XV esta minoría decrece por emigración de sus miembros al reino de Granada, donde se hacen cargo de la gerencia de los negocios de genoveses y catalanes. Con las actividades mercantiles solían combinar la de alfaqueques o redentores de cautivos (77).

El cautiverio transformaba a los hombres de la frontera en la presa más valiosa al mismo tiempo que los hacía los seres más desgraciados. Los cautivos constituían la parte más preciada del botín en las guerras abiertas y la captura más apetitosa para los almogávares en sus entradas de tapadillo. Se hacían cautivos para cangearlos por los propios y para venderlos a los redentores y a los mercaderes de esclavos. A la actividad de los almogávares en tierra llevaba el contrapunto la acción corsaria de aragoneses y granadinos en las costas contrarias. La vida de los cautivos en cualquier parte era de prisión permanente y trabajo agotador; se les empleaba en el cultivo de la tierra, el pastoreo, moer grano, majar esparto, cocer lino, en la construcción y en sacar agua de los pozos moviendo las norias, penoso trabajo de bestias. Las cárceles solían ser silos o aljibes secos, subterráneos, de suficiente profundidad como para que los encerrados en ellos no pudiesen escapar, y aun se les aseguraba con cepos, cormas y cadenas de hierro. Los castigos eran frecuentes y se añadían tormentos para que urgieran a sus parientes el rescate. A veces, sobre todo cuando los cautivos se convertían en esclavos, los amos más celosos procuraban que pasasen a su religión; casos famosos de estas conversiones cuentan las cantigas 192 y 347 (78). Por un documento del Archivo Municipal de Murcia sabemos que un mozo de Caravaca cautivo en Vélez-Blanco «el mismo de su voluntad que se hizo moro», voluntariedad en la que los moros velezanos insisten tanto que la hacen sospechosa (79). Los cautivos cristianos en el reino de Granada corrían, entre otros, el peligro de ser enviados a vender a África, donde era más difícil el rescate. En cierta ocasión un señor de Tremecén dice en carta a Jaime II de Aragón que no podía poner en libertad a todos los cautivos que tenía, porque «habeis de saber que en nuestro (país) están todos los trabajos a cargo de los cautivos, la mayor parte de los cuales son artesanos de diferentes oficios... la libertad de todos es una cosa muy difícil, porque quedarían despoblados los lugares y se paralizaría el necesario funcionamiento de los distintos oficios» (80).

Los cautivos recuperaban la libertad mediante el rescate, por manumisión y por conversión al cristianismo o al islamismo (81). Se sacaban a pública almoneda y se vendían como esclavos. Su precio oscilaba en la segunda mitad del siglo XIII entre ocho y veinte doblas, después entre cien y trescientos florines. En ocasiones se trocaban por otros cautivos y por trigo, lana y frutos de la huerta (82). La venta de cautivos era un buen negocio, que solamente estaba amenazado de quiebra cuando entraban en vigor las treguas, pero aún entonces la picaresca de los fronteros recurría a mil tretas para salvar la ganancia. En los conciertos de las treguas los castellanos imponían a los granadinos la puesta en libertad de determinado número de cautivos. En el 1448 Muhammad IX el Izquierdo comunica a los alcaides de Vera, Albox, Purchena, Oria, Vélez-Blanco y Baza el número de cautivos murcianos que han de poner en libertad, urgiéndoles «que luego sean desempachados los dichos christianos cautivos de sus cautividades» (83).

Desde el principio existió entre los hispanomusulmanes la obra de la redención de cautivos, cuyos fondos ponía el Estado y, si los bienes públicos no bastaban, se echaba mano de las haciendas particulares, sobre todo si el cautivo era pobre, pues si era rico, contribuía proporcionalmente a su rescate (84). Entre los cristianos se crearon para atender al problema de los cautivos dos órdenes religiosas, la de la Stma. Trinidad en el 1198 y la de la Merced en el 1218; sus miembros tenían por voto pedir limosna para rescatar cautivos, ir a rescatarlos y, si era necesario, quedarse por ellos en el cautiverio.

Por oficio, a la redención de cautivos, se aplicaban los alfaqueques, de los que Alfonso el Sabio dice en las Partidas que «son trujamanes e fieles para pleytear y sacarlos de captivo» (85). El aspirante a este oficio debía ser veraz, cualidad que le daba nombre, desinteresado, bienquisto de todos, esforzado, sufridor de trabajos y humillaciones, conocedor del territorio en que había de actuar y de la lengua que se hablaba en el mismo. Al oficio de alfaqueques se agregaban a veces los de correo y espía, este último cuando lo desempeñaban los ladinos, que lo tenían por misión propia. Con frecuencia se encargaban del oficio de alfaqueques los judíos, que tenían natural disposición para los tratos, los moros tornadizos y los cristianos renegados. Necesitaban el placet y un seguro de las autoridades de las ciudades en que habían de desempeñar su oficio. Alfaqueques conocidos fueron el murciano Berenguer de Sañana, que desempeñó este oficio en Vera y los Vélez el año 1375 y en el 1414 un musulmán apodado el «Vellorín de Vera» (86).

Los cristianos solían encomendarse a santo Domingo de Silos en los trabajos de su cautividad y, si lograban escapar del cautiverio, a su milagrosa ayuda lo atribuían e iban a su monasterio a darle gracias y a dejar como testimonio los hierros de su prisión. De 1232 a 1293 vivió en el monasterio un monje llamado Pero Marín, que por curiosidad fue recogiendo de cada cautivo el relato de la aventura, que le había llevado al cautiverio y luego le había traído al monasterio a dar gracias a santo Domingo y con ellos compuso un libro, del que recojo los episodios que tienen relación con la historia que nos ocupa.

Juan Sánchez, criado del monasterio de Silos, se vino al reino de Murcia. Yendo en cierta ocasión de Lorca a Murcia con otros compañeros llevando una recua, les salió una cuadrilla de almogávaes granadinos, que mataron algunos de ellos y a Juan Sánchez «firiéronle de una açagaya et prisioneron a él et otros diez e lleváronlos a Vera, a un Castillo de Moros», del que escapó milagrosamente, volvió a Lorca y de allí se encaminó a Silos (87). Otro caso anotado es el de Nicolás de Alcaraz, vecino de Lorca, que llegó a Silos el 13 de diciembre de 1284 y contó cómo en la primavera anterior salió con otros dos compañeros, «Johan et don Yuanez, sus vecinos, pora ganar algo contra tierra de moros». Entraron hasta Sierra Cabrera, dieron en dos moros que guardaban vacas y se los llevaron cautivos; cuando iban de vuelta por la fuente de Pulpi, fueron sorprendidos y apresados por una cuadrilla de catorce moros, que vol-

vían de correr el campo de Cartagena y que los apresaron a su vez y los llevaron a Vera, donde los vendieron en pública almoneda. A Nicolás lo compró por diez doblas un «moro giner», vecino de Vera, que lo metió en una cárcel en la que tenía otros sesenta cautivos. Un día que la mujer de su amo lo mandó al horno a recoger el pan, que había enviado a cocer, oyó una voz que le decía: «Nicolás, ¿cómo no te vas para Lorca?. Miró, vio que no había nadie en los alrededores y tuvo miedo. Llevó el pan a su ama, que le dio un poco y le mandó moler cebada para sus compañeros de cautiverio. Llegada la noche, contó a los otros cautivos lo que le había ocurrido y les dijo que él creía que la voz era de santo Domingo de Silos y que pensaba obedecerle al día siguiente. En efecto, al mediodía salió por medio de la calle cargado con sus hierros sin que nadie se lo impidiese, pasó la puerta de la ciudad en la que había dos soldados, que no le dijeron nada, y comenzó a caminar por el campo, llegó a un río, el Almanzora, junto al vado había muchos moros y moras lavando ropa, se encomendó a santo Domingo, se metió en el río y los moros que guardaban el vado le dieron el paso, anduvo tres días con sus noches sin comer ni beber «si non alguna fruta», llegó a la torre de Chuecos, la primera del campo de Lorca, donde le quitaron los hierros y con ellos, como ofrenda, se encaminó a Silos (88). En el 1285 un almocadén de Vera, Faray, entró hasta las huertas de Lorca con una cuadrilla de doce moros y se apostaron en ella a la espera de alguna presa, que no tardó en presentarse en las personas de García de Ubeda y Ferrón, que llegaban de un viaje. Los apresaron y se los llevaron a Vera, donde los vendieron por siete doblas a un tal Audalla, que los vendió en Almería a Hamet el Berengen. Este los tuvo trabajando en sacar agua de una noria, hasta que una noche, sin saber cómo, se encontraron en el campo a una legua de Almería y se encaminaron a Lorca (89). Entre tantos casos como recogió el monje sólo estos tres tienen relación con Vera.

Estos son los personajes, que vivieron en la frontera y de la frontera de Vera durante poco más de dos siglos. Unos medraron, los menos, y acabaron dejando a sus descendientes un mayorazgo, como los Fajardo, que con el tiempo se convirtió en marquesado. Otros, la inmensa mayoría, los musulmanes de Vera entre ellos, gozaron, sufrieron y al final desaparecieron en el anonimato.

## II. EL REINO DE GRANADA SE CONSOLIDA

**Muhammad II el Teólogo (1273-1302).**— La habilidad política del primer rey nazarita Ibn al-Ahmar y su fidelidad a lo pactado con el rey de Castilla san Fernando fueron los factores principales de la consolidación del reino de Granada. La muerte de san Fernando inicia un período de hostilidades entre Granada y Castilla, que se acentúa con la subida al trono granadino de Muhammad II, al que los musulmanes apellidan al-Faqih / el Teólogo. Muhammad II es proclamado el seis de saban del 671/25 de febrero del 1273. Tiene que hacer frente en el interior a los Banu Asquillula, dueños de Guadix, Málaga y Comares, que siguen contando con la ayuda del rey de Castilla, no obstante las paces que este año firma con él. Para contrarrestarla busca la ayuda de los Banu Marín, cuyo sultán Abu Yusuf Yaquib II es dueño de Marruecos desde 1269. Este envía tropas al reino de Granada y monta desde Algeciras, que con este fin le ha cedido Muhammad II, una serie de campañas en Andalucía Occidental desde 1275 a 1285, década de la que arranca la influencia de los Banu Marín en el reino nazarita.

En la primavera de 1275, mientras el sultán marini lleva sus razzias por el valle bajo del Guadalquivir, las milicias granadinas, con la colaboración de los walíes de Málaga, Comares y Guadix, de los arraeces de Baza y el Andarax y de los voluntarios africanos de Utman entran a correr el territorio de Jaén. Baja a hacerles frente con sus mesnadas el arzobispo de Toledo don Sancho, hijo de Jaime I de Aragón y hermano de doña Violante, reina de Castilla, los encuentra en Martos, es derrotado y hecho prisionero, le cortan la cabeza que toman como trofeo los africanos y la mano derecha con el anillo que se llevan los granadinos (90). Para vengar la muerte de su hijo y castigar de paso a los almerienses, que ayudaron a los mudéjares valencianos rebelados contra él (91), el rey de Aragón envía a su hijo don Pedro con mil jinetes y cinco mil peones, que por tierras de Murcia entra en la comarca de Vera y llega hasta Almería talando los campos que encuentra al paso (92). La frontera de Vera no vuelve a registrar otra acción —o al menos no tenemos noticia de ello— hasta diez años después, 1285, que los castellanos de Murcia sacan a los moros refugiados 20 años antes en al-Rasaqa, un distrito de aquella ciudad, y los traen al reino de Granada garantizándoles por un convenio que tendrían libre el camino y, cuando estaban entrando en tierra de Vera, «en el lugar conocido por Warqat (Huércal-Overa) los cristianos robaron a las mujeres y a los niños y mataron a todos los hombres, después de haberlos sacado por capitulación y sin armas, disponiendo de ellos como quisieron con las espadas y las lanxas» (93).

En el 1285 a Alfonso X el Sabio sucede su hijo Sancho IV el Bravo y a Pedro III de Aragón,

Alfonso III. Un año después, en Marruecos, a Abu Yusuf Yaquub II sucede su hijo Abu Yaquub b. Yusuf, que viene a España, inicia una campaña, la interrumpe, hace las paces con Castilla y vuelve a Marruecos, al que se retiran también los Banu Asquílula y el reino de Granada recupera su unidad (94).

En el 1291 a Alfonso III de Aragón sucede su hermano Jaime II, al que llaman el Justo. Aspira a convertir el Mediterráneo Occidental en un mar catalán, para lo cual se fija como objetivos afianzar sólidamente su influencia en el enfrente africano y ocupar el reino de Murcia y las tierras de Vera y Almería hasta las costas de la mar de Alborán. Para realizar esto era necesario anular los tratados firmados con Castilla por sus antepasados, lo que no era de momento posible, por lo que espera la ocasión, que se presenta cuando a la muerte de Sancho IV —1295— la menor edad de su heredero, puesto bajo la tutoría de doña María de Molina, sume a Castilla en la guerra civil, en la que interviene ayudando a los infantes don Juan y don Alfonso de la Cerda a cambio de que estos le cedan el reino de Murcia y le reconozcan el derecho a ocupar las comarcas, que componen la actual provincia de Almería (95).

Antes, en el 1293 el rey don Sancho hace merced al obispado de Cartagena de los lugares de Oria, Cantoria, Purchena, Mojácar y los Vélez para cuando fueren en poder de los cristianos (96). Es curioso que el documento incluya a Mojácar y no a Vera. Esta donación da origen después de la reconquista a un pleito entre los obispados de Almería y Cartagena.

En el 1294 los moros de Vera hacen una entrada por tierras de Murcia, de la que el infante don Juan Manuel fue solamente, por su poca edad, testigo presencial y que él mismo refiere con estas palabras: «Entonces estaba yo en la frontera de Murcia enviado por el rey... tenía doce años... Et ese verano, día de cincuaesima (Pentecostés), hobieron muy buena andanza los míos con el mio pendón, ca vencieron un hombre muy honrado, que viniera por fronterero de Vera et había nombre Jahzam Abenzayen, que era del linaje de los reyes moros et traía consigo cerca de mil caballeros. Et aun habienme dejado míos vasallos en Murcia, ca se non atrevieron a me meter en ningunt peligro porque era tan mozo...» (97). Lafuente Alcántara debe referirse a esta entrada de los moros de Vera cuando reseña la que hace Alazán ben Bucar en tierras de Murcia con 1.500 jinetes, arrasando las viñas y quemando las mieses (98). También menciona Palanques la entrada de Ben Bucar, pero dándole la victoria (99). Como esto está en contradicción con lo que dice don Juan Manuel, debe tratarse de dos entradas distintas de opuesto éxito.

Granada colabora en los planes del rey de Aragón contra Castilla. El 15 de mayo de 1296 firman una tregua por la que ambos se dejan las manos libres para ir contra ella (100). El rey de Aragón ocupa el reino de Murcia, encontrando resistencia solamente en Lorca, que resiste hasta el 1301. En enero del 1302 Muhammad II reconoce la soberanía aragonesa sobre las tierras de Murcia. Poco después, el ocho de abril de este mismo año muere (101).

**Conspiración contra Granada.**— Muhammad III al-Mahtú (el Destronado) sube al trono granadino cuando Fernando IV, llegado a la mayor edad, accede al castellano y entre Castilla y Aragón comienzan los tanteos de paz. El y su katib al-Rundí prefieren una amistad con Castilla, con la que firman una tregua en el 1303 volviendo a su vasallaje, a la colaboración con Aragón. Con el cambio de postura granadino la presencia aragonesa en el reino de Murcia queda en precario, pues los almogávares granadinos se alertan en la frontera contra los aragoneses y Alfonso Pérez de Guzmán viene a preparar la entrada en él por esta parte. Para estudiar la situación, se reúnen en Lorca los prohombres de Murcia y Orihuela y con ellos el bayle y el procurador general Bernardo de Sarriá, al que Jaime II culpa de la defección del rey de Granada por su tardanza en ir a impedir su vuelta al vasallaje de Castilla (102). Mientras, en torno a la frontera siguen produciéndose los incidentes de siempre. Unos almogáva-



res granadinos cautivan a unos vasallos de Aragón y les roban las bestias y el ganado. El rey de Granada, ante una reclamación del de Aragón, ordena a los alcaides de Vera y los Vélez que recuperen cautivos y ganados y los devuelva al alfaqueque o exea aragonés Bernal Martín. En la frontera de los Vélez los incidentes son más graves (103).

En mayo de 1304, mientras Castilla y Aragón negocian la paz, en la frontera de Vera se produce el primer acto de hostilidad aragonesa contra Granada. Berenguer de Cardona, maestre del Temple, Pedro de Monteagudo, procurador general de Murcia, y Alabbas ben Rahu, jefe africano al servicio de Jaime II, con una columna de 400 jinetes y 150 infantes entran a razziar las comarcas fronterizas. El sábado, vísperas de Pentecostés, aparecen ante Zurgena, queman las mieses y recorren los montes vecinos en busca de ganado que no pudieron robar porque los pastores se habían refugiado en los castillos y casas fuertes. A mediodía vienen a Vera. El africano Alabbas, que lleva la vanguardia, avisa a los otros que 400 jinetes de Vera le llegan al encuentro. En el primer choque los de Vera ocasionan tres muertos al africano y lo ponen en un aprieto, del que lo saca el maestre del Temple, que carga sobre los de Vera, les mata 14 jinetes y 25 peones y les obliga a volver grupas y correr a refugiarse tras los muros de su ciudad. En su persecución les va al alcance el maestre, que entra luchando en el arrabal de Vera y llega a las mismas puertas de la población. Reunida la tropa aragonesa, acuerdan talar la huerta y retirarse a Cuevas, donde la guarnición, refugiada en la torre fuerte, contempla impotente cómo talan la huerta y queman algunas casas del arrabal. Pasan la noche en la huerta de Cuevas y al amanecer del domingo suben por la orilla del Almanzora hasta Overa, talan su huerta y se encaminan a Huércal, a cuyo castillo dan un asalto y ponen fuego a sus puertas. «Las muchas abejas que había en el castillo les producían verdaderas molestias». Cuando el maestre tenía la fortaleza a punto de rendirse, Alabbas y el procurador, que se habían situado en un altonazo próximo, le avisan que llegaban fuerzas al socorro de los sitiados y preparan una celada a los que llegaban. Alabbas y el procurador se pusieron con sus hombres en un llano, a una legua de Huércal, por el que habían de llegar los que se acercaban, las acémilas con los peones se situaron en un cerro y los caballeros templarios se ocultaron en un barranco. Cuando la caballería granadina cargó sobre el africano, éste se batió en retirada y la fue llevando hasta donde se escondían los templarios, que, cuando los tuvieron a su alcance, los atacaron de frente mientras los africanos se revolvían y los acosaban por los costados. Los granadinos tuvieron cien muertos y los supervivientes se refugiaron en la torre, los africanos cuatro o seis muertos y los templarios algunos heridos. La tropa aragonesa se retiró a hacer noche en la rambía de Nogalte y al día siguiente regresaron a Lorca. Jaime II ordenó al maestre que se mantuviese alertado en Lorca, pues el rey de Granada preparaba la represalia (104). Granada concentró tropas en Vera, pero las represalias las llevaron a cabo las galeras con base en Almería, que atacaron y saquearon Villajoyosa y el litoral alicantino obligando a sus vecinos a huir al interior y se retiraron cuando el rey de Castilla ordenó al de Granada, como súbdito suyo que era, que guardase la tregua que aún tenía vigente con Aragón (105).

A pesar de todo Granada intenta conservar la amistad con Aragón y para manifestarle su voluntad de paz, licencia a los voluntarios africanos al mismo tiempo que el visir al-Dani comunica a Jaime II los deseos amistosos de su rey. Castellanos y aragoneses firman en el 1304 la paz de Agreda, por la que Castilla recupera Lorca, Murcia y Cartagena y Aragón retiene Elche, Orihuela y Alicante (106).

En el 1306 el disidente maríní Utmán ben Abi-l-Ulá, el **don Osmin** de las crónicas castellanas, ayudado por los granadinos ocupa Ceuta y la zona montañosa circundante, el año siguiente se proclama sultán de Marruecos y comienza la guerra contra los sultanes marínies. La ruptura entre Marruecos y Granada la aprovecha Aragón para concertar con Castilla la des-

trucción y reparto de ésta. Algo de esta conspiración para destruirla trasciende a Granada, que envía tropas a Vera y los Vélez, movimiento que los espías de Lorca comunican a Jaime II. Habían oído decir al zalmedina de Vera, recién llegado de Granada, que su rey esperaba que el de Aragón le pidiera dinero, para enviárselo en la punta de las azagayas (107).

Las relaciones entre Granada, Aragón y Castilla se ponen en franca ruptura. Granada sitúa en Vera a Zahen y sus africanos con la excusa de que no tenía donde ponerlos. A la noticia de que Jaime II tenía aparejada una flota en Valencia so capa de que le acompañase a Italia, los granadinos responden enviando las galeras de Almería a quemar Concentaina, donde tuvieron sitiado tres días a Roger de Lauria (108). Zahen entró en tierras de Murcia, cautivó siete hombres y tomó siete mil cabezas de ganado menor y 150 de mayor, presa que le quitaron los murcianos y los lorquinos derrotándolo en el puerto de Miguel (109). Se decía en Valencia que los granadinos habían acumulado cuantiosas tropas en los Vélez y en Vera y que se disponían a llegar por tierras de Murcia hasta Orihuela, cruzando el Segura por el Vado del Cañaveral, pero esta noticia no se confirmó (110). Como siempre, cuando se formaba un ambiente de ruptura, se entremezclaban las noticias verdaderas con las fantásticas hasta el punto de que los más avezados frontereros se veían apurados para distinguirlas. La situación de los granadinos no era como para acumular grandes efectivos militares en la frontera, pues, estando en abierta hostilidad con Marruecos, solamente contaban con las tropas que ellos podían movilizar y con algunos voluntarios africanos enemigos de los sultanes marínies. Las noticias de los preparativos granadinos aceleraron la conspiración de aragoneses y castellanos para acabar con Granada. Se procuraron la colaboración del sultán de Marruecos o al menos su neutralidad, aprovechando que necesitaba las galeras aragonesas para recuperar Ceuta.

El 30 de noviembre del 1308 Fernando IV y Jaime II se avistan en el monasterio de Santa María de Huerta (Soria), de donde pasan a Monreal de Ariza (Zaragoza). En estas vistas se consolidó la paz concertada cuatro años antes y se acordó la conquista del reino de Granada, para lo cual el rey de Castilla comenzaría por cercar y ocupar Algeciras mientras el de Aragón conquistaría Almería y sus tierras hasta completar una sexta parte del reino granadino, que fue lo que le tocó en el reparto. Este concierto se hizo firme el 19 de aquel mismo mes en Alcalá de Henares (111).

La empresa contra Granada debía realizarse durante el verano del 1309. Desde principios de este año los embajadores aragoneses gestionaron en la corte papal de Aviñón, entre otros asuntos, la concesión de las gracias de la Cruzada para la empresa de Almería, lo que consiguieron en la primavera (112) y la facultad al obispo de Valencia de erigir una diócesis en Almería, una vez conquistada la ciudad (113). Mientras, durante el primer semestre de este año en Granada viven agobiados por lo que presienten o saben que se les va a venir encima. Muhammad III, ciego, vive apartado de la administración, que sigue en manos del visir al-Hakin, que para este tiempo ha perdido la popularidad de que gozaba, pues los granadinos no entienden cómo se ha enemistado con todos, principalmente con Marruecos ayudando a Utman en sus pretensiones al trono y ocupando Ceuta. En Aragón y Castilla se sabe por los espías que el reino de Granada está en pie de guerra y que los granadinos se han recogido a las fortalezas y poblaciones muradas, que Muhammad III ha sido depuesto por su hermano Abu-I-Yusyús Nasr y encerrado en la fortaleza de Almuñécar y que el nuevo rey de Granada ha comenzado por enviar mensajeros a Marruecos para aplacar al sultán y conseguir que le preste ayuda. El ambiente en Marruecos estaba a favor de Granada y acabó inclinándose a su favor al sultán, que, tan pronto recuperó Ceuta con la ayuda de Aragón, faltando a lo pactado se puso de parte del reino nazarita (114).

Era jefe de la flota que tenía la base en Almería el caid Abu-I-Hasan al-Randahi y goberna-

dor de la ciudad el caid Abu Maydan Xuaib, nombrado por el nuevo rey de Granada en el mes de marzo, tan pronto subió al trono (115). Ambos se apresuraron a preparar la ciudad para el asedio, que se anunciaba, acopiando cereales y mercenarios, que fueron a buscar a Tremecén (116). Más suerte habían tenido un año antes los morabitos de la frontera de Vera, pues consiguieron persuadir a los voluntarios zenetes, que estaban al servicio del rey de Aragón, que lo abandonasen para no tener que luchar contra sus correligionarios (117).

**Ocupación castellana de Lubrín.**— Mientras esto ocurría en Almería y Granada durante la primavera del 1309, Jaime II reúne el ejército y la armada con que había de emprender la conquista de Almería en la costa de Valencia, de donde se traslada el 18 de julio al cabo de Aljub (Santa Pola) y donde a últimos de este mes recibe un mensajero con una carta del obispo de Cartagena don Martín Martínez Noloaquisino, rogándole el envío urgente de ayuda militar para salir con bien del aprieto en que le tenían puesto los moros de Vera, pues él, por su cuenta y riesgo, al frente de una mesnada de clérigos y vasallos había entrado en la tierra de Vera y se había apoderado del castillo, «que los moros dicen Lobar» o Lubrín, al que había bautizado con el nombre cristiano de «castillo de san Pedro»; pero los moros de Vera y del Almanzora habían acudido y le habían puesto sitio tan apretado, que se veía en trance de perderse. Digamos de paso que el referido cambio de nombre solamente ha conseguido despistar a Zurita y Escobar, que sembraron alguna confusión tratando de localizarlo en el campo de Lorca (118). Casi en nuestros días, Espín Rael se ha ocupado en ordenar las fechas de los documentos que refieren el hecho y demostrar que el castillo de san Pedro del obispo de Cartagena no podía ser otro que el de Lubrín, aunque éste estuviera bastante adentrado en tierra de moros (119). Jaime II avisó al obispo con una carta fechada el dos de agosto que el día siguiente, domingo, saldría una parte de su ejército por tierra camino de Lorca, a donde esperaba que llegase el martes, seis, y de allí se acercaría a levantar el asedio y ahuyentar a los moros, como sucedió (120).

Don Martín puso en conocimiento de su rey Fernando IV la conquista de Lubrín y éste se lo regaló con fecha tres de agosto de aquel mismo año. «Por hacer bien y merced —dice el privilegio— a vos don Martino, obispo de Cartagena, e por el mucho servicio que me ficistes e facedes, señaladamente en la guerra que he con el rey de Granada, en que tomastedes el castiello que los moros dicen Lobar, a que vos pusiestedes nombre Sant Pedro, el qual castiello es entre Vera y Almaría, do vos este dicho castiello con su villa e con todas sus pertenencias, quantas ha e haver debe, bien e complidamente, asi como lo habian los moros que lo ayades para vos e para el cavildo de la vuestra iglesia e pora vuestros sucesores por juro de heredad, para siempre jamás, para facer de ello como de vuestro mesmo, en tal manera que non lo podades vender nin dar nin enagenar a ninguna otra parte sin mio mandato...» Añade que se retiene para el rey la moneda de plata y oro que en Lubrín hubiese encontrado el obispo y la moneda forera y la justicia, si no las hace o administra el obispo o el que por él tuviere el castillo. Condena al que ose hacerle daño en el castillo o contradecir esta donación a pagar los daños al obispo y a una multa de mil maravedís de la moneda nueva, para la real cámara (121).

Conviene, para la mejor comprensión de los hechos, completar a continuación esta información acerca de la conquista de Lubrín, la primera efectuada por los castellanos en esta parte del reino de Granada. Fracasados los asedios de Algeciras y Almería, Fernando IV ordena con fecha 24 de marzo de 1310 que los que fueren de guarnición al castillo de Lubrín o desde él hicieren cabalgadas en tierra de moros, aviniéndose con el obispo o con el que por él tuviere el castillo, no paguen el diezmo ni otro derecho de lo que cogieren (122). Por otra carta del 16 de abril del mismo año encarga a Pedro López de Ayala que los moros de la

Arrixaca de Murcia y los de Lorca pechen seis mil maravedís para la tenencia de Lubrín (123). Poco después, el 16 de mayo, se firma un tratado de paz entre Castilla y Granada y, aunque Lubrín no vuelve a mencionarse, debió concertarse su devolución a los granadinos en el reajuste o rectificación de la frontera (124), pues un año después, el 20 de febrero del 1311, dos meses antes de la muerte del obispo don Martín, el rey lo recupera, probablemente para devolverlo, y a cambio da al obispo los lugares de Alguazas y Alcantarilla, el Real de Monteagudo y, en Murcia, un baño público y unas casas, que después las transforman en obispales o residencia episcopal (125).

El ocho o diez de agosto Jaime II parte del cabo de Aljub y viene a las calas de cabo de Gata con la armada, en la que habían embarcado mil caballos con sus jinetes y servidores, además del séquito real, mientras el grueso del ejército hacía la jornada por tierra con el siguiente itinerario: Orihuela, Murcia, Lorca, Vera, Río Aguas, Mojácar, Sorbas, Tabernas y alhadrá (126). Extrañan esas tres jornadas entre Vera y Mojácar con detención en el río Aguas, distancia que un ejército podía cubrir en un día, a no ser que los moros de Vera y Mojácar, enriscados en sus fortalezas, hostigaran al ejército. Del 17 de agosto del 1309 al 25 de enero del 1310, que el ejército aragonés, fracasado el asedio de Almería, se retira, en la frontera de Vera con Lorca se producen algunos incidentes. No pudiendo los moros de Vera y de los castillos de su comarca impedir el paso al poderoso ejército aragonés, intentaron distraerlo durante el asedio atacando a los de Lorca. Lo sabemos por dos cartas fechadas «en el sitio de Almería» a 24 de septiembre y dirigidas, una al Concejo de Lorca y otra a don Artal de Huerta, teniente de procurador de Valencia. A la petición de ayuda por parte de los lorquinos contesta que no puede enviarles socorro desde su campo, porque necesita todos los hombres que tiene en el asedio de Almería; les advierte socarronamente que «tal greu» (trabajo) hacemos a los moros que cuidamos que ayan poco vagar de facervos mal». Con la misma fecha avisa al venerable religioso don Artal de Huerta, para que los socorra y proteja cuanto pueda, «si vos de buen guisado lo podedes facer» (127).

Jaime II preparó la retirada del ejército, que había de volver por tierra de Valencia, encargando con tiempo al Concejo de Lorca que tuviera preparado mucho pan y mucha carne para sus hombres, que él se lo pagaría y les agradecería el buen servicio, y a Pedro Jiménez, su agente en aquella ciudad, que acompañase por tierras de Murcia a los jefes de su ejército, para que «entre los de nuestra huest et los de la tierra del rey de Castilla no haya ningún trabajo ni se sigan baraylas et non vos partades dellas» (128). Confió el mando de este ejército a don Guillén de Moncada y don Juan Jiménez de Urrea. Este trabajó tanto en recoger a soldados y llevarlos organizados en un cuerpo, que murió en el camino y su cadáver lo llevaron a enterrar al monasterio dominicano de Calatayud (129). No obstante su celo, los generales aragoneses no pudieron evitar que los soldados más impacientes e indisciplinados se separaran del ejército y, solos o en cuadrillas, se fueran por su cuenta, acabando la mayor parte de ellos muertos o cautivos a manos de los moros de Sorbas y Vera y los otros lugares del camino, que los acechaban y daban caza en cuanto los veían solos o en pequeños grupos. El Concejo de Lorca lo comunica a Jaime II con fecha 30 de enero. «Sabad que algunas de vuestras gentes de a pie se han atrevido y se atreven a venirse por tierra del ejército que tenéis sobre la ciudad de Almería y se han perdido la mayoría de ellos, habiéndolos cautivado y matado gentes del rey de Granada, y los cautivan y matan todos los días según van viniendo, de modo que los moros cobran muy gran esfuerzo por esta causa y por las nuevas que por ellos saben» (130).

**Luchas intestinas en Granada de 1310 a 1333.**— El 26 de mayo del 1310 se firma en Sevilla entre Castilla y Granada un tratado de paz por siete años, en el que, entre otras cláusulas,

se concretan dos muy interesantes, una por la que se garantiza vida y hacienda a los mercaderes que trafican entre los dos reinos y otra que instituye por primera vez el oficio de juez de la frontera o alcalde de moros y cristianos, que se irá perfilando en sucesivas treguas hasta quedar establecido al final de la centuria. Con Aragón firma Granada otra tregua el mismo año. La tregua con Castilla la quebranta en el 1312 Fernando IV. Este muere en Jaén este mismo año y le sucede su hijo Alfonso XI, que no alcanza la mayor edad hasta el 1325. La de Aragón se renueva y prorroga hasta esta última fecha.

En el 1312 Abu-l-Walid Ismail, hijo del arraez de Málaga Abu Said Farag y de una hermana del rey Nasr, se rebela contra éste con la ayuda del príncipe mariní refugiado Atmán Abi-l-Ula, toma el título de sultán, va contra Granada, derrota en Archidona al ejército de Nasr, que se hace fuerte en la Alhambra, mientras él se apodera de la ciudad y de la alcazaba. Se entablan negociaciones, Nasr abdica en Ismail y éste le da el gobierno de Guadix y su territorio, donde Nasr se establece en febrero del 1314 con parte de la milicia africana que le es fiel y sigue usando el título de sultán (131). Las relaciones entre tío y sobrino se rompen en seguida, éste sitia a aquel en Guadix y los granadinos se dividen en dos bandos. Castilla se pone de parte de Nasr y le presta ayuda.

Entre Granada y Aragón se guarda la tregua en vigor hasta que se cumple su plazo en el 1315. Ambos soberanos se congratulan mutuamente en sendas cartas del respeto con que se trata en sus respectivos dominios a los súbditos del otro residentes en ellos. «Cuantos mercaderes y súbditos vuestros —dice Ismail a Jaime II— se hallan en nuestros dominios son objeto de toda clase de respetos, consideraciones y solicitud y gozan de completa seguridad para sus personas y bienes» (132). Entre las tierras de Granada y Aragón, a través del reino de Murcia, mercaderes y arrieros desarrollan un activo tráfico, que dificultan de vez en cuando los golpes de mano de los almogávares de todo color que pululan en la zona. Precisamente en este mismo año de 1315 una embajada aragonesa, que se preparaba para venir a Granada a negociar la prórroga de la tregua, que se acaba de cumplir, suspende su salida hasta que se repare un robo de ganado cometido «por los guerrilleros de Vera» en la jurisdicción de Orihuela. Con este motivo Ismail II advierte al rey de Aragón que, cumplidas las treguas y hasta que entre en vigor la prórroga que se va a negociar, el estado legal entre ellos es de guerra y no se puede impedir a las cuadrillas de almogávares que entren a hacer daño en la tierra del contrario (133). Los capitanes de la frontera se esfuerzan en evitar estos incidentes o solucionarlos lo mejor posible. Para ello se solían poner de acuerdo en este tiempo el teniente de adelantado de Murcia Pedro López de Ayala, el gobernador de Orihuela Arnau Torres, el alcaide de Vélez-Blanco Muhammad b. Muhammad y el de Vera Yusuf b. Muhammad b. Kumasa. De los Banu Kumasa tenemos la primera noticia ahora con la de este alcaide. No sabemos si es una familia de antiguo arraigo en la tierra de Vera o aparece por primera vez en ella con este alcaide. Desde ahora y hasta la ida de Boabdil a África el 1493 los Banu Kumasa, que son los Aben Comisa de las crónicas castellanas, van a tomar parte activa en la administración granadina (134).

Mientras entre granadinos y aragoneses se negocia la prolongación de la tregua, los gobernadores de Vera y Orihuela tratan de ajustar su conducta a la legalidad existente. Con fecha de ocho de septiembre de 1316 Ibn Kumasa escribe «desde la alcazaba de Vera —¡Dios vele por ella!—» al gobernador de Orihuela, comunicándole que ha consultado a su rey sobre la tregua que se negocia y le pide que mientras llega la respuesta, unos veinte días, suspenda las incursiones en su jurisdicción. «Si ha de haber paz —añade—, os lo haré saber y os lo escribiré, y, si ha de haber guerra, también os informaré en todo caso». Le avisa que ha satisfecho su demanda respecto al redentor de cautivos Pedro de Lerma y los cristianos que iban con él, detenidos en Vera, a los que ha puesto en libertad «sanos y salvos», para que vuelvan a su tierra (135).

La negociación de esta tregua es laboriosa. El rey Nasr escribe a Jaime II acusando de felonía a su sobrino Ismail. Al mismo tiempo los regentes de Castilla tratan de atraerlo al partido de Nasr para reponer a éste en el trono. Por un momento parece tentar otra vez al rey de Aragón la idea de acabar con el reino de Granada, pues encarga a sus embajadores en la corte pontificia que tanteen los ánimos en busca de subsidios para la guerra, pero le son denegados. Esto y el temor a provocar una ayuda masiva de los africanos a los granadinos le retiene; pero encarga a su gobernador de Orihuela que actúe a favor de Nasr. Ismail, que conoce las gestiones de su tío, permite a los fronteros de Vera y los Vélez que entren a razziar las tierras de Murcia y Orihuela. Nasr, situado en Guadix entre dos frentes, pues a Ismail le son adictas, además de Granada y Málaga, las comarcas de Almería, Vera y los Filabres, trata de ocupar esta zona y la tierra de Vera con la ayuda del adelantado de Murcia, el procurador de Valencia y los africanos de Tremecén (136). Ismail, que tiene en Tabernas un ejército y sabe que Jaime II ha ordenado al gobernador de Orihuela que haga la guerra a los fronteros de Vera y los Vélez, para atraer sobre ellos la ayuda de dicho ejército, sitúa la caballería de Utman en Veleftique, atenta a los movimientos de los de Guadix y de los de la frontera y preparada para acudir al lugar de mayor peligro. Este dispositivo lo conoce el adelantado de Murcia por el excautivo Juan Martínez, que acaba de llegar a su ciudad, y lo comunica en carta al gobernador de Orihuela Arcart de Mur (137). El 26 de junio de 1319 los regentes castellanos don Juan y don Pedro son derrotados y muertos ante Granada por Ismail y la guerra intestina granadina se resuelve a favor de éste. El 20 de junio de 1320 Castilla le concede una tregua de ocho años y el 16 de mayo de 1321 Aragón, otra por cinco. Estas treguas, aislan en Guadix a Nasr, que muere un año después, el 16 de noviembre de 1322 y, como no deja herederos, la situación queda despejada para Ismail y sus descendientes (138).

En el 1323 la tregua con Castilla queda rota y se reanudan las hostilidades. Una tropa de voluntarios africanos se sitúa en los Vélez para entrar en el reino de Murcia, unos espías de Lorca dan la noticia y el rebato alerta a todas las poblaciones (139). En este periodo de guerra declarada entre Castilla y Granada, ésta pierde y recupera las plazas de Baza, Orce, Galera y Huéscar (140).

A Ismail I le sucede en el 1325 su hijo Muhammad IV, niño de diez años. Renace la guerra civil granadina, esta vez entre el visir al-Marúq y el jefe de los voluntarios africanos, Utman. Uno de los hermanos del rey, Farag, es encerrado y asesinado en la alcazaba de Almería. Utman se retira a Adra y comienza la guerra contra el visir desde la Alpujarra. Esta guerra es abortada con la muerte del visir y para el 1327 queda restablecida la paz (141).

Dice Casiri que en el verano de 1326 al rey de los cristianos, no indica cual, le pareció una ocasión oportuna la guerra civil granadina, a la que nos acabamos de referir, para poner sitio a la ciudad fronteriza de Vera, empresa que comenzó el 22 de junio y quedó coronada en seguida con la ocupación de la ciudad y de otras muchas fortalezas de la comarca. Ningún autor contemporáneo de los hechos, cristiano o musulmán, da noticias de esta ocupación y entre los historiadores modernos apenas se la toma en consideración, pues solamente le da crédito don Miguel Lafuente Alcántara, del que la toman los eruditos almerienses Garres y Morcillo (142). A mi parecer, Casiri da como conquista de Vera en el verano de 1326 lo que solamente fue un proyecto castellano-aragonés de dos años después para acabar con Granada, empresa que habría de iniciarse con la ocupación de las comarcas almerienses y que ni siquiera se inició, porque la guerra intestina granadina acabó a tiempo y dejó libres y unidos frente al nuevo peligro a Muhammad IV y a su nuevo protector Utman, que comenzaron por pedir ayuda al sultán de Marruecos Abu Said Utman, que les envió tropas entre 1327 y 1328. El peligro de una nueva invasión africana une a Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Aragón

con los tratados de Agreda y Tarazona. El rey de Aragón, como su abuelo Jaime II pero con menos decisión, pone los ojos en Almería (143). Promueve contra Granada una cruzada a la que prometen venir el rey de Navarra Felipe de Evreux, el de Bohemia Juan de Luxemburgo, el de Inglaterra Eduardo III y el de Francia Felipe de Valois. Se esfuerza en obtener de la Santa Sede subsidios pecuniarios, que no consigue, por lo que la empresa muere nonata (144); pero de ella queda un recuerdo, que es el que puede haber inducido a error a Casiri y es el plan de marchas del ejército aragonés para llegar a Almería, propuesto al rey por el gobernador de Orihuela Jorge Gilavert de Cruilles, que es una copia retocada del seguido por el ejército de Jaime II en el verano del 1309. Entrando por el trillado camino de la fuente de Pulpi, el ejército invasor rendiría su primera jornada en Almoraiç, lugar situado en la playa de Vera, donde esperaría a la armada aragonesa. Por lo que se ve, Vera se daba por ocupada sin mayor dificultad. Entre Almoraiç y el río Aguas se calculan cuatro jornadas, cuando la distancia se podía cubrir en media, lo que demuestra que el plan se había confeccionado con los vagos recuerdos de las jornadas del ejército aragonés en 1309. Del río Aguas a Almería «o al río donde se puede acampar donde se quiera y hay agua» pone tres jornadas a rendir en Sorbas, Tabernas y Alhadra (145).

Prosigue la presión castellano-aragonesa sobre las fronteras del reino granadino, aliviada en parte por la rebeldía del infante don Juan Manuel, dueño de Lorca, al que Granada presta ayuda. El infante, vuelto a la amistad del rey por los buenos oficios del obispo de Oviedo don Juan del Campo, toma dineros del rey para hacer la guerra a los moros por la frontera de Vera; pero o no la hizo o se limitó a entrar con ayuda del obispo de Cartagena don Pedro Barroso y talar los campos de Vera (146). El rey de Granada envía a Vera gente de guerra y pone en sus aguas cinco galeras y tres leños, que corren las costas de Levante sin causar en ellas más daño que mantenerlas en viño, según el cronista oriolano Bellot (147), o pegando fuego a Guardamar y amenazando con desembarcar en Alicante, según Zurita (148). El rey de Aragón limita su cooperación con Castilla a situar en Lorca un destacamento de Caballeros Hospitaiarios. En 1330 el infante don Juan Manuel construye un castillo en Xiquena, junto al río Guadalentín, en la misma frontera entre la comarca de los Vélez y la jurisdicción de Lorca. El rey de Granada pide al de Castilla una tregua y éste se la concede, para apartarlo de la ayuda que presta a don Juan Manuel (149).

En el 1331 la tregua anterior se había deteriorado de tal modo que más parecía guerra abierta. En la primera semana de octubre de este año Utman entra en tierras de Murcia por la frontera de Vera con un ejército de cinco mil caballos y quince mil peones, de los que cinco mil eran arcabuceros. Lo comandan con él su hijo Abu Ceber, Reduan y Machif. Llegan a tierras del reino de Aragón, saquean Guardamar y las alquerías de Elche y Orihuela, roban dos mil casas, se lleva cautivos dos mil cristianos y se van con ellos quince mil moros mudéjares. De vuelta, retan a los de Murcia que no se atreven a hacerles frente y vienen a establecerse en Vera, donde permanecen algún tiempo amenazando con volver a entrar y caer sobre Alicante, que va a defender don Jorge Gilavert de Cruilles, maestre de Montesa y procurador de Orihuela, y a donde se dispone a venir el mismo rey de Aragón. Dos cosas de esta poderosa entrada de los granadinos, dice Bellot, preocupó a los oriolanos: su connivencia con los mudéjares, que les ayudaron en la razzia y se fueron con ellos, y el nuevo modo de hacer la guerra que estrenaban los granadinos, que consistía en «combatir las murallas con pelotas de hierro echadas con fuego» (150).

La reacción castellano-aragonesa se produce un año después. Don Juan Manuel, el obispo de Cartagena y los de Orihuela entran hasta Vera y obtienen un buen despojo del saqueo de la alquerías y pueblos vecinos (151). Los moros de Vera y los Vélez se ponen de acuerdo y entran en represalia por el campo de Lorca, son descubiertos y desbaratados por Pedro

Martínez Calvillo, y vuelven a su tierra, los velezanos por la rambla de Nogalte y los de Vera por la fuente de Pulpi (152). Todavía en noviembre de este año los de Vera vuelven a correr el campo de Lorca robando y cautivando. El alcaide de Vélez-Blanco envía a decir al de Lorca que su rey les habían mandado «fazer la guerra». Los murcianos consultan a Alfonso XI sobre cómo habían de responder a los granadinos y éste les contesta desde Valladolid a 16 de enero de 1333: «Mandamos vos que fagades la guerra lo mas que podierdes e que punnedes de vos guardar e vos defender a vos e a toda esa tierra asi como lo fisiestes hasta aquí, que nos pornemos y tal recabdo qual cumple para nuestro servicio e defendimiento de vosotros» (153).

Este año de 1333 fue mal año en general por la escasez de la cosecha de cereales y la consiguiente carestía y hambre, de la que murió mucha gente. Se le conoce por el «mal any primer» de los catalanes (154). El año anterior había muerto Utman y los africanos habían perdido influencia en el reino de Granada. Muhammad IV dirige una operación contra Gibraltar y recupera la plaza. Allí mismo concierta una tregua de cuatro meses por la que vuelve a pagar parias a Castilla y ésta le facilita aceite y ganado (155). Los voluntarios cenetes del difunto Utman, que temen una alianza del rey de Granada, su protector, con el sultán de Marruecos, su enemigo, dan muerte a Muhammad IV junto a Gibraltar el 25 de agosto, los granadinos proclaman allí mismo a su hermano, recogen su cadáver y lo llevan a enterrar a Málaga (156).

**En el apogeo del poder.**— Yusuf I tomó el título de al-Muaiyad bi-llah. Reorganizó la administración, encuadró el cuerpo de ejército de los voluntarios magribíes y fomentó la cultura. Para esto contó con los servicios de un ministro fiel e inteligente, Ridwan Venegas, un cristiano cautivo que islamizó, sirvió a su padre y a su hermano y servirá a su hijo, y sabe rodearse de un buen equipo de visires, entre los que se cuenta el poeta e historiador Ibn al-Jatib. El reinado de Yusuf I y el de Muhammad V ocupan dos tercios del siglo XIV, largo espacio sólo interrumpido entre 1359 y 1362 por un breve período de revueltas, que ponen en el trono a Ismail II y Muhammad VI. Esto depara al reino nazarita el desahogo y buen gobierno que necesitaba para consolidarse.

En septiembre de 1333, al mes de subir al trono Yusuf I ratifica la tregua de cuatro meses concertada por su hermano con el rey de Castilla y comienza las gestiones para concertar otra con Aragón, que se firma en Valencia en febrero del año siguiente (157). En 1334 se negocia y firma en Fez la paz entre Granada, Marruecos y Castilla (158). Granada prosigue las gestiones con Aragón para que éste se ahudara a la paz concertada o firme otra con ella, lo que consigue en junio de 1335, sirviendo de embajador Abu-l-Hasan, hijo del Kumasa alcaide de Vera (159). Durante este tiempo se suceden por tierra y por la mar los actos de piratería habituales en la fluida frontera de Granada con Murcia y Orihuela, entre los que uno afecta especialmente a Vera. Un arraez marroquí, Ibn al-Hasan, corre con una setia las costas del reino de Aragón, donde roba dos leños, de los que no deposita en la playa de Vera; ante las reclamaciones de Aragón, Granada hace las averiguaciones pertinentes, envía al arraez al rey de Marruecos que lo había reclamado y devuelve a Aragón los dos leños y los 25 cristianos apresados con ellos, al mismo tiempo que reclama contra otros actos de piratería cometidos por los aragoneses en las costas de Almería (160).

El 24 de enero del 1336 muere Alfonso IV de Aragón y le sucede Pedro IV el Ceremonioso, que ratifica el tratado de paz en vigor con Granada (161). Siguen dos años más de paz, que Castilla y Marruecos aprovechan preparándose para dirimir definitivamente entre ellos el dominio del Estrecho. Cuando expira la paz firmada en 1334, se reanudan las hostilidades en el Estrecho y en la frontera de Vera. El 30 de octubre de 1340 se libra la batalla del Salado, victoria cristiana que pone para siempre el Estrecho en manos de Castilla y quita a los africanos la posibilidad de una nueva invasión de la Península. Yusuf I ha luchado al lado de los



marroquíes. Para distraer y fijar tropas castellanas en la frontera oriental mientras él y los marroquíes atacaban Tarifa, encargó al capitán Abdallah que reuniera un ejército en la comarca de Guadix-Baza y entrase con él por Vera en el reino de Murcia. Dice Tamayo y Salazar que levantó un ejército de tres mil caballos y diez mil peones, cifra que parece exagerada. Un cautivo cristiano que logró escapar fue a dar la alarma en Lorca. Abdallah entró por el camino de la fuente de Pulpí en el campo de Cartagena y saqueó sus alquerías en las que cogió un buen botín. Al volver hizo noche en los Cabezos de Velillas, a dos leguas de Lorca. Unos pastores avisaron al alcaide de Lorca don Sancho Manuel, teniente de adelantado por su sobrino don Fernando Manuel, que estaba con Alfonso XI frente a Tarifa, el cual salió con sus hombres, sorprendió a los moros dormidos, hizo en ellos una terrible matanza, en la que pereció Abdallah, y recuperó el botín. Los lorquinos emplearon seis días en acarrear los despojos a su ciudad y desde entonces llamaron al lugar los Cabezos de don Juan. «Los llantos de la ciudad de Vera —dice un cronista— tuvieron eco en Baza, Guadix y Granada» (162).

El 27 de marzo del 1344 se entregó Algeciras a Castilla después de un largo asedio, durante el cual los fronteros de Vera y los Vélez intentaron dar algún golpe por esta parte, pues los de Lorca enviaron a decir a su rey «que los moros de Almería et de Vélez et logares que son fronteros del regno de Murcia, que ayuntaron doscientos e cincuenta homes a caballo et seiscientos homes de a pie et fueron correr tierras de Lorca et levaron todos los de aque logar et homes et mugeres» (163). Escobar modifica la composición de la tropa granadina poniendo 350 jinetes y 500 infantes, atribuye la audacia de los moros a que conocían la ausencia del alcaide de Lorca don Sancho Manuel y afirma que los moros fueron derrotados por los lorquinos en las Escuchas, cuando tomaban la rambla de Nogalte para enriscarse en los Vélez (164).

A raíz de la conquista de Algeciras Alfonso XI concede al rey de Granada una tregua de diez años, que este aprovecha en recorrer las tierras de su reino y reorganizar la administración y el ejército. De este tiempo son las dos grandes obras de su reinado: la Madrasa o Universidad Literaria de Granada y el código que lleva su nombre, conjunto de leyes que regulaba la vida religiosa, militar, administrativa y judicial de sus súbditos (165). Aragón y Marruecos se adhieren a la tregua firmada por Castilla y Granada, que se negocia definitivamente en diciembre de 1344 y se firma en el verano del año siguiente. La negocia por Granada el alcaide de Vera Abu-l-Hasan ibn Kumasa (166).

Afirma Ibn al-Jatib en su **Rayhana** que Yusuf realizó una visita a las comarcas almerienses a partir del 29 de abril de 1347 (167). Vuelve a referirse a la visita de un rey de Granada a estas tierras en la maqama titulada **Matrat al-tayf**, que Rachel Arie supone escrita en el 1354, al volver de la visita en que acompañaba al rey (168). Puede tratarse de una única visita, la realizada por Yusuf I en la primavera de 1347, referida por el historiador granadino dos veces, una como relato histórico en la **Rayhana** y otra como descripción de un viaje en la maqama citada, y puede que fueran dos las visitas, pues Mujtar al-Abbadí da a entender que una la realizó Muhammad V en los últimos meses de 1354, recién ascendido al trono (169). El viaje de Yusuf I comenzó el 29 de abril de 1347. Fueron sus jornadas Guadix, Baza, Caniles, Serón, Purchena, Cantoria; acampó cerca de Vera, de donde pasó a Pechina y Almería, volviendo por Marchena, Fíñana y Guadix a Granada (170). Un año después, en junio de 1348 llegó a Almería el contagio de la Peste Negra por el fondeadero de Agua Amarga, situado en la linde de la jurisdicción de Vera, por lo que se puede suponer que Vera sería una de las primeras poblaciones afectadas por aquel terrible azote, aunque no tengamos noticias acerca de cómo se cebó en ella (171).

El 19 de octubre de 1354, al acabar la última postración de la plegaria en la mezquita mayor de Granada Yusuf fue asesinado por un esclavo negro de su casa en un ataque de locura.

Le sucedió su hijo Muhammad V, de 16 años de edad, que fue digno de su padre, pues consolidó la obra comenzada por él. Su largo reinado quedó dividido en dos etapas de desigual duración, cinco y veintinueve años respectivamente, por un breve período de tres, 1359-1362, durante el cual ocuparon el trono granadino Ismail II y Muhammad VI. Durante la primera etapa tuvo como hagib a Ridwan, de visir a Ibn al-Jatib y de jefe de los voluntarios africanos a Ibn Rahu. Intentó restaurar las relaciones con Marruecos, pero la reconciliación fue efímera, pues el ambicioso sultán Ibn Inau aspiraba a apoderarse del reino de granadino, según da a entender Ibn Jaldun. Se mantuvo fiel a Castilla en las guerras de Pedro I con Aragón, lo que le obligó a tomar parte, bien que discreta, en ellas (172).

El 21 de agosto del 1359 estalla en Granada una revuelta dirigida por Abu Said el Bermejo, que pone en el trono a Ismail II y obliga a Muhammad V a huir a Guadix y buscar después refugio en Marruecos junto al nuevo sultán Abu Salim. El 24 de junio del 1360 Abu Said asesina a Ismail II y se instala en el trono con el nombre de Muhammad VI. Durante el año que dura la paz de Terror entre Castilla y Aragón Pedro I da muerte a Muhammad VI y repone en el trono a Muhammad V el 16 de marzo de 1362 (173). En junio de este año se reanuda la guerra entre el rey de Castilla y su rival Enrique de Trastámara, apoyado éste por Aragón, que termina con el asesinato de Pedro I el 22 de marzo del 1369 en la tienda de Bertrán Du Glesquín. Durante esta contienda Muhammad V y el sultán de Marruecos han seguido al rey de Castilla, al que ambos debían el trono. El 1369 se firma una tregua entre Aragón, Granada y Marruecos y al año siguiente otra entre Granada, Marruecos y Castilla. Estas treguas, ajustadas por ocho años, se prolongan por sucesivas renovaciones hasta el final de la centuria y cuestan a Granada el pago de crecidas parias.

Tan largos períodos de tregua se deterioraban antes de completarse y las relaciones entre los fronteros se agriaban. Es lo que ocurría en el 1375 y que Cascales cuenta así: «Entre el rey de Castilla y el de Granada había paces; pero, habiendo precedido tanto tiempo, poco a poco se fue soltando la obligación de ellas, porque de nuestra parte y la suya se hacían correrías sin orden, sin bandera ni pendón, sino a la sorda, se ganaban algunas cabaigadas, se traían o llevaban cautivos y se robaban unos a otros cuanto podían. Esto había llegado a tanta rotura que ya no parecían paces, sino guerra declarada, y así, acordaron ambos Reyes de renovar y confirmar las paces, mandándolas de nuevo pregonar y haciendo primero restituir los cautivos que se habían tomado y los robos que se habían hecho». Es la descripción del panorama, que ofrecía la frontera de Vera en aquella fecha, que el historiador murciano completa con el siguiente botón de muestra. En dicho años unos moros de Vera andaban por el campo de Cartagena tendiendo emboscadas, robando y cautivando. Unos pastores cristianos, armados de espadas y lanzones, les siguieron al alcance hasta Vera, mataron la mayor parte, les cortaron las cabezas y las llevaron a Murcia, donde fueron gratificados por el Concejo (174).

Para esta situación no había fácil arreglo, pues, además de que los almogávares de las dos partes solían tener agentes en territorio contrario que encubrían sus robos, en tan corto espacio de terreno se intercalaban en tierras de los tres reinos —Vera, Murcia y Orihuela; Granada, Castilla y Aragón— lo que hacía muy difícil dar con los malhechores. Los almogávares granadinos, se hacían pasar por mudéjares murcianos, entraban en tierras de Orihuela, descargaban sus golpes sobre los vecinos más aislados y volvían con la presa a la jurisdicción de Vera, donde ocultaban fácilmente las pruebas de sus delitos. Cuenta el cronista Bellot que en el 1378 el mercader Pedro López de Tudela fue asaltado entre Caspe y Crevillente por unos moros, que le robaron las mercancías y lo trajeron a Vera donde hubo de rescatarse por 120 dobias. Para evitar la confusión entre moros y mudéjares, las autoridades de Orihuela ordenaron que sus mudéjares caminasen solamente por caminos reales y abiertos y que se

diera muerte a los que fueran por veredas escondidas en los montes (175). Más eficaz fue la solución adoptada por Granada y Castilla en la renovación de las treguas de 1378, por la que se dio carácter oficial a una institución, el juez de la frontera o alcalde mayor de moros y cristianos, que venía funcionando esporádicamente desde el 1310 (176).

Aún estando en vigor una tregua, bastaba cualquier incidente para que el paso por las comarcas fronterizas se volviera peligroso. En el verano del 1382 Alí ben Kumasa fue a negociar la prórroga de la tregua con Aragón. Salíó con un lucido séquito y le dio paso a Orihuela. Al volver mediado el mes de agosto, se encontró con la sorpresa de que los de Lorca no le daban seguridad de paso por su territorio, porque unos almogávares de Vera habían entrado y causado daños en él, y los de Murcia hubieron de darle escolta por Caravaca hasta ponerlo en la jurisdicción de Vélez-Blanco (177).

La prórroga de la tregua entre Granada y Aragón firmada el 1382 parece que tuvo poca efectividad, pues Bellot pone en el 1385 una serie de incidentes fronterizos entre granadinos y oriolanos, que toman aspecto de guerra abierta y que no pasan a más por la eficaz actuación del alcalde de la frontera murciana Alonso Yáñez Fajardo, que avisa a los de Orihuela que tiene noticia de haber llegado a los Vélez muchos almocadenes y almogávares con orden de su rey de hacer todo el daño que pudiesen en su tierra. Pocos después les comunica que Muhammad V ha enviado cartas coloradas, que son señal de guerra, a sus capitanes de la frontera con orden de que hagan la guerra a Aragón. El adelantado de Murcia pone atalayas y atajadores en los pasos por donde podían entrar los moros y, con la intención de componer a los fronteros granadinos y aragoneses, va a Lorca a «haber vistas con Mahomat Abenjafar, alcaide de Baza, por si podía deshacer esta contienda, y el moro no quiso acudir al plazo y así le pareció que estaban puestos en hacer todo el mal». Las hostilidades se redujeron en esta ocasión a entradas de almogávares granadinos hasta tierras de Orihuela. Una cuadrilla llegó hasta Albaterra y se llevó una cabaña de ovejas y tres pastores. El gobernador de Orihuela le siguió el rastro hasta Abanilla, donde se le perdió, por lo que pidió a Alonso Yáñez Fajardo que prendiera a los mudéjares de esta población como encubridores del robo. Esto no era cierto. Lo ocurrido había sido que los moros habían burlado a los oriolanos haciéndoles perder el rastro e internándose en tierras de Murcia camino de Vera, en el puerto de Bernix fueron descubiertos por unos vecinos de Molina, que mataron seis de los once moros, recuperaron parte del ganado y dos de los cautivos, al otro ya lo habían degollado, y los cinco restantes huyeron con la otra parte de la presa. El adelantado envió lo recuperado con sus libertadores a Orihuela con la recomendación de que les diesen estrenas pues bien las merecían. Como con los atajadores no se remediaba el daño, murcianos y oriolanos convinieron mantener sobre las armas un retén de 10 jinetes y 30 peones, que acudirían a donde sintiesen el apellido, y hacer rogativas por la paz, muy de mañana, tres días a la semana (178).

En otra ocasión, al cruzar tropas granadinas por tierras de Murcia causaron daños en ellas. los murcianos, prevenidos por Alonso Yáñez Fajardo, no respondieron con las armas, respetando la tregua vigente entre Granada y Castilla. Alonso, como juez de la frontera, requirió del rey de Granada que reparase los daños causados, «donde no que el tomaría la satisfacción de su mano», habiendo informado previamente a su rey Juan I que alavó el rasgo y estaba dispuesto a intervenir. Muhammad V reparó los daños y «no pasó adelante el enojo» (179). Mientras estos incidentes ocurrían, la diligencia y maña del embajador aragonés Bernardo de Sinestarra desembocaban en la conclusión y firma de un tratado de paz que tuvo más larga vida (180).

Ninguna otra noticia nos llega de la frontera hasta el 1390, en que la paz entre Granada y Aragón vuelve a ponerse a punto de rompimiento, pues a las muchas entradas y salteamientos, que los almogávares oriolanos hacen en tierras de Granada responden los fronteros de

Vera y los Vélez reuniendo «sus gentes para entrar poderosamente» en la gobernación de Orihuela. Los de Lorca, enterados de estos preparativos, previnieron al gobernador oriolano y los granadinos, al verse descubiertos, no entraron (181).

El nueve de octubre de 1390 muere Juan I de Castilla de una caída de caballo. Tres meses después, el 16 de enero de 1391, muere Muhammad V. Su hijo y sucesor Yusuf II comunica la noticia al Concejo de Murcia. «Escribimos esta carta, saludandoos y loando vuestra bondad, en la Alhambra de Granada y hacemos os saber que nuestro señor y padre finó y pasó a la gloria de Dios y nos heredamos su reino derechamente» (182). Con la muerte de Muhammad V se cierra el período más estable del reino nazarita.

### III. GUERRAS CIVILES EN GRANADA Y CASTILLA (1391-1432)

**La frontera de Vera a principio del siglo XV.**— De 1391 a 1432 se suceden en el trono granadino seis reyes, los tres primeros pacíficamente y los otros tres disputándosele encarnizadamente e iniciando un período de golpes de estado y guerras intestinas, que ponen en peligro la existencia misma del reino nazarita; pero que, al coincidir con las guerras que sostiene en Castilla don Alvaro de Luna con los nobles y con Aragón, no tiene mayor incidencia.

Al largo y fecundo reinado de Muhammad V sigue el breve e inocuo de Yusuf II, que apenas dura año y medio. Acosado por la hostilidad de su propio hijo, ordena hacer una incursión en el reino de Murcia, de la que luego se excusa en secreto con los regentes de Castilla. Una tropa de 700 jinetes y tres mil peones entra por la frontera de Vera, llega hasta Caravaca y pega fuego a la población, cuyos vecinos se han refugiado y se defienden en el castillo. Al volver a su base, son alcanzados en Puerto Lumbreras por Alonso Yáñez Fajardo, que con una tropa de 170 jinetes y 400 peones «desbaratolos e mató muchos dellos» (183).

Muhammad VII conspira con los altos dignatarios de la corte, para desbancar a su hermano Yusuf en la sucesión y, cuando muere su padre, Yusuf II, ocupa el trono. Después de unos años de paz, acaba el siglo XIV y comienza el siguiente con movimientos de tropas y amago de incursiones en la frontera de Vera. El alcaide de Lorca Martín Fernández Piñeiro se entera por el comendador de Segura, que tenía espías en Guadix, que la flota de Almería, compuesta por cuatro galeras y tres galeotas, estaba en aguas de Vera y que los granadinos se concentraban en Guadix para entrar y caer sobre Caravaca o sobre Lorca, probablemente amenazaban a la primera para sorprender a la segunda, que proyectaban ocupar atacándola con cien caballos por la torre del Pozo mientras el grueso de sus tropas ocupaban la ciudad. Los lorquinos redoblaron la vigilancia en las atalayas y no dice el cronista si los granadinos llegaron a entrar (184). Algunas veces estos amagos se reducían a rumores que mantenían en viño a los fronteros, como el que se corrió en el 1400 por tierras de Murcia y Orihuela de que tres compañías estaban preparadas en Vera para entrar a robar ganado, mientras en las costas de Berbería se reunía una flota para venir sobre las de Alicante; pero solamente consta de la entrada durante el verano de este año de dos pequeños grupos, de los que uno fue sorprendido y, muertos sus cinco componentes, los concejos dieron a sus matadores 15 florines de premio, y el otro, capitaneado por el renegado Chinchilla, logró escapar de la trampa que le tendieron los de Orihuela (185).

Durante el siglo que ahora comienza los reinos peninsulares se orientan por derroteros

distintos. Portugal se lanza decidido por las rutas africanas del Atlántico, comenzando por ocupar Ceuta en el 1415, con lo que el dominio cristiano del Estrecho es total. Aragón afianza sus dominios en el Mediterráneo Occidental y asegura las rutas cataiánas a Oriente. Castilla, por el desarrollo de su ganadería y por su decidida vocación marinera, que da a sus marinos el dominio del Atlántico en pugna con los ingleses, inicia su ascensión al rango de gran potencia, frenada solamente por sus luchas intestinas y la guerra con Aragón. En Granada se acentúan las luchas por el poder, que inician la desintegración del reino, retenida por la alienación de Castilla, embebida en sus luchas, y porque un dictador, Muhammad IX el Izquierdo, se impone. En Marruecos declina el poder de la dinastía maríní y los dirigentes watasíes se manifiestan indiferentes por la guerra santa en España. Cerca de Vera, el puerto de Cartagena alcanza cierto movimiento mercante y el de Almería declina rápidamente por la competencia del de Málaga. Las guerras fronterizas son una rutina y casi un modo de vivir.

En la frontera, aunque están vigentes las treguas, se suceden con frecuencia los asaltos y robos menores, pues ni moros ni cristianos resisten la tentación de robar cuando la ocasión se ofrece. Dos muestras de esto tenemos en los primeros años del siglo. En el 1401 unos valencianos roban y cautivan a siete moros de Vera, que llevaban con sus recuas unas cargas de aceite de Lorca a Orihuela (186). Cascales cuenta que el siete de agosto del 1403 Juan Escorteí manifestó al Concejo de Murcia que, estando con unos amigos en el Campo de Cartagena, vio que unos almogávares granadinos se llevaban cautivos a unos carboneros, los atacaron, mataron a tres de ellos, pusieron en fuga a los demás y rescataron a los cautivos, y los de Murcia les dieron de premio cien maravedís de los que tres «valían un real entonces» (187). Refiere a este mismo año una entrada dirigida por el rey de Granada en persona, que llega hasta Mula y se vuelve, porque los de Murcia salen a interceptarle el paso y el moro cree que toda la tierra está alertada. Pienso que Cascales adelante en esta ocasión los acontecimientos y que esta entrada, si se llevó a cabo, fue en los años siguientes, concluida la tregua con Castilla, que los eruditos locales dan por fenecidas o rotas en el 1404 o 1405. Escobar y Magaña dicen que el 24 de agosto de 1404 Muhammad VII se instala en Baza y ordena a los alcaides de las fortalezas de la comarca que acudan con sus tropas para hacer una entrada hacia Caravaca y Mula. Advertido el movimiento de tropas por el alfaqueque aragonés Pascual de Poix, que residía en Vera, fue a Lorca y alertó a los murcianos. Cuando los granadinos comenzaron su correría, encontraron sobre las armas a las guarniciones de las primeras fortalezas, no se atrevieron a seguir adelante y volvieron a sus bases de partida. No cejaron los granadinos en su empeño, pues en junio del 1405 el alcaide de Guadix se pone en los Vélez para ir contra Caravaca y el de Baza se sitúa en Vera para caer sobre Lorca. En esta ocasión llevó el rebato a Lorca un escudero del corregidor de Murcia, se reunieron las tropas disponibles y obligaron a los granadinos a volver grupas sin combatir (188).

Los reyes de Granada y Aragón tratan de poner remedio a las correrías y robos de los almogávares y en las paces que firman en 1405 conciertan «que si durant la cita paz algunos almogávares o collorados de la senyoría de vos, dito rey de Granada, entraran en la senyoria de nos ditos reyes (de Aragón y Sicilia) e cativaran algunas personas e aquellas sen llevaran en Granada o en otro qualesquera lugar de vuestra senyoría, que vos, el dito rey de Granada, siades tenido de mandar a los vuestros alcaydes de Vera e de Vétiz el Mayor (Vélez-Blanco) e a sus tenientes e a cada uno dellos que prengan e hagan a su mano e poder aquellos ditos collorados o almogávares e liuren aquellos de continent a muert corporal e restituescan al gobernador de Oriola o lugarteniente de aquell o aquellos que diputados hi seran por el consello de aquella villa, realmente e de feyto, en continent que requeridos sean todos los ditos cristianos, que sian estado cativados, con todos sus bienes e cosas...». En contrapartida ellos ordenarán al gobernador y al consejo de Orihuela «la punición de los ditos malfaytores vasallos

nuestros e restitución de los cativos e bienes dellos a los ditos alcaydes de Beliz el Mayor e de Vera» (189). Como los almogávares oriolanos, para entrar a robar en la tierra de Vera, tenían que pasar por la de Murcia, los de Vera tomaban en esta represalias, a las que los murcianos respondían con otras, originándose la consabida cadena de robos y reclamaciones, que los alcaldes de moros y cristianos trataban de remediar, bastantes veces sin éxito. Para quebrar la fatídica cadena, el corregidor murciano Juan Rodríguez de Salamanca promovió una hermandad entre la gobernación de Orihuela y el adelantamiento de Murcia, por la que se comprometían a remitirse los almogávares para castigarlos y los cautivados por ellos para devolverlos a Vera (190).

Antes y después de firmarse en 1406 entre Castilla y Granada una tregua que resulta inoperante se producen incidentes entre veratenses y murcianos. A fines de 1405 unos soldados de Lorca, Librilla y Alhama tropiezan con 35 moros de Vera que acababan de robar la cabaña y hatos de Juan Riquelme, Juan Fajardo y Alonso Yáñez y volvían con la presa a su tierra, se la arrebatan, matan a siete y llevan sus cabezas a Murcia (191).

**El asalto de Vera y la batalla de Zurgena.**— La tregua firmada en Madrid el 6 de octubre del 1406 no llega a entrar en vigor, como hemos dicho, pues días después la quebrantan los granadinos entrando por Baeza. En la primavera de 1407 la guerra se desata en todas las fronteras del reino de Granada, adelantándose en la de Vera, por la que los murcianos entran poderosos en febrero, dan un asalto a la ciudad y tienen un sangriento encuentro con los moros en Zurgena. Dice Cascales que poco antes de esta acción un terremoto derribó gran parte del castillo de Vera, la mitad de la mezquita y un lienzo de la muralla que rodeaba la población (192). Los de Vera debieron reparar rápidamente y bien esta muralla pues resistió el asalto de los murcianos.

Respecto al motivo de esta entrada de los murcianos hasta Vera los cronistas antiguos —Pérez de Guzmán, Bellot y Cascales— contradicen a los historiadores modernos —Torres Fontes y Suárez—, pues mientras los primeros afirman que Jaime Blanco, un espía de Lorca que había estado veinte días en tierra de moros, volvió diciendo que el alguacil mayor de Granada, Reduan, por orden de su rey se había situado en Vera con 1.500 caballos y doce mil peones, y otro caudillo estaba en Orce con 600 hombres dispuestos ambos a invadir el reino de Murcia, llegar hasta Valencia y llevarse 40 mil moros mudéjares de aquel reino, cargando la iniciativa de la acción a los granadinos (193), los segundos sostienen que la iniciativa de la entrada fue murciana, promovida por la codicia de llevarse de sus campos una buena presa de ganados aprovechando la ruptura de la tregua y que el grueso del ejército granadino estaba ocupado en otro sector de la frontera. Según Torres Fontes, el mariscal García de la Herrera tuvo noticias por unos espías que había enviado a la tierra de Vera y por un moro vecino de esta población de que la guarnición en ella era escasa y el ganado abundaba a dos o tres leguas al Oeste, lo que le movió a preparar la incursión para apoderarse de tan preciado botín (194). Estos, mejor informados en los archivos, están en lo cierto, mientras que los primeros dan cifras exageradas, que no casan con el desarrollo de los acontecimientos.

El esquema de los hechos es el siguiente. En enero de 1407 García de la Herrera convoca a los fronteros de Lorca y a los alcaldes más importantes del reino de Murcia para preparar una entrada en la tierra de Vera. Invita a tomar parte en la expedición —dice Bellot— a los de Orihuela y «a los que quisieren acompañar por exaltación de la santa fe católica y por hacer servicio a Dios y por ganar honra». Los de Orihuela contestaron que no podían venir conciliarmente (por acuerdo del Consejo) por estar en paz con Granada, pero que muchos caballeros vendrían a la deshilada (195). De Murcia acudieron con sus huestes Pedro López Fajardo, comendador de Caravaca, Juan Fajardo, señor de Molina, Fernán Pérez Calvillo, alcaide de

Aiguazas y Cotillas, Alonso Yáñez Fajardo, señor de Librilla, Gonzalo de Saavedra, alcaide de Archena, Ramón de Rocafull, señor de Albaterra, Enrique Bel, señor de Pinilla, Jaime Masquefa, señor de Daza y otros capitanes. También tomaron parte en la empresa los de Lorca y las milicias concejiles de Murcia, cuyo pendón llevaba su alguacil Juan Cornejo. Componían un ejército de 80 hombres de armas, 500 jinetes y tres mil infantes, parte armados de lanzas, parte de ballestas. Dirigió la empresa el mariscal (196).

El martes ocho de febrero —seguimos la cronología de la **Crónica de don Juan II**— acaban de reunirse todos los que toman parte en Lorca, de donde salen el nueve, miércoles, se dirigen a tomar el camino de la Fuente de Pulpí y por él se encaminan a Vera, a donde llegan el jueves diez a la hora de tercia, es decir, al comenzar tercia, que eran las nueve de la mañana. «...hallaron a los moros bien apercebidos, porque había tres días que eran avisados del ayuntamiento de los Christianos, e hubieron sabiduría como los Moros, que eran venidos de Vera, eran trescientos de caballo e mil peones. Y el Mariscal pensó que según la gente que de Moros había, querrian pelear con él e ordenó sus batallas e así estuvo esperando gran pieza del día e los Moros estuvieron quedos; e desde el Mariscal vido que no querrian pelear con él, asentó su Real en unas huertas e parrales muy cerca de la cibdad, lo qual todo mandó talar, e hizo quebrar unos molinos e quemó cincuenta casas muy buenas de alquilerías que estaban en término de la cibdad». En esto emplearon toda la mañana.

Entrada la tarde, dieron un asalto a las murallas, que el cronista Pérez de Guzmán cuenta así: «E todo esto hecho, el Mariscal e los Caballeros que allí eran juntos con él acordaron de combatir la cibdad e combatiéronla por tres puertas que tiene. A la una pusieron el Pendón de Murcia e fueron con él Juan Faxardo e Alonso Yáñez Faxardo e muchos otros Caballeros, e a la otra puerta pusieron el Pendón de Lorca e fueron con él Fernán Calvillo y el Comendador de Aledo e Mosen Enrique (Crivel) y el Comendador de Archena, e a la otra puerta fue combatir el Mariscal con su estandarte e con él Garcilópez de Cárdenas y el Comendador de Moratilla e muchos otros Caballeros y Escuderos; y el combate duró desde hora de Tercia hasta el sol puesto». Se ha de entender que el asalto duró desde el final de tercia —12 de la mañana— hasta después de las cinco de la tarde. «... e combatiéron tan fuertemente que, si llevaran escalas, aunque en la cibdad había mucha gente, todavía se entrara por fuerza darmas. E por eso es gran error, quando gente poderosa entra, no llevar mantas ni escalas y los pertrechos necesarios para combatir, porque muchas veces se halla disposición para poderse ganar algunos lugares e piérdense por no tener pertrechos los que para ello convienen. Y en este combate fueron heridos muchos caballeros y escuderos christianos e murieron en él catorce, aunque no hubo en ellos hombre de cuenta, e de los moros fueron muertos y heridos asaz». Dos eruditos lorquinos, Cánovas y Cobeño y Acero y Abad, cuentan entre los muertos en esta acción a un hijo de Alonso Yáñez Fajardo, que no murió hasta veintisiete años después en este mismo lugar (197).

El combate junto a los muros de Vera quedó en tablas. La puesta del sol separó a los contendientes, los de Vera pasaron la noche en vela sobre las murallas y los murcianos se recogieron a su campamento y velaron con no menor cuidado. «Y esa noche los christianos se tornaron a su Real, en el qual pusieron muy gran guarda e vela, recelando que los moros saliesen de noche a dar en el Real».

«E otro día de mañana —viernes 11— el Mariscal mandó armar toda la gente e fue a quemar un arrabal asaz grand, el qual se robó e quemó. E de allí se partieron quanto a hora de medio día e fueron a un lugar que se llamaba Xuxena (Zurgena), que es a quatro leguas de, donde fueron certificados que estaban quinientos de caballo moros e dos mil peones, que ese día eran allí venidos para se juntar con los de Vera». Los mandaba el caudillo de Baza Alí ben Muza.



La batalla y el asalto a Zurgena se dieron el sábado día 12, la batalla se libró por la mañana en campo abierto y el asalto a la población, que estaba rodeada de murallas y tenía un castillo en la cumbre del cerro donde se asentaba, se dio por la tarde y culminó con la entrada en la población al oscurecer, por lo que los murcianos salieron del lugar y se recogieron a su real. El cronista, que parece bien informado, lo cuenta así: «... e llegaron a Xuxena otro día bien de mañana. E luego como los moros vieron que los christianos venían, salieron al campo e ordenaron sus batallas en esta guisa: que los de caballo se pusieron todos en una batalla e los peones, así lanceros como arcabuceros, en otra. E desque los christianos los vieron así, ordenaron sus batallas e hicieron toda la gente de caballo una batalla, en que pusieron toda la gente darmas en la delantera, e de los peones, que podían ser tres mil, hicieron dos batallas, la una de dos mil e quinientos hombres e la otra de quinientos, escogidos». Ordenados frente a frente moros y cristianos y dispuestos para la lucha, se desarrolló en el campo frente a Zurgena el combate, es decir, la **fiesta más real de moros y cristianos** de que tenemos noticia, paradigma cruento de las que ahora alegran las fiestas patronales en tantos pueblos almerienses. «E las batallas ordenadas —prosigue Pérez de Guzmán— el Mariscal mandó que como su batalla (la formada por la caballería) moviese pie ante pie, que la batalla de los dos mil e quinientos christianos (que estaba a su izquierda) se moviese paso a paso e fuese a pelear con los moros peones, e los quinientos hombres christianos fuesen a su manderecha, muy cerca de su batalla; e así se fueron paso a paso para los moros e los moros vinieron para ellos e la batalla se comenzó». Ahorra el cronista los pormenores de la lucha, que debió durar hasta entrada la tarde, y se limita a dar los resultados. «e plugo a nuestro Señor que los moros fueron desbaratados e fueron huyendo para la villa. Quedaron de los moros de caballo en el campo muertos setenta e ocho, fueron presos diez y nueve, e fueron muertos e presos mas salvo porque tuvieron la guarida muy cerca, e de los moros peones fueron muertos hasta ciento».

Persiguieron los murcianos a los moros hasta meterlos en la población, la cual combatieron toda la tarde y la tomaron al asalto. Los moros de a caballo escaparon río Almanzora arriba y los que pudieron, se recogieron en la fortaleza. «E los christianos llegaron en el alcance hasta meter los moros por las puertas de la villa e los moros cerraron las puertas e los christianos combatieron la villa y entráronla por fuerza de armas. E los moros de caballo, que en ella estaban, fuéronse juyendo por la parte donde la villa no se combatía e los otros retruxéronse al castillo. E como la noche vino, los christianos se ferían unos a otros (en la oscuridad) e acordaron de se salir de la villa e asentar su Real. E hallaran que eran muertos en este combate veinte hombres darmas christianos e bien cien peones».

El día siguiente, 13, domingo, se dedicaron los murcianos a saquear la población y contar sus bajas y las de los enemigos, «e hubieron allí gran despojo, en que llevaron cien caballos e muchas corazas e adargas e espadas». Las bajas, según las cuentas de los vencedores, fueron de parte de los moros 78 jinetes muertos, entre los que se contó el caudillo de Baza que los mandaba, y 19 cautivos, cien peones muertos en la batalla y 40 en el asalto de la población, y no se cuentan los heridos, que pudieron huir y refugiarse bien en el castillo de Zurgena bien en las otras poblaciones vecinas; de parte de los murcianos se dan en total 150 heridos, cien peones y 20 hombres de armas muertos.

Estuvieron los murcianos cinco días con cinco noches en tierra de moros, desde el miércoles 9 al domingo 13, ambos incluidos, «e partiéronse dende sin combatir el castillo, porque fueron certificados que mucha gente de moros se ayuntaba para venir contra ellos... E los christianos se volvieron cada uno a su casa mucho alegres con esta victoria. Lo qual sabido por la Reyna e por el Infante, hubieron dello gran placer» (198).

La entrada de los murcianos alcanzó los objetivos de talar la huerta de Vera, aportillar los

muros de Zurgena y quebrar la fuerza de los moros. No sabemos si cogieron la buena presa de ganado que se prometían y que fue el primer objetivo que se propusieron cuando proyectaron la empresa. Parece que solamente se llevaron lo que obtuvieron en el saqueo de Zurgena, que no debió ser mucho pues Zurgena era un lugar pequeño, y los caballos y las armas que tomaron a los moros de Baza.

**Los asedios de Húrtal.**— A fines de abril de este mismo año los lorquinos ocuparon, por poco tiempo y con un final desastroso, en el término de la actual Huércal-Overa una fortaleza, la de Húrtal de la **Crónica del rey don Juan II** (199), cuya identificación divide a cronistas e historiadores, pues Lafuente Alcántara, Suárez y Torres Fontes la confunden con la torre fuerte que se levanta junto a Huércal-Overa (200) y García Asensio la localiza en el actual poblado de Urcal, junto al cual se conservan las ruinas de una fortaleza musulmana, que los vecinos llaman el Castiilico, y que por su posición debió ser la llave de los caminos, que desde el valle del Almanzora llevaban a Lorca. Se alzaba esta fortaleza sobre el cerro de Marín, en la falda meridional del Cabezo de la Jara, separado por un profundo barranco de la sierra de Santa María de Nieva, siete kilómetros al Nordeste de Huércal, muy próximo a las lindes de las provincias de Almería y Murcia. De esta fortaleza, que los Reyes Católicos mandaron destruir, se conservaban a principios del presente siglo, cuando García Asensio visitó el lugar, los restos suficientes de muros y torres como para poderla reconstruir idealmente. La cima del cerro, un cono truncado, ofrece una plataforma horizontal en cuyo perímetro se alzaba la muralla, que cerraba el recinto de la fortaleza; en la parte Norte de este recinto se levantaba una torre, que tenía en la base una salida subterránea, y en la parte Sur se alzaba otra torre cuadrada; en el centro hay dos aljibes excavados en la roca, que vienen a ocupar entre ambos 96 metros cuadrados. Esta disposición de las ruinas, que describe García Asensio (201), coincide con las «dos torres asaz buenas» que menciona Pérez de Guzmán en su crónica (202). Pienso que el Húrtal medieval ha dado por corrupción el actual Urcal y no Huércal.

Esperaban los fronteros murcianos que, después de la entrada que acababan de hacer por la tierra de Vera, sobrevendría alguna reacción de parte de los granadinos y para contrarrestarla reforzaron las guarniciones de Lorca, Mula y Caravaca. Como la actividad en la zona granadina no hizo mudanza y las guarniciones en las fortalezas más próximas seguían siendo reducidas, los lorquinos decidieron aprovechar la coyuntura y apoderarse de la fortaleza de Húrtal, que los amenazaba directamente. Prepararon y dirigieron la expedición el alcaide de Lorca Martín Fernández Piñeiro, que se hizo famoso por el remoquete de **El del brazo arremangado** con que se le conocía por su costumbre de entrar en combate con el brazo izquierdo desnudo, modelo que dicen tuvo presente Cervantes para imaginar a su Pentapolín del Arremangado Brazo, rey de los Garamantas, en la célebre batalla de las dos puntas de ganado con que se enfrentó don Quijote (203) y «Mosen Per Melladas (Pedro Marrades), caballero del Reyno de Aragón, que era venido por su voluntad a hacer guerra a los moros». No dice la Crónica cuántos caballeros tomaron parte en esta acción y cómo a ellos se agregaron después de conquistada la fortaleza 70 más y no da el número de bajas que tuvieron en los varios encuentros que hubo, resulta aventurado cifrar en 125 el número de los que tomaron parte en la conquista de la fortaleza, porque éstos precisamente fueron los cautivados por los granadinos cuando la recuperaron.

Mediado el mes de abril, con los hombres que pudieron reunir, entraron hasta Húrtal. «... e fueron, dice la Crónica, por lo hurtar, e llevaron escalas e los pertrechos que menester habían, e fueron escalar el castillo e escaláronlo e tomaron, e prendieron todos los que ende hallaron, e apoderáronse dél...». Enviaron cautiva la guarnición musulmana a Lorca, pidieron ayuda al mariscal y se dispusieron a resistir los asaltos que los moros quisieran darles. «Y

embriaronlo luego hacer saber al mariscal Fernán García de Herrera, pidiéndole por merced que les mandase luego embiar recua con viandas, porque tuviesen con que le defender; el qual embió mandar a Rodrigo Rodríguez de Avilés que fuese meter una recua de viandas, el cual lo puso luego en obra e llevó con ella hasta setenta de caballo e puso la recua dentro del castillo en salvo...». Torres Fontes ha encontrado en el Archivo Municipal de Murcia la relación de los víveres enviados en esta ocasión a Húrtal, que, por curiosidad damos a continuación. 25 cántaras de vinagre que costaron a 8 maravedís la cántara. 50 cahices de trigo a 80 maravedís el cahiz. 32 tocinos a 70 m. la pieza. 4 cahices de garbanzos a 112 m. el cahiz. 15 fanegas de sal a 36 m. la fanega. 20 docenas de pescadas a 80 m. la docena. 80 acémilas para el transporte alquiladas a 30 m. cada una y otras minucias que nos ayudan a formarnos una idea de cómo se montaba un socorro de esta naturaleza y de cuál era su importe (204).

Los muchachos, que llevaron el socorro, animados por su jefe se decidieron a correr la tierra por ganar algún botín. «... e habló con esa gente que llevaba e díxoles que sería bien que pues estaban en tierra de moros, que otro día corriesen por les hacer algún daño e a todos plugo dello. E otro día viernes, veinte e nueve días del dicho mes de abril, partió el dicho Rodrigo Rodríguez a correr tierra de moros. E yendo así un poco por su camino, oyeron gran ruido de moros que venían sobre el castillo e los cristianos se detuvieron e los moros hubieron vista de ellos e comenzaron de los seguir. E Juan Rodríguez embió luego a lo hacer saber al Mariscal y él se metió en el castillo para lo ayudar a defender a los caballeros que en él estaban. Y el día siguiente en amaneciendo llegaron sobre el castillo el alcayde de Mofarres e otros cabdillos moros con hasta tres mil de caballo e treinta mil peones, lanceros e vallesteros». Estas cifras parecen exageradas, dada la pequeñez del objetivo, si los granadinos no tenían intención de pasar de allí.

La crónica describe con todo detalle el asalto y rendición del castillo a los granadinos, que comenzó el 30 de abril. «... e luego llegaron algunos dellos a combatir el castillo y los christianos salieron a ellos e hicieronlos retraer un recuesto abaxo e mataron qatorce de los moros e hicieron muchos mas. E los christianos desque vieron la muchedumbre de los moros, volviéronse quanto pudieron e fueron dellos heridos algunos antes que entrasen en el castillo. Los moros asentaron su Real cerca del castillo y embiaron a un soto que cerca dende estaban, del qual truxeron muchos maderos e con las mantas que traían arrimáronlos al muro por tal manera que lo cavaban sin ge lo poder escusar los christianos, e tan reciamente combatieron e tan presto cavaron los moros que cayó un gran lienzo sobre los moros que cavaban, donde murieron todos los christianos que en aquella parte estaban para lo defender. E los moros entraron en el castillo e los christianos se acogieron a dos torres asaz buenas que en el castillo estaban, e allí se defendieron hasta que la mayor parte dellas fue cavada de tal manera que cayó gran parte de la una, e los christianos, que se vieron sin socorro e tan cercanos de la muerte, demandaron habla al alcayde Mofarres, al qual plugo de los oír e dieronsele porque les asegurase la vida e los llevase presos y el alcayde, temiendo que no los podría defender de los moros, mandó apartar el combate e mandoles que estuviesen hasta la noche e que los recibiría, e desque fue anochecido tomolos en su poder e fueron allí presos ciento e veinte y cinco christianos, entre los quales fueron Mosen Pere Melladas e Rodrigo Rodríguez de Avilés e Martín Fernández Pineyro e Diego Gómez de Avalos e Juan de Salazar e Diego Hurtado de Mendoza, de Baeza, e otros escuderos hijos-dalgo del Mariscal Fernán García, e a los susodichos mandó llevar el alcayde de Mofarres honradamente, cavalgando en sus caballos y todos los otros a pie atados en sogas e asi los presentó al rey de Granada, el qual mandó bien reparar el castillo e pusolo en gran rebcado. E murieron en el combate deste castillo hasta treinta hombres de armas e quarenta peones». En esta ocasión los lorquinos pidieron socorro a los de Orihuela, que no se lo pudieron prestar por haberse firmado una tregua

entre Granada y Aragón, y a los de Murcia, pero cuando éstos llegaron con Alonso Yáñez Fajardo como abanderado, los moros eran ya dueños de la fortaleza. Los cautivos, rescatados, estaban un año después en su tierra.

El alcayde Mofarres de la crónica castellana era Abu-l-Suzuy Mofarrig, un cristiano cautivo siendo niño, que fue comprado para el servicio del palacio real, lo educaron en el islamismo, formó parte de la guardia palatina, alcanzó la manumisión y llegó a ser alcaide o jefe de la guardia real. Murió en Montefrío, luchando con los castellanos, tres años después de recuperar Húrtal (205).

Muhammad VII murió en Granada el 13 de mayo del 1408. Mufarrig sacó entonces de la fortaleza de Sañobrea a su hermano Yusuf, al que aquel tenía preso desde que le arrebató el trono, y lo proclamó rey. Yusuf III se mostró en todo como hombre prudente. Negoció con Castilla una tregua que se mantuvo en vigor hasta el 1410. De estos dos años solamente conocemos un sobresalto en Orihuela por falsas noticias. Dice Beilot que un renegado, apresado por los de Orihuela y puesto en el tormento, declaró que los granadinos se encontraban en Vera y Huéscar para entrar a robar en el reino de Murcia, lo que no se confirmó (206). Cumplida la tregua en la fecha indicada, el infante don Fernando, regente de Castilla, cercó Antequera que se le entregó el 25 de septiembre. El 10 de noviembre siguiente se firmó la paz, que, mediante sucesivas prórrogas en cada una de las cuales los granadinos entregaron a los castellanos cierto número de cautivos, se prolongó hasta el 1428. En el 1412 el infante don Fernando accede al trono de Aragón por el compromiso de Cagpe y muere cuatro años después. Durante el asedio de Antequera se produjeron dos incidentes en la frontera oriental. Los granadinos entraron hasta Caravaca, que resistió bien la embestida y su comendador Pedro López Fajardo los desbarató (207) y los murcianos, mandados por Pero López Davaíos, llegaron por el valle del Almanzora hasta Oria, asaltaron su castillo y saquearon el lugar y también Cantoria, Zurgena y Overa, volviendo a Lorca por Huércal y el Puerto de Nogaité (208).

Al 1411 refiere Belliot una noticia, que cuando menos, parece confusa, pues no se sabe que en esta fecha estuviera rota la tregua entre Granada y Aragón ni que hubiera hostilidades entre éste y Castilla. Dice que los granadinos, de acuerdo con los de Lorca, hicieron cuatro entradas contra Orihuela y que los de Vera fueron con una galera y cuatro galeotas a saquear el arrabal de Alicante, que encontraron alertado por un alfaqueque de Lorca, que se les adelantó y dio el rebato (209). Torres Fontes recoge un caso, ocurrido por este tiempo, en el que el oficio de alcalde mayor de moros y cristianos no funcionó con efectividad. Dice que dos vecinos de Murcia, Miguel de Belsa y Juan García de Loaysa, fueron secuestrados por los moros y traídos a Cuevas. Intervino el juez de la frontera Gutierre Fernández de Ortelobos, que era al mismo tiempo teniente de adelantado por el condestable de Castilla, y ante él compareció un moro de Cuevas para esclarecer si los murcianos habían sido cautivados en el reino de Murcia o en la gobernación de Orihuela, se demostró lo primero, el juez ordenó la devolución de los cautivos y el moro cuevano no le hizo caso (210).

A veces ciudades del mismo reino se estorbaban una a otra en sus relaciones con los granadinos. En el 1417, estando en vigor la tregua entre Granada y Aragón, los de Orihuela enviaron a su alfaqueque Pedro Tomás con cartas para el alcaide y aljama de Vera, en las que les proponían estrechar las relaciones de amistad y buena correspondencia. Mientras negociaban sobre esto, el baile general del reino de Valencia dio licencia a los vecinos del cabo Cervero y Guardamar para armar unas fustas y venir a hacer daño a las costas de Vera y Almería. Vinieron, en efecto, con una fusta y cautivaron cuatro moros en la playa de Vera. Al echarlos en falta, las autoridades de Vera los reclamaron a las de Lorca, sospechando que de esta ciudad les había venido el daño. Los de Orihuela, mejor informados, protestaron ante el baile por tal acción, que los hacía a ellos sospechosos ante los de Vera de conducta doble

y avisaron a éstos que habían recogido los cautivos a los corsarios y los tenían preparados para devolvérselos, como lo hicieron. Los de Vera se congratularon con ellos de que los caballeros honrados cumplieran lo que prometían, les devolvieron un mudéjar huido de Alicante y refugiado en Almería y prosiguieron los tratos amistosos (211).

**Muhammad IX el Izquierdo en Vera.**— A Yusuf III, muerto en Granada el nueve de noviembre de 1417, le sucede su primogénito Muhammad VIII, conocido por el Pequeño, que ocupa el trono en dos breves períodos de dos años cada uno, 1417-1419 y 1427 y 1429, separados por una etapa de ocho años durante la cual gobierna su primo Muhammad IX el Izquierdo. El primer período del reinado del Pequeño transcurre en paz con Castilla y Aragón (212).

El 24 de marzo de 1419 llega a Cehegín procedente de Vera el judío «Maymon, hijo de Abrayn Abendimo», vecino de Lorca, y pone en conocimiento del concejo de aquella población, y en seguida del de Lorca, los últimos sucesos acaecidos en Granada, cómo los Abencerrajes han echado al pequeño rey legítimo —Muhammad VIII tenía diez años cuando su primo lo arrojó por primera vez del trono— y han impuesto a su candidato Muhammad IX el Izquierdo. Añade una noticia más inquietante para los frontereros murcianos y es que en Vera se estaban concentrando tropas y no se sabía si era para defender la frontera de posibles ataques de los murcianos dada la situación en Granada o para entrar a caer sobre Lorca. Esta entrada no se produce. Es una falsa alarma del judío, que imaginó que el movimiento de tropas obedecía a planes ofensivos, porque unos moros amigos le habían aconsejado que se marchase cuanto antes de Vera (213).

Lo sucedido en el reino granadino había sido que los alcaides de Guadix y de Iñora, que eran abencerrajes, capitaneados por el jefe de este clan, Abu-l-Hayyay Yusuf ben al-Sarrag, se habían levantado contra el visir Alí al-Amin, le habían dado muerte, habían obligado a huir al niño Muhammad VIII y habían puesto en el trono a su primo Muhammad ben Nars, que comenzó de este modo la primera etapa de su largo y agitado reinado. El nuevo soberano entregó el visirato y la jefatura del ejército al jefe de los abencerrajes y distribuyó los demás cargos entre los miembros de esta poderosa familia (214).

Con el derrocamiento de Muhammad VIII estalla la pugna entre las dos facciones más poderosas en el reino nazarita durante el siglo XV, los Alamines y los Abencerrajes. Los primeros eran partidarios de la línea legítima de sucesión en el trono y venían ocupando puestos importantes en la administración pública desde la muerte de Muhammad V. Los segundos eran nacionalistas acérrimos y partidarios de un poder fuerte, consiguieron sacar al reino nazarita de los atolladeros en que lo atascaron sus enemigos interiores y la descarada intervención de Castilla, y no dejaron de actuar hasta que los Reyes Católicos los obligaron a emigrar a Africa. Dicen algunos historiadores que estos Abencerrajes o Aben Sirag venían de los Banu Sirag que en siglo IX recibieron en feudo la cora de Urci o Bayyana. En el siglo XV formaban un poderoso clan con influencia en Guadix, Vera y Almería, lo que explica que estas ciudades apoyaran a Muhammad IX, que había contraído matrimonio con una hija del jefe Yusuf ben Sarag, y que la hija de este matrimonio, Aixa, casada con Muley Hacen, tenga durante la última guerra civil granadina los principales puntos de apoyo para su hijo Boabdil en Guadix, Almería, Vera y los Vélez. Lo que comienza en realidad con el golpe de estado, que desplaza del trono a Muhammad VIII, es la primera jornada de la larga guerra civil que destruye al reino de Granada.

La subida al trono de Muhammad IX el Izquierdo no altera la vigencia de las treguas que Granada tiene firmadas con Castilla y Aragón. En Vera se produce un incidente curioso este mismo año de 1419. Yendo a Granada el alfaqueque oriolano Daniel Tomás, hijo de otro alfaqueque, Pedro Tomás, se detiene en Vera para que sus autoridades le den el seguro de trán-

sito. El alcaide lo manda prender y los notables de la ciudad le obligan a dejarlo en libertad y devolverlo a su tierra con una carta, redactada con los saludos y bendiciones de costumbre entre los musulmanes y firmada por el alcaide, «Marcomat hijo de Marcomat hijo de Zulema». El cronista Bellot apostilla este documento con las siguientes palabras: «Todos los musulmanes han gastado siempre mucho papel en bendiciones y alabanzas» (215).

En el 1420 se consumen las treguas vigentes entre Granada y Aragón y, mientras se negocia la prórroga, se producen las alteraciones de costumbre entre los fronteros de ambos reinos. Los oriolanos hubieron de usar de los buenos oficios del prior de Santo Domingo de Murcia, que estuvo predicando en Lorca por este tiempo, para poner en razón al teniente de adelantado, que dejaba pasar a los moros de Vera a correr la jurisdicción de Orihuela y aprensaba a los oriolanos, que intentaban tomar la revancha, con la excusa de que había tregua entre Castilla y Granada (216). Una de las incursiones granadinas provoca un conflicto entre el concejo y el gobernador de Orihuela, pues unos almogávares de Vera entraron a robar en aquel campo, dieron muerte a un vecino y fueron apresados, planteándose entre las autoridades un pleito de competencia sobre a quien correspondía juzgarlos. Los ánimos se exaltan y las milicias concejiles salen con pendón alzado contra el gobernador, que se ve obligado a entregarles los moros para apaciguarlos (217). No consta que se firmara la prórroga de la tregua fenecida, pero se puede suponer que así se hiciera, pues a Alfonso V el Magnánimo, enfrascado en problemas más importantes del área mediterránea inmediata, no le interesaba que las hostilidades se encarnizaran entre Orihuela y Vera.

En abril de 1421 se cumple la tregua vigente entre Castilla y Granada, prorrogada dos años antes. Los granadinos se adelantan a romper las hostilidades para acelerar la negociación y entran en el reino de Murcia con 600 caballos y mil peones, llegan a la altura de Calasparra, donde los murcianos les obligan a volver grupas, los desbaratan en el Puerto del Conejo, les arrebatan la presa que habían hecho, matan o cautivan a bastantes de ellos y obligan a los demás a buscar refugio en Vélez-Blanco (218). Mediado el mes de julio la nueva tregua queda ajustada por tres años, hasta julio de 1424, «con que el rey de Granada diese al Rey en parias trece mil doblas de buen oro» (219).

Por este tiempo, en Castilla los infantes de Aragón, don Juan y don Enrique, hijos de don Fernando de Antequera, se disponen a consolidar sus posiciones y toman parte en la guerra entablada entre don Alvaro de Luna, valido del joven monarca don Juan II, que, apoyándose en las ciudades, propugna el gobierno absoluto del rey, y los nobles, que pretenden imponer un gobierno colegiado para conservar sus posiciones y privilegios. En esta coyuntura entra en escena Alonso Yáñez Fajardo II, que había servido a don Fernando de Antequera y continúa sirviendo a sus hijos, de los que pronto se aparta para pasar al servicio de don Juan II y su valido, que en el 1424 le premian con los cargos de adelantado mayor del reino de Murcia y alcalde de moros y cristianos, cargos que ya no se separan de su familia, llamada a representar un papel importante en la comarca de los Vélez y parte de la de Vera durante el siglo XVI. Vera, bajo la protección de la tregua vigente entre Granada y Castilla, que en el 1424 se prorroga por otros tres años, vive en paz con los murcianos, sin más incidentes que los que habitualmente solían producirse en la frontera, para resolver los cuales el rey de Granada le envía dos jueces, que entienden en ellos de común acuerdo con otros dos jueces murcianos enviados por Alonso Yáñez Fajardo (220).

En octubre de 1427, coincidiendo con un breve eclipse de don Alvaro de Luna, que es desterrado de la corte castellana, pero sin relación aparente con él, Muhammad VIII el Pequeño, que estaba refugiado en Marruecos, vuelve a Granada y con la ayuda de Ridwan Venegas arroja del trono a Muhammad IX que se refugia en Túnez mientras que su visir Yusuf ben Sarag se acoge a Lorca. Vuelven al poder los Alamines, que negocian con don Juan II la pró-

rroga de la tregua, que esta vez se les concede por tiempo indefinido a la espera del desarrollo de los acontecimientos en Granada (221).

En Lorca acogió al jefe abencerraje y a los caballeros de su clan que le acompañaban al regidor de Murcia Lope Alonso, que era su amigo y hablaba su lengua, y los acompañó a illescas, donde estaba don Juan II, a pedirle ayuda contra el rey Pequeño. El rey le dio cartas para el de Túnez, Abu Faris, en las que pedía a este que devolviera a territorio granadino al rey Izquierdo, que él le ayudaría a recobrar el trono. Fueron a Túnez Yusuf y Lope Alonso, Abu Faris los acogió complacido, «e luego mandó aderezar la gente, que había de ir con él (el Izquierdo), que fueron hasta trecientos de caballo e docientos de pie, los quales eran del reyno de Granada e se habían allá pasado por el amor que le habían». El rey de Túnez envió al de Castilla con Lope Alonso un «presente de ropa delgada de lino e de seda e de aimisque e de aigaña e alambar e de otras muchas maneras de perfumens». El Izquierdo con los suyos llegó por tierra a «Orán, que es el reyno de Tremecén, e de allí vinieron en Vera, que es en el Reyno de Granada, donde este rey don Mohamad el Izquierdo fue recebido por rey». Lope Alonso desembarcó en Cartagena y fue a dar cuenta a don Juan II del suceso de su misión y entregarle el presente del rey de Túnez.

«E luego como en Almería se supo que el rey Izquierdo era en Vera, embiáronle a pedir por merced que se fuese para allá e lo recibirían por rey e así se hizo. Sabido esto por el rey Pequeño, embió contra él un Infante su hermano con hasta setecientos de caballo, e llegados en vista los unos de los otros, pasáronse las dos partes del rey Pequeño al rey Izquierdo e los otros tornáronse fuyendo para Granada. E partiose el rey Izquierdo de Almería e fuese para Guadix e diósele luego, e dende fue a la cibdad de Granada e fue por los mas della rescebido por rey y el rey Pequeño se retraxo a la Alhambra con esos pocos que con él eran. Y el rey Izquierdo asentó su real sobré en un alcázar que dicen el Alcahizar, que es cerca del Alhambra. E Májaga e Gibraltar e Ronda e todos los otros lugares del reyno de Granada le embiaron a obedecer e a recibir por Rey» (222). A últimos de 1429 Muhammad IX ocupó la Alhambra y apresó a su rival, retuvo consigo a los hijos de éste, y a él y a su hermano los encerró en la fortaleza de Salobreña, donde poco después, al enterarse de que hacían gestiones para conseguir la ayuda de don Juan II y arrojarlo del trono, mandó ejecutarlos (223).

En el 1429, mientras los anteriores sucesos se desarrollan en Vera, Almería y Granada, se reanuda la guerra entre Castilla y Aragón. Alonso Yáñez Fajardo, que tenía a su cargo la dirección de las hostilidades en la frontera del reino de Murcia con el de Valencia, invita al rey Izquierdo, cuando éste estaba aún en Vera, a que, si quiere complacer al rey de Castilla que le está ayudando a recuperar el trono, envíe «la mas gente que pudiese en las tierras del rey de Aragón». El Izquierdo, dadas sus escasas disponibilidades, envía solamente seis hombres de a caballo y cuatro de a pie, que el adelantado sitúa con tres murcianos en la torre de Lope Jover, desde la que entran a hacer daño en tierra de Orihuela. Los oriolanos, descontentos de su gobernador Juan Masquefa, poco útil para la guerra y deudo del adelantado murciano, piden a su rey que les envíe otro gobernador (224).

El 16 de julio de 1430 se firma en Marjano entre Castilla y Aragón una tregua por cinco años, que significa para don Alvaro de Luna, de momento, un triunfo sobre los Infantes de Aragón y para Granada, la guerra con Castilla. Tres meses antes Muhammad IX había enviado a solicitar una tregua de Castilla a su visir Ibrahim Abd al-Barr, que don Juan II retiene en su corte hasta que firma la tregua con Aragón y luego lo despide con el recado de que él enviaba un embajador a Granada. Poco después llega a la Alhambra el embajador castellano con las condiciones que don Juan II imponía para conceder al Izquierdo la tregua de un año, que se cifraban principalmente en un enorme tributo y la libertad de todos los cristianos cautivos. «Esto hacía el Rey —dice un cronista— conociendo que se le no otorgaría, porque

él hubiese causa para hacerle la guerra». El rey de Granada considera inaceptables las condiciones y las rechaza (225). Don Juan II y don Alvaro de Luna deciden hacerle la guerra, para la que las Cortes, reunidas en Palencia, en enero de 1431 les otorgan abundantes subsidios. Se procura neutralizar a los soberanos norteafricanos, especialmente al emir hafsi de Túnez Abu Faris. Se sitúan en cada distrito fronterizo sendos ejércitos de 500 lanzas cada uno.

Esta vez los castellanos confiaban conquistar el reino de Granada aprovechando las discordias internas que lo destruían. Estando don Juan II en Córdoba preparándose para entrar en campaña, se le presentó un tornadizo llamado Gilayre a pedirle ayuda para poner en el trono granadino a Yucef ibn al-Mawi, el Aben Almao de las crónicas castellanas, nieto de Muhammad VI el Bermejo, que tenía su señorío en la taha de Marchena almeriense. Se pensó ayudarlo para utilizarlo como un pelele. Las acciones de los castellanos en la Vega de Granada durante los primeros días más parecían pasos de torneo. Al fin el día primero de julio se libró ante Granada la batalla llamada de Higuera, de tan pobres resultados como de aparato se la decora en el fresco de la Sala de las Batallas en El Escorial (226). Consecuencia de esta derrota y del apoyo de los castellanos a Yusuf ibn al-Mawl es la huida en diciembre de Muhammad IX «a una villa suya, a puerto de mar, que le dicen Almería, con hasta ciento cincuenta de a caballo», llevando consigo a los hijos del rey Pequeño y a un sobrino suyo, que deja de gobernador en Almería cuando pocos días después va a Málaga, que le sigue siendo fiel (227). El primero de enero de 1432 Yusuf entra en Granada, pero vuelve el rey Izquierdo y, a pesar de la ayuda castellana, le obliga a encerrarse en la Alhambra, donde muere el 30 de abril de «muerte natural» (228). Su reinado ha durado cuatro meses.



#### IV. UN DICTADOR EN GRANADA

**Conquista de la Ajarquía almeriense por los murcianos.**— La instalación por tercera vez de Muhammad IX el Izquierdo en el trono granadino supone la instauración de un poder fuerte que trata de imponerse a todos los granadinos, para hacer frente a las consecuencias de la derrota de la Higuera, que se manifiestan en todos los sectores de la frontera en la mayor audacia y descomedimiento de los capitanes castellanos, de un modo especial en la frontera con el reino de Murcia. En el verano de 1433 el adelantado de Murcia Alonso Yáñez Fajardo y el alcaide de Lorca Martín Fernández Piñero ponen cerco al castillo de Xiquena, situado, como ya sabemos en la cuenca alta del Gadalentín, frente a las fortalezas de los Vélez. Durante el asedio es armado caballero Alonso Fajardo, sobrino del adelantado y yerno del alcaide, que andando el tiempo será conocido por el Bravo o el Malo y que, siendo alcaide de Lorca, ha de jugar un papel muy importante en la tierra de Vera. Los murcianos conquistan Xiquena, pero fracasan en el asalto que intentan dar por sorpresa a Vélez-Blanco (229).

En mayo de 1434 Alonso Fajardo, hijo del adelantado, que había sido doncel de don Alvaro de Luna hasta el 1428 y había tomado parte en la batalla de la Higuera, entra con una hueste a talar los panizos de Vera, le sale al encuentro el jefe de los Abencerrajes y gran visir Ibrahim ibn Abd al-Barr, que, con motivo de la pérdida de Xiquena el año anterior, se había situado con sus tropas en Vera, lo que por lo visto desconocían los murcianos, lo derrota, sus compañeros huyen y él muere en el encuentro (230). Se ha creído que, para vengar la muerte de su hijo, Alonso Yáñez Fajardo, preparó y llevó a cabo la conquista de la Ajarquía almeriense, pero en realidad ésta tuvo otros motivos y condicionamientos.

La popularidad del rey Izquierdo desaparece en Guadix y Baza, donde se imponen los partidarios de Aben Almoa. Esto favorece la actividad de los fronteros castellanos de Jaén, Cazorla y Murcia, que en unos años consiguen incorporar a Castilla una docena de pueblos en la parte norte de las actuales provincias de Granada y Almería, sobre todo en la zona conocida por la Ajarquía —los Vélez y Vera—. En los primeros días de noviembre de 1434 el comendador santiaguista de Segura don Rodrigo Manrique, inmortalizado después en las celebradas coplas de su hijo Jorge, se apodera de la villa de Huéscar. Durante el 1435 los fronteros de Jaén y Murcia entran a talar los campos de Guadix y Baza sin encontrar mayor resistencia. En enero de 1436 las villas de Vélez Blanco y Vélez Rubio se entregan por capitulación quedando sus vecinos por mudéjares (231). En marzo los moros de Guadix y Baza proponen a don Juan II quedar como mudéjares con ciertas condiciones que el rey no acepta. En abril

se entregan Galera y Castillejar y en mayo se da Benamaurel, avanzando la frontera hasta quedar sobre Baza. Este mismo año los murcianos ocupan Oria, Cantoria, Albbox, Arboleas, Albánchez, Zurgena, Overa, Bédar y Cuevas, unas por capitulación y otras por las armas (232).

Los años de 1435 y 1437 son los más agobiados para la tierra de Vera, que está a punto de perderse como los otros pueblos de la Ajarquía. Ya en febrero de 1436 los murcianos la cruzan, llegan hasta Níjar y saquean esta tierra. En abril, el adelantado con las milicias concejiles de Murcia, que llevan el nuevo pendón, permanece doce días en la comarca de Vera talándolos sus campos. Los moros ladinos procuran crear en Vera y en las otras poblaciones, que permanecen reacias, el ambiente propicio a la capitulación. En agosto los murcianos vuelven a entrar y permanecen doce días en la desembocadura del Almanzora destruyéndolo todo. En abril de 1437 los murcianos destruyen los sembrados de Vera y llegan hasta Purchena. En mayo repiten el castigo en Vera (233).

Un sacerdote murciano, Rodríguez de Amella, que cuando esto escribía tenía diez años, dice en uno de sus libros: «E tal e tanta guerra fizieron los christianos a los moros en este tiempo, talándoles los panes dos veces en el año e corriéndoles la tierra de cada día, que si la guerra durara dos años o tres más, todo el dicho reino de Granada se perdiera y lo cobrarán los christianos» (234). La debilidad de los granadinos en esta parte del reino se debía a las hostilidades entre los partidarios y los enemigos del rey izquierdo. A principios de 1438 éste pide una tregua a Castilla, que negocian el jefe abencerraje Ibrahim ibn Abd al-Barr y don Iñigo López de Mendoza, capitán mayor de la frontera de Córdoba y Jaén, futuro marqués de Santillana, que en una de sus «serranillas» recuerda a los moros de **Val de Porchena**. El 15 de abril de 1439 se firma una tregua por tres años, que se renueva en 1443 por otros tres (235). Entre los capítulos más importantes de esta tregua está el que reconoce a Castilla la posesión de las poblaciones ganadas en los anteriores seis años, que son Benzalema, Benamaurel, Castillejar, Galera, Huéscar, Orce, Vélez-Blanco, Vélez-Rubio, Xiquena, Tirieza, el Box, Bédar y las Cuevas (236). A esta relación los documentos murcianos añaden Cúllar, Arboleas, Cantoria, Albánchez, Partaioa, Zurgena, Overa y Cabrera (237). Habría que poner en duda la posesión por los castellanos de esta última, pues quedaba muy a la retaguardia de Vera y Mojácar, que los granadinos conservaron a toda costa.

**Muhammad X el Cojo.**— En Castilla y en 1439 la nobleza, que en febrero de 1437 había comenzado a hostilizar de nuevo al todopoderoso don Alvaro de Luna, se manifiesta en clara rebeldía y guerra abierta. La guerra civil castellana se refleja en seguida en la frontera granadina, en la que se paraliza la actividad de los frontereros castellanos precisamente a partir de 1437, se abren sin mayor dificultad las negociaciones para concertar una tregua, que todos necesitan, y se firma ésta, como hemos dicho, en 1439. En el reino de Murcia, mientras el adelantado y el concejo de la ciudad permanecen fieles a don Alvaro de Luna, Diego y Alonso Fajardo siguen la facción de los Infantes de Aragón y la nobleza. Todas estas circunstancias proporcionan cierto descanso a los vecinos de Vera, contra la que desde 1437 han cesado las entradas y las talas.

En el 1443 Alonso Fajardo el Bravo sucede a su suegro en la alcaidía de Lorca. Un año después muere su tío el adelantado Alonso Yáñez Fajardo, dejando heredero del mayorazgo de su casa y del adelantamiento de Murcia, que ha quedado vinculado a su familia, a su hijo Pedro, menor de edad, bajo la tutela de su madre doña María de Quesada. Fajardo el Bravo, dueño de Lorca, Xiquena y Caravaca, que ambiciona el cargo, va a hacer a su primo su guerra civil particular, cambiando de alianzas según crea que le conviene entre los moros, el condestable, los Infantes de Aragón y el príncipe don Enrique, hasta su misteriosa desaparición en 1461 destruido por su primo y las tropas del rey.

De 1445 a 1448 vuelve a Granada la lucha por el trono, esta vez entre el rey Izquierdo y sus sobrinos Aben Osmin, su gobernador en Almería desde 1432, y Aben Ismail, exiliado en Córdoba. El primero logra apoderarse de Granada y retenerla desde enero a junio de 1445, proclamándose rey con el nombre de Muhammad X, siendo conocido por el Cojo. Ibn Abd al-Barr se retira con sus abencerrajes a Montefrío y de acuerdo con Aben Celim el Infante de Almería y con la ayuda de Castilla quita el trono al Cojo y lo da a Aben Ismail, que reina otros seis meses con el nombre de Yusuf V, hasta enero de 1446, que los mismos que lo han puesto en el trono, lo echan y se lo dan de nuevo al Cojo, que esta vez lo retiene hasta diciembre de 1447 y sabe aprovechar la mayor virulencia de la guerra civil castellana, para recuperar las plazas perdidas en la parte oriental del reino restituyendo la frontera con el de Murcia a su primera línea (238).

A principios de 1448 el rey Izquierdo se apodera por cuarta vez del trono granadino, prende a su sobrino el Cojo y ordena ejecutarlo. Para asegurar en su familia la sucesión en el trono casa a su hija con el hijo del rey Pequeño y lo asocia al trono con el nombre de Muhammad XI que es conocido por el Chiquito. El Izquierdo y el Chiquito, como poco antes el Cojo, advierten que en la confusa situación creada en el reino de Murcia por la guerra entre Castilla, Aragón y Navarra ellos no tienen nada que perder e intervienen ayudando a uno u otro bando y aprovechando al mismo tiempo el desamparo en que están las fortalezas de la frontera para hacer por su cuenta robos y cautiverios en los campos, que llegan a levantar el clamor de Roma (239).

Muhammad X el Cojo había facilitado tropas al bando de don Alvaro de Luna, capitaneado en Murcia por doña María de Quesada, y al de los Infantes y nobles dirigido por Fajardo el Bravo. En el 1448 éste consigue del Izquierdo que le dé 1.800 caballos y diez mil peones, mandados por los jefes abencerrajes y los hermanos Alabez, caudillos de Vera y los Vélez (240). Con este ejército el maestro de Santiago don Rodrigo Manrique obliga a los del rey y el adelantado a levantar el asedio que le tenían puesto en Murcia. En el 1449 Murcia y Fajardo el Bravo se pasan al servicio del rey y del condestable y previenen al rey Izquierdo que deje de ayudar a los del bando contrario, consejo que este desoye y con el rey Chiquito trata de avivar los bandos en el reino de Murcia.

A principios de 1450 los reyes de Granada firman una tregua con don Juan II, que rompen hacia el final de este mismo año. El 22 de diciembre el concejo de Lorca avisa al de Murcia que dos torquinos, que habían estado en las cercanías de Vera, se habían enterado por unos amigos moros y judíos que «el rey Chico (Chiquito) e los caballeros de Granada son abaxados a Baza e están ende e su vía es para esta cibdad (Lorca) e esa (Murcia) e algunos logares de Aragón (Orihuela) e los logares de doña María (Molina y Mula)», y que tenían preparados para esta entrada tres mil caballos y muchos peones. Esta entrada la llevaron a cabo los granadinos en los últimos días de diciembre saqueando muchos lugares, pues la guerra con el príncipe don Enrique y el marqués de Villena había dejado el reino desguarnecido (241).

El mes de enero de 1451 transcurre entre amenazas y bravatas de los granadinos, que han reunido en la frontera fuerzas suficientes como para llegar hasta Orihuela, preparativos de los murcianos que se han unido tras los Fajardos para resistirlos y reclamaciones de los de Vera por los robos que los almogávares murcianos hacen en su tierra «faltando a la buena amistad prometida». Estas quejas del Alabez de Vera al concejo de Lorca y a su amigo Fajardo el Bravo se ordenan a excusar la entrada que prepara con los otros caudillos moros, que llevan a efecto el 12 de febrero capitaneados por el rey Chiquito y en la que se ven obligados a retirarse en seguida ante la resistencia que encuentran en Lorca y Mula (242). En abril vuelve a circular por Murcia la noticia de que los reyes de Granada concentran tropas en la frontera. Fajardo el Bravo se ha separado de la facción del condestable y se ha unido a los partida-

rios del príncipe don Enrique. Los regidores de Murcia intentan negociar una tregua con el alguacil de Vera Ahmed ben Faque y le envían tres moros veratenses cautivos como argumento de buena voluntad. Enterado el caudillo Alabez, recomienda a los murcianos que negocien directamente con el rey de Granada. El rey granadino les recomienda que se pasen al bando de Aragón, que es el que él sigue. Esta descarada intervención del rey de Granada en los asuntos internos del reino de Murcia disgusta al concejo murciano y las gestiones de éste no caen bien a Fajardo el Bravo, que tenía firmada una tregua con el rey izquierdo, que vencía a último de octubre. Las alarmas se repiten una y otra vez en Murcia, pero el ejército granadino situado en Vera ni se retira ni hace alardes ofensivos (243).

**La derrota en los Alporchones de Lorca.**— Los granadinos, regidos por el cada vez más belicoso rey Chiquito, deciden hacer la entrada, durante tanto tiempo preparada en el momento menos oportuno para ellos, cuando una vertiginosa serie de victorias de don Alvaro de Luna favorece la unión contra ellos de las facciones murcianas, en la que venía trabajando Fajardo el Bravo desde el 15 de diciembre de 1451. Acerca de la cuantía de las tropas reunidas por los granadinos en Vera para esta entrada hay notables diferencias entre los historiadores, pues mientras unos la cifran en 600 caballos y 1.500 peones, otros la ponen en 1.200 caballos y mil peones. Dice Pérez de Guzmán que estas fuerzas estaban mandadas por catorce caudillos, que mueren después en el combate, pero solamente da el nombre de nueve, que son: Abenaziz de Baza, su hermano Abencasin de Granada, los tres hermanos Alabez, alcaides de Almería, Vera y Vélez-Blanco, y los alcaides de Vélez-Rubio, Orce, Huéscar y Cúllar (244). Cascales y Pérez de Hita añaden los alcaides de Guadix, Purchena, Caniles, Castillejar, Tirieza y Xiquena, sin advertir que estas dos últimas fortalezas estaban en poder de los murcianos cuando se efectuó esta entrada (245). Rodríguez de Amelia menciona a Abenaziz y Alabez, y añade Alí ben Muza y Abdilbar (246). Este cronista y Pérez de Hita dan como jefe de la expedición a Abdilbar, que Seco de Lucena identifica con el jefe de los Abencerrajes y gran visir granadino Ibrahim ibn Abd al-Barr, pero niega su presencia en la batalla de los Alporchones porque no la encuentra acreditada en ningún testimonio de la época (247). Torres Fontes cree que, a pesar de todo, bien pudo asistir, ya que esta entrada la organizó personalmente el rey de Granada como respuesta a la carta del Concejo de Murcia del mes de agosto del año anterior, en la que rechazaba su ingerencia en los asuntos murcianos (248).

En los últimos días de febrero o primeros de marzo se conoce en Lorca que los moros están preparados en Vera para hacer la entrada. Fajardo el Bravo, cumpliendo sus obligaciones de capitán de la frontera, avisa al Concejo de Murcia, al adelantado y al obispo la presencia de los moros en Vera y su talante ofensivo, y les pide que cumplan lo acordado entre ellos respecto a este asunto en diciembre anterior. «Otro sí, añade, si se puede, que todos los caballeros de esa ciudad venga, pues que al presente acá ellos son tan necesarios». El día 13 de marzo, comenzada la correría de los moros el día anterior, reclama de nuevo a los de Murcia, apoyado ahora por el Concejo de Lorca, la ayuda prometida (249). El día 16 avisaba al corregidor. Como fruto de estas y otras gestiones Fajardo el Bravo consiguió reunir en Lorca 300 caballos y dos mil peones, ejército que representaba respecto al de los granadinos la cuarta parte de los caballos y el doble de los peones. Esta tropa estaba formada en su mayor parte por los lorquinos, pues de las otras poblaciones solamente acudieron el corregidor Diego de Ribera con 90 caballos y 50 peones, Garci Manrique que llevó la hueste de Caravaca y el comendador de Aledo Alonso de Lisón, que llevó siete caballos y 15 peones.

Los moros entraron por el camino de la Fuente de Pulpi y el Puerto de los Peines en el Campo de Cartagena, en el que arrasaron los lugares de Corvera, El Escobar, Campo Nubla y el Rincón de San Ginés, y llegaron a las cercanías de San Pedro del Pinatar en las lindes

orriolanas. Tomaron en total 50 cautivos y 40 mil cabezas de ganado. Esta última cifra no deja de ser verosímil dado que en marzo invernan aún en el Campo de Cartagena los ganados de las zonas más frías del reino de Murcia. Embriagados por el éxito y confiados por la poca o ninguna resistencia encontrada hasta el momento, en el camino de vuelta a Vera se aproximaron audazmente a Lorca, pasando por la rambla de la Viznaga en el campo de los Alporchones, situado a diez kilómetros de esta ciudad, donde los esperaban los lorquinos, alertados por sus escuchas y atajadores.

El encuentro tuvo lugar el viernes día 17. Pérez de Guzmán nos da las bajas de uno y otro bando y los detalles siguientes de la feroz batalla: «Y como fueron en vista, los Moros se pusieron en orden de batalla y los Caballeros Cristianos asimesmo; e fue tan duramente peleado, que los Christianos rompieron tres veces por los Moros e a la fin los Moros fueron vencidos... e los Moros que escaparon se subieron a un sierra muy alta, donde como quiera que la sierra era muy áspera, fueron presos algunos dellos, e tomados algunos caballos y otras cosas... E los moros alancearon los Christianos que llevaban presos e lo que pudieron del ganado» (250). La sierra a la que se refiere la Crónica debe ser la del Cantal, en la que se cobijaba el camino que iba de Lorca a Vera por la Fuente de Pulpí, por el que escaparon los supervivientes de aquella acción. Parece que la mayor resistencia la pusieron los moros de Vera, agrupados en torno a su caudillo Alabez, que luchó bravamente, pues la batalla no se decidió hasta que Fajardo el Bravo lo derribó del caballo, momento en que los moros abandonaron la lucha, unos se rindieron y otros huyeron a la referida sierra. Los lorquinos recuperaron el ganado y los cautivos, que no habían sido muertos por los granadinos. Tuvieron 40 muertos y 200 heridos mientras que de los moros murieron más de 800, entre ellos 14 caudillos, y fueron cautivados 400 (251), entre los que figuraba el caudillo Alabez de Vera, pero dio tales muestras de orgullo, negándose a entrar en Lorca si no era por la puerta principal, que los soldados que lo conducían, exasperados, le dieron muerte ante el portillo por el que trataban de introducirlo. Las Actas Capitulares de Murcia dan la cifra de 1.800 entre muertos y cautivos, que se aproxima a la casi totalidad del ejército expedicionario y está muy por encima de las que da el cronista castellano.

Los lorquinos consideraron siempre la batalla de los Alporchones como «la mas encarnizada lucha que recuerdan los fastos de la historia», claro es que local. Por ganarse esta batalla el día de san Patricio, Lorca ofreció levantar un templo en honor de este santo, promesa que cumplió generosamente edificando el magnífico templo, que desde entonces se conoce por la colegiata de san Patricio, título concedido por el papa Clemente VII. Por este mismo motivo los vecinos de Murcia tomaron a san Patricio por patrón, mandaron pintar un retablo con su imagen y durante algún tiempo celebraron su fiesta cada año (252). Los protagonistas de aquella acción dejaron en las tradiciones lorquinas memoria indeleble de su victoria. Fajardo el Bravo dirá poco después en una carta a Enrique IV que con esta derrota «la Casa de Granada se destruyó». Lo mismo afirman 36 años después los Reyes Católicos en un documento fechado en Villena a dos de agosto de 1488, por el que conceden a Lorca los lugares de Huércal y Overa, que acababan de recibir de los moros, en recuerdo de esta victoria. «Peleásteis con la Casa de Granada y la vencisteis y desbaratásteis» (253). La derrota afectó seriamente al rey Izquierdo y a su asociado el Chiquito, lo que se acusa en el enfrentamiento de éste con su rival Ciriza. Los que más impresionó fue el número de caudillos muertos en el combate, pues quedaron sin cabeza las fortalezas más importantes de la zona oriental del reino.

El rey Chiquito amenazó con vengar la derrota de los Alporchones. Por una carta fechada a 17 de mayo de aquel mismo año el rey don Juan II avisa a los de Murcia que tiene entendido que todo el ejército de Granada va a caer sobre ellos y por otra ordena al príncipe don Enrique, que estaba en Belmonte con don Juan Pacheco, el maestre de Alcántara y el obispo

de Jaén, que acuda en su socorro (254). No se produce la temida entrada y el primero de septiembre don Alvaro de Luna firma con los reyes de Granada una tregua por cinco años, que comienza a regir aquel mismo día, negociada por el alcalde mayor de Córdoba Pedro de Aguilar (255). En esta tregua se sigue asegurando, como en las anteriores, el libre comercio entre Granada y Castilla (256).

**Asalto y destrucción de Mojácar por Alonso Fajardo el Bravo.**— En Lorca sucedió poco después algo peor que una entrada de los moros. Vivían en esta ciudad y gozaban de completa libertad bastantes moros, unos que habían huido de Granada por temor a la persecución de la facción dominante, otros que servían de tropas auxiliares a su alcalde Fajardo el Bravo, y los 400 cautivos de los Alporchones, que, esperando su rescate, circulaban libremente dentro de los muros de la población. Después de la victoria de los Alporchones la enemistad entre los granadinos y el alcalde de Lorca era total. Con fecha 25 de mayo éste escribe al Concejo de Murcia advirtiéndole que, «como los moros y yo somos en rompimiento de guerra, que medio ninguno no hay salvo que poner las manos en la guerra, y hago os lo saber, señores, porque seais apercebidos y os pongais en punto de guerra y pongais en recaudo vuestros ganados y bestias de los campos y mandar poner vuestras guardias...» (257). Fajardo el Bravo esperaba sin duda un ataque de los moros, pero nunca se imaginó que se produjera como sucedió.

A últimos de mayo, después de avisar a Murcia por la carta de referencia, se ausentó de Lorca en busca de los refuerzos que le reclutaba su yerno Garcí Manrique, que habitualmente residía en Caravaca. Durante su ausencia, entre el ocho de junio y el 14 de julio, los moros que residían en Lorca se rebelaron y se apoderaron de la ciudad, obligando a los cristianos a refugiarse en el castillo, donde resistieron mientras su alcalde regresaba con las tropas que pudo recoger. Fajardo entró luchando en la ciudad por la puerta de la Asequoia y corrió luchando por las murallas hasta que estableció contacto con los que resistían en el castillo. Lleno de furor por la traición de los moros prisioneros, a los que había tratado tan liberalmente, y de los moros exiliados que había protegido con tanta hospitalidad, ejecutó en ellos una tremenda matanza y les cogió un considerable botín. No es posible calcular los moros que perdieron la vida en esta represión; se dice que solamente sobrevivieron 200. Fajardo el Bravo considera ahora a Lorca más propia, porque la ha recuperado por la fuerza de las armas. «Yo, señor —dirá después a Enrique IV— combatí a Lorca y la entré por la fuerza de las armas y la gané y la tuve; a donde se prendieron doscientos moros y hube gran cabalgada, ropa, bestias y ganado». En esta ocasión le ayudó su primo el adelantado (258).

No contento con el castigo infligido a los moros rebeldes en Lorca, quiso Fajardo el Bravo remacharlo con una acción ejemplar de represalia ejecutada en una plaza granadina próxima a la frontera, para demostrar, además, que con sus solas fuerzas era capaz de entrar en territorio granadino y tomar por asalto una fortaleza. Escogió como objetivo a Mojácar, villa murada, como hemos expuesto al principio de este capítulo, con una fortaleza inexpugnable en la cumbre del monte donde se levanta. Llevó a cabo la empresa con sus solas fuerzas, circunstancia que subraya con esta frase un tanto extraña: «Yo, como el negocio era tan grande, requerí; primero que fuese, a Murcia, **Almería** y otros lugares, que me ayudasen y no quisieron, y requerí a vuestra señoría que me mandase dar doscientos de a caballo y no se me dieron; en fin, en aquel hecho hice lo que pude». Ese **requerí... a Almería** debe ser un error de transcripción, a no ser que nuestra ciudad estuviera entonces en poder de alguna de las facciones granadinas más obligadas con Castilla, de la que el alcalde de Lorca pudiese esperar ayuda para atacar Mojácar, lo que es posible dado que en julio de 1453 ya había muerto el rey Izquierdo, se disputaban el trono el Chiquito, Aben Ismail y Ciriza, y los dos últimos estaban muy obligados con Castilla. Sin aclarar este extremo, esa apelación a la ayuda de

Almería para la empresa contra Mojácar seguirá siendo un enigma.

Por el camino de Pulpí entró el Fajardo con sus hombres en la tierra de Vera y se encaminó a Mojácar, subió con el mayor sigilo sus empinadas cuestas hasta situarse al pie de las murallas. No pudo sorprender a los mojaqueros, que estaban ya alertados y sobre las armas, y fue necesario asaltar los muros con los garfios, estacas y escalas de que sus hombres iban provistos. Vencida la resistencia de los defensores de las murallas, ocupó la población luchando calle por calle y de casa en casa. Nunca se oyó que Mojácar la inexpugnable fuera alguna vez tomada al asalto. Fajardo se llevó cautivos a Lorca los moros que no perecieron en la refriega, las mujeres y los niños. Nada más sabemos de esta hazaña de Fajardo el Bravo, pues la única fuente es la carta, que él mismo escribió a Enrique IV y el historiador lorquino fray Pedro Morote, y él es sumamente escueto, solamente dedica a este hecho la frase siguiente: «Yo gané a Mojácar, donde se hicieron tan grandes fechos que las calles corrían sangre» (259). Añade Escobar, sin citar otra fuente que la historia de fray Morote, muy poco fiable, que en esta correría Fajardo el Bravo saqueó Pulpí, que de existir entonces debía ser una pequeña alquería, y además Cuevas, Portilla, Turre, Lubrín, Bédar y Antas (260). Esto parece inverosímil, pues llevó a cabo la empresa con muy reducidas fuerzas, dato que él mismo hace notar como hemos visto, había de aprovechar al máximo el factor sorpresa y las referidas poblaciones quedaban más o menos a trasmano del camino más directo, que iba de la Fuente de Pulpí a Mojácar. Esto hace suponer que la empresa se redujo al asalto y saqueo de Mojácar, para lo que entró y salió rápidamente por el mismo camino antes de que los de Vera se rehiciesen y acudiesen al rebato.

**Lenta agonía del reino nazarita.**— En los primeros meses de 1453 muere en Granada Muhammad IX el Izquierdo y el tres de julio es ejecutado en Valladolid don Alvaro de Luna. Con las muertes, tan dispares, de los dos dictadores, cesan durante algún tiempo las guerras civiles castellanas y recomienzan una vez más las granadinas. La muerte del rey Izquierdo, hombre autoritario y tenaz, que vislumbró la solución dinástica granadina y el fin de las guerras civiles en la unión de la legitimidad con la fuerza, para lo cual casó a su hija con el rey Chiquito, pensando que los Abencerrajes, el partido más poderoso, apoyarían a éste, abre, contra lo previsto, un paréntesis de luchas, que no se va a cerrar sino con la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos. Los legitimistas proclaman en la Alhambra al rey Chiquito y los Abencerrajes se conforman con la solución prevista por el rey Izquierdo; pero muy pronto, para principios del 1454, el rey Chiquito se había enajenado las simpatías de los Abencerrajes hasta el punto de que éstos buscan un nuevo candidato al trono, lo encuentran en la persona de un sobrino de Yusuf III, Abu Nasr Sad, Cidi Sad, que los castellanos van a llamar el rey Ciriza, se retiran con él a Archidona y lo proclaman rey en julio, días antes de la muerte de Juan II, que acaece el 21 de este mes. El 23 Enrique IV es proclamado rey de Castilla y algunos días después llega a su corte Muley Hacen, hijo de Ciriza, que va con 350 granadinos a quedarse como rehén a cambio de la ayuda pedida por los Abencerrajes para imponer a su padre como rey en Granada. Un año después, en la primavera del 1455, Ciriza seguía relegado a Ronda y Archidona, mientras que el rey Chiquito tenía de su parte todo el reino con las principales ciudades y, aunque Enrique IV entró en la Vega de Granada con un poderoso ejército, los granadinos se le mantuvieron fieles. En Almería se movía ya contra él otro hijo de Ciriza, Muhammad el Zagal, apoyado en las fuerzas de su suegro Aben Celim el Nayar. El rey Chiquito debió ser destronado al fin, pues el Zagal, en un documento fechado en Almería el 1456 se titula rey de Granada (261). En mayo de 1455 Enrique IV entra hasta Málaga, que resiste bajo el mando de Ibn Abd al-Barr e Ibn Kumasa. Ciriza se acerca al real castellano a hacer pleitesía al rey. El rey Chiquito se recoge a la Alpujarra y Ciriza queda en Granada

por rey (262). Las entradas del rey de Castilla se repiten cada año como si de una romería se tratase, pues no tienen mayor efecto, pero sirven para que los nobles castellanos se entretengan y aparten su imaginación de las revueltas, y para justificar la percepción de los dineros de la Cruzada concedida por Calixto III, cuyo importe queda, casi íntegro en manos del rey, pues —según dice un cronista de la época— «muy poco se gastó en la guerra de los moros» (263).

Entre principios de 1457 y diciembre de 1461 se produce la destrucción del alcaide de Lorca Alonso Fajardo el Bravo, ordenada y encomendada a su primo y rival Pedro Fajardo por Enrique IV. En este trance, durante el primer acto —asedio y rendición de Lorca— le ayudan los moros enviados por Ciriza. Su agonía dura cinco años y se consume en tres jornadas como un drama clásico; la primera acaba entregando Lorca en agosto de 1458, la segunda, vendiendo el castillo de Xiquena al marqués de Villena en 1459 y la tercera desapareciendo misteriosamente en diciembre de 1461 cuando se rinde Caravaca después de una larga resistencia (264).

Durante este año de 1461 el condestable don Miguel Lucas de Iranzo hace desde Jaén dos entradas en el reino de Granada, cuya audacia alborotó a los granadinos, con los que Ciriza se disculpa diciendo que los verdaderos reyes eran los Abencerrajes, que se comían los impuestos y no pagaban las parias a Castilla con lo que provocaban a los castellanos y, amparándose en el furor popular contra ellos, les tiende una celada en la Alhambra y da muerte a algunos. Los demás huyen a Málaga y proclaman a Aben Ismael o Yusuf V con ayuda de Castilla. Los legitimistas se acuerdan del rey Chiquito, que lleva varios años en la Alpujarra, lo llaman a Granada, pero cae en una trampa que le tiende Muley Hacén y es degollado en la Alhambra por orden de Ciriza, que manda matar también a sus hijos (265). En octubre de 1462 Ciriza se refugia en Almería al amparo de Aben Celim y Yusuf V entra en Granada con los Abencerrajes (266). En el verano de 1463 Muley Hacén arroja de Granada a Yusuf V, que se refugia en Illora con los Abencerrajes, y cede el trono a su padre Ciriza (267). En el 1464 Muley Hacén, apoyado ahora por los Abencerrajes, echa de Granada a su padre, que se refugia en Málaga y después en Almería, donde vive, considerado como rey por su hijo, hasta su muerte en 1466 (268). En el 1465 se rompen las hostilidades entre Enrique IV y los nobles; la nueva guerra civil castellana deja en paz a Granada por algún tiempo.

En el reino de Murcia el adelantado mayor don Pedro Fajardo se impone como único dueño y, mimado por los dos bandos, procede como señor independiente. Desde la derrota en los Alporchones, la represión de Lorca y la destrucción de Mojácar los moros de la tierra de Vera parecen no dar señales de vida. En la frontera sigue la rutina de los robos pequeños y el consiguiente rescate de los cautivos, pero estos sucesos saltan a las crónicas muy de tarde en tarde. En el 1470 Juan Álvarez y Daniel Tomás, alfaqueques de Orihuela en Vera, avisan a su tierra desde Lorca que un corsario almeriense conocido por el Santo Horne, ha partido de Almería con otro corsario llamado Beniaján, con el propósito de saquear las costas de Alicante, y que otras dos galeras están a punto de partir, guiadas por un moro, que había sido criado del notario de Orihuela Juan García; nos quedamos sin conocer el desenlace de esta acción, pues el cronista oriolano no lo recoge (269).

En el 1474 los moros de Vera apresan a unos vecinos de Orihuela en represalia por la captura de unos moros efectuada por un bergantín de Ibiza el año anterior. En la cadena de reclamaciones que se desata con motivo de esto intervienen todos los capitanes de la frontera, es decir, los de Vera, Lorca, Murcia, Orihuela y el adelantado mayor. La tensión sube y se pone a punto de rompimiento al intervenir las galeotas de una y otra parte, pero salva la tregua la intervención del maestre de Montesa y de don Juan de Cardona (270). Entre las acciones que se suceden con motivo de esta disputa debe contarse la que refiere Zurita (271).



Tomás de Torrellas, hijo de un Juan que se hacía llamar conde de Iscla, fue con dos galeras en persecución de tres galeotas granadinas y consiguió darles caza fuera de la albufera del cabo de Palos, término de Cartagena; interviene don Pedro Fajardo, como señor y conde de Cartagena, apresa a 130 moros de los 150 que habían saltado a tierra, captura las tres galeotas y otra que los granadinos habían quitado a su vasallo Pedro Dezpi, por lo que Torrellas, considerando que las galeotas eran presa suya, rompió con él.

Este mismo año de 1474 el Infante de Almería Aben Celim se distancia de Muley Hacén y, previendo el próximo fin de Enrique IV, se pone en relaciones con Fernando el Católico y su padre, para asegurarse su ayuda en orden a ocupar el trono granadino (272). El 12 de diciembre muere Enrique IV, la mayor parte de la nobleza reconoce a doña Isabel, el marqués de Villena y el rey de Portugal defienden los derechos de doña Juana y estalla la guerra que se prolonga hasta 1479, Durante estos años Castilla y Granada firman dos treguas, una el 25 de junio de 1475, que se prorroga el año siguiente. No obstante esta tregua, el alcaide de Almería, otro Malique Alabez, y Muley Hacén, aprovechan que el adelantado mayor de Murcia está luchando contra el marqués de Villena y tiene abandonada la frontera de Vera para realizar sendas entradas. El primero la lleva a cabo en febrero de 1477 con 1.500 lanzas y roba los lugares abiertos. El segundo entra desde Vélez-Blanco con cuatro mil caballos y 30 mil peones, pasa de largo ante Caravaca, que encuentra alertada y en defensa, llega a Cieza, villa abierta, de la Orden de Santiago, saquea e incendia el lugar, mata 80 personas y se lleva cautivas otras 500, sin que pueda impedirlo don Pedro Fajardo, que llega tarde a interceptarle la vuelta (273).

El 17 de enero de 1478 Castilla y Granada firman una tregua por tres años, la última que los Reyes Católicos conceden a Muley Hacén, pues cuando se cumple, se prepara la guerra de Granada que termina con la conquista de este reino (274). De estos últimos años apenas tenemos noticias de la frontera de Vera. Una aventura, que ha pasado al romancero, es el robo de la novia de Serón llevado a cabo en 1478 por 40 caballeros lorquinos, que entraron por la frontera de Vera, subieron por el Almanzora y llegaron a las inmediaciones de Serón, donde cautivaron a una mora que llevaban a casar en Baza, derrotaron a una tropa que salió de Serón a rescatarla, dejaron en libertad a la novia y se llevaron como trofeo una bandera y el cabezal de la mula que montaba la novia (275). Es el último eslabón de la larga guerra de la frontera inmortalizado por el romancero.



## NOTAS

- (1) E. MOLINA LOPEZ. «La cora de Tudmir según al-Udrí (s. XI)», (1972), págs. 73-74.
- (2) G. ABD AL-KARIM. «La España musulmana en la obra de Yaquf (s. XI-XIII)», (1974), pág. 138.
- (3) ID. Ob. cit. pág. 138, nota 342 y pág. 139.
- (4) M. AL-EDRISI. «Descripción de España», (1901), págs. 32 y 36.
- (5) J. VALLVE BERMEJO. «La división territorial en la España musulmana. II. La cora de "Tudmir" (Murcia)». En AL-ANDALUS, XXXVII, (1972), pág. 152, nota 17.
- (6) F. PEREZ DE GUZMAN. «Crónica de don Juan I». En BAE, LXVIII, 1953, pág. 279.
- (7) J. MÜNZER. «Viaje por España y Portugal, 1494-1495», (1951), cap. 6.º pfo. 4.º
- (8) F. J. SIMONET. «Descripción del reino de Granada». 1860, pág. 150.
- (9) M. CASIRI. «Bibliotheca Arabigo-Hispana Escorialense». II, MDCCLXX, pág. 137.
- (10) PONCE DE LEON, E. «El marqués de Cádiz», (1949), pág. 300.
- (11) ARCH. ALHAMBRA, leg. 20, fol. 4.
- (12) G. ABD AL-KARIM. Ob. cit. pág. 139, nota 344.
- (13) A. GAMIR. «Las fardas para la costa granadina (siglo XVI)». En «Carlos V 1500-1558», (1958), pág. 293.
- (14) A. JIMENEZ SOLER. «La Corona de Aragón y Granada». En BABLB, III-IV, pág. 326.
- (15) E. EQUILAZ. «Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental», (1886).
- (16) GESNER. «De avibus», lib. III.
- (17) F. CASTRO GUIASOLA. «Observaciones sobre las fuentes literarias de "La Celestina"», (1973), pág. 120.
- (18) F. J. SIMONET. Ob. cit. ibidem.
- (19) R. DOZY Y OTROS. «Analectes sur l'histoire et la litterature des Arabes d'Espagne par al-Maqqari», I (1855), pág. 91.
- (20) E. MOLINA LOPEZ. Ob. cit. pág. 33.
- (21) M. AL-EDRISI. Ob. cit. pág. 36.
- (22) F. J. SIMONET. Ob. cit. pág. 151.
- (23) PONCE DE LEON, E. Ob. cit. págs. 302 y 304.
- (24) ARCH. CTDRAL. ALMERIA, Leg. «Erección Apostólica», doc. II.
- (25) ARCH. MPAL. TURRE. «Libro de Apeos de 1573», s.f.
- (26) SIMANCAS. «Cámara de Castilla 4.ª serie», leg. 2.201, fol. 46.
- (27) ARCH. CTDRAL. ALMERIA, doc. cit.
- (28) E. MOLINA LOPEZ. Ob. cit. pág. 33, nota 105.
- (29) ARCH. MPAL. BEDAR. «Libro de Apeo de 1573», fol 19 vltto.
- (30) ARCH. MPAL. BEDAR. «Libro de Apeo de 1573», fol. 11 vltto. y 20.
- (31) ARCH. MPAL. BEDAR. «Libro de Apeo de 1573», fol. 30 vltto., 34 vltto.
- (32) ARCH. MPAL. BEDAR. «Libro de Apeo de 1573», fol. 46-54.
- (33) ARCH. MPAL. BEDAR. «Libro de Apeo de 1573», fol. 63-85.
- (34) G. ABD AL-KARIM. Ob. cit. pág. 100.
- (35) ARCH. CHANCIILLERIA GRANADA. Apeos Loaysa. Antas 209, s.f.
- (36) F. J. SIMONER. Ob. cit. pág. 111.

- (37) A. PALENCIA. Guerra de Granada, 1909, pág. 353.
- (38) PONCE DE LEON, E. Ob. cit. pág. 301.
- (39) ARCH. CHANCILLERIA GRANADA. Apeos Loaysa. Cuevas, 209-60 s.f.; SIMANCAS, «Cámara de Castilla 4.ª serie», leg. 2.201 s.f.
- (40) E. MOLINA LOPEZ. Ob. cit. pág. 68, nota 82.
- (41) J. VALLVE BERMEJO. Ob. cit. pág. 171.
- (42) R. CALA Y LOPEZ y M. FLORES GONZALEZ. «Informe histórico y arqueológico sobre la ciudad de Cuevas de Vera». RSEA, XII (1921), págs. 60-63.
- (43) E. SAAVEDRA. «La Geografía de España del Edrisi». En BSG, X (1881), pág. 376; C. E. DUBLER. «Idrisiada hispánica». AL-ANDALUS, XXX, pág. 125.
- (44) IBN IDARI. «Al-Bayan al-Mugrib». En CAR, III, pág. 287.
- (45) J. A. TAPIA. «Vélez-Blanco, la villa señorial de los Fajardo», (1959), pág. 168.
- (46) ARCH. PQUIAL. HUERCAL-OVERA. «Lib. 4.º de Archivo», fols. 20 y ss. Se copian unos folios del Apeo del pueblo de 1574.
- (47) E. TERES. «"Al-Walaya", topónimo árabe». AL-ANDALUS, XXXIII (1988), pág. 295.
- (48) M. LAFUENTE ALCANTARA. «Historia de Granada y de sus cuatro provincias». II, pág. 323.
- (49) E. LEVI-PROVENÇAL. «España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J.C.). Instituciones y vida social e intelectual». En HEMP, V (1957), pág. 171.
- (50) G. MENENDEZ PIDAL. «Los caminos en la Historia de España», (1951), pág. 44.
- (51) E. LEVI-PROVENÇAL. Ob. cit. pág. 189.
- (52) E. MOLINA LOPEZ. Ob. cit. pág. 73.
- (53) E. LEVI-PROVENÇAL. Ob. cit. pág. 191. ID. «L'Espagne musulmane au X<sup>e</sup> siècle», (1932), pág. 181; J. ALEMANY BOLUFER. «La descripción de la Península Ibérica en los escritores árabes». En RCEHG, IX (1919), pág. 123.
- (54) E. MOLINA LOPEZ. Ob. cit. págs. 50-51.
- (55) M. ARCAS CAMPOY. «El iqlim de Lorca». En CHI, (1971), pág. 92.
- (56) J. VALLVE BERMEJO. Ob. cit. pág. 157.
- (57) G. ABD AL-KARIM. Ob. cit. pág. 142.
- (58) IBN HAWQAL. «Configuración del mundo», (1971), pág. 68.
- (59) E. MOLINA LOPEZ. Ob. cit. págs. 50-52.
- (60) C. E. DUBLER. Ob. cit. págs. 125-126.
- (61) J. MÜNZER. Ob. cit. ibidem.
- (62) E. LEVI-PROVENÇAL. Ob. cit. pág. 328.
- (63) J. M.ª GARCIA FUENTES. «Notas sobre orfebrería hispano-musulmana». En MEAH, (1965), pág. 103.
- (64) L. SIRET. «Villaricos y Herrerías». En MRAH, 14 (1909), págs. 44 y 477.
- (65) MUJTAR AL-ABBADI. «Muhammad V Alqani-Bi-Liah rey de Granada». En RIEI, XIII (1965), pág. 53.
- (66) J. TORRES FONTES. «Murcia en el siglo XIV». En AEM, 7 (1970), pág. 255.
- (67) J. TORRES FONTES. «Xiquena, castillo de la frontera», (1960), pág. 16.
- (68) MUJTAR AL-ABBADI. Ob. cit. pág. 51.
- (69) J. M. CARRIAZO. «Un alcalde entre los cristianos y los moros en la frontera de Granada». AL-ANDALUS, XIII (1948), pág. 35; J. TORRES FONTES. «El alcalde entre moros y cristianos del reino de Murcia» HISPANIA, LXXXVII, págs. 57 y 53.
- (70) L. SECO DE LUCENA. «El juez de la frontera y los fieles del rastro». En MEAH, VII (1958), págs. 137-140; J. M. CARRIAZO. Ob. cit. págs. 42-64.
- (71) D. HURTADO DE MENDOZA. «Guerra de Granada». BAE, XXI (1946), pág. 86.
- (72) J. M. CARRIAZO. «Historia de la guerra de Granada». En HEMP, XVII, 1.º (1969), pág. 436.
- (73) J. TORRES FONTES. «Xiquena...», págs. 22-23; L. SUAREZ FERNANDEZ. «Juan II y la frontera de Granada», (1954), pág. 16.
- (74) R. ARIE. «L'Espagne musulmane au temps des nasrides». (1973), pág. 51.
- (75) J. TORRES FONTES. «Notas sobre los fieles del rastro y alfaqueques murcianos». En MEAH, X (1961), pág. 90.
- (76) P. BELLO. «Anales de Orihuela», I (1954), pág. 186.
- (77) J. TORRES FONTES. «Los judíos murcianos en el siglo XIII». En MURGETANA, XVIII (1961), págs. 5-20; ID. «El alcalde mayor de las aljamas de moros en Castilla». En AHDE, XXXII, 1964, págs. 165, 139 y 149.
- (78) ALFONSO EL SABIO. «Las Cantigas». Ed. RAE, I, pág. CIII.
- (79) ARCH. MPAL. MURCIA. «Cartas reales», I, fol. 106 vltto.
- (80) M. ALARCON Y R. GARCIA. «Los documentos árabes diplomáticos del Archivo de la Corona de Aragón», (1940), págs. 184-186.
- (81) P. LOPEZ ELUM. «Apresamiento y venta de moros cautivos en 1441 por "acaptar" sin licencia». AL-ANDALUS, XXXIV (1969), pág. 331.

- (82) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 332.
- (83) J. TORRES FONTES. «La Intromisión granadina en la vida murciana». AL-ANDALUS, XXVII (1962), pág. 147.
- (84) F. GAFULLA. «La redención de cautivos entre los musulmanes». En BRABLE, XXVIII (1928), pág. 147.
- (85) J. M. CARRIAZO. «En la frontera de Granada», (1971), pág. 268.
- (86) R. ARIE. Ob. cit. pág. 327; J. TORRES FONTES. «Notas sobre...», pág. 104.
- (87) P. MARIN. «Miraculos romanzados de Santo Domingo de Silos», (1736), pág. 141.
- (88) P. MARIN. Ob. cit. págs. 156-157.
- (89) P. MARIN. Ob. cit. pág. 202.
- (90) «Crónica de Alfonso X». BAE, (1953), pág. 50.
- (91) F. FERNANDEZ Y GONZALEZ. «Estado social y político de los mudéjares de Castilla», (1866), pág. 267.
- (92) J. ZURITA. «Anales de la Corona de Aragón», I (1669), pág. 224.
- (93) IBN IDARI. Ob. cit. ibidem.
- (94) C. TORRES DELGADO. «El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340)», (1974), págs. 204-205.
- (95) J. REGLA CAMPISTOL. «La corona de Aragón (1336-1410). En HEMP, XIV (1966), págs. 449-454; V. SALA-  
VERT Y ROCA. «La expansión catalano-aragonesa por el Mediterráneo en el siglo XIV». En AEM, (1970-1971),  
págs. 17-25.
- (96) ARCH. HISTORICO NACIONAL. «Ordenes militares. Orden de Santiago», carpeta 316, doc. 94.
- (97) D. JUAN MANUEL. «Tratado de las armas que fueron dadas a su padre». En BAE, LI (1860), pág. 263; A. JIME-  
NEZ SOLER. «Don Juan Manuel», (1932), pág. 3.
- (98) M. LAFUENTE ALCANTARA. Ob. cit. II, págs. 349 y 360.
- (99) F. PALANQUES. «Vélez-Rubio», (1909), pág. 79.
- (100) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 1-3.
- (101) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 7-10.
- (102) M. GASPAS REMIRO. «Relaciones de la Corona de Aragón con los estados musulmanes de Occidente». En  
RCEHG, XIII (1923), págs. 186-187.
- (103) M. GASPAS REMIRO. Ob. cit. págs. 160 y 238.
- (104) M. GASPAS REMIRO. Ob. cit. pág. 259.
- (105) M. GASPAS REMIRO. Ob. cit. pág. 269.
- (106) J. M.<sup>a</sup> RUBIO Y OTROS. «La Baja Edad Media y la Unidad Nacional». En HEG, III (1959), pág. 72.
- (107) A. JIMENEZ SOLER. «La corona...», págs. 138-139.
- (108) A. JIMENEZ SOLER. «La corona...», pág. 130.
- (109) A. JIMENEZ SOLER. «La corona...», págs. 114-115.
- (110) A. JIMENEZ SOLER. «La corona...», pág. 142.
- (111) F. SANCHEZ DE TOVAR. «Crónica de Fernando IV». En BAE, LXVI (1953), págs. 161 y ss.; ANONIMO. «Cróni-  
ca General de 1344», (1971), I.
- (112) A. BENAVIDES. «Memorial del rey don Fernando IV de Castilla. I», (1860), págs. 657-678.
- (113) A. JIMENEZ SOLER. Ob. cit. pág. 158; ARCH. CORONA ARAGON. «Bulario», leg. 25, fol. 18.
- (114) R. ARIE. Ob. cit. pág. 89; A. JIMENEZ SOLER. «El sitio de Almería en 1309», (1904), págs. 92-94.
- (115) C. SANCHEZ ALBORNOZ. «España musulmana», II (1973), pág. 481.
- (116) R. ARIE. Ob. cit. pág. 90.
- (117) R. ARIE. Ob. cit. pág. 245.
- (118) J. ZURITA. Ob. cit. I, lib. V, cap. 78; F. ESCOBAR. «Lorca árabe», III (1921), págs. 265-267.
- (119) J. ESPIN RAEL. «Un episodio poco conocido de la Historia de Murcia». En LA VERDAD, 28-3-1935 y en LA  
CRONICA, 31-3-1935; ID. «Más del castillo de Lubrín o de san Pedro, que así fue llamado en el año 1309».  
En LA CRONICA, 30/1-5-1935.
- (120) F. CASTRO GUIASOLA. «El castillo de Lubrín en el 1309». En LA INDE. 18-5-1935.
- (121) REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. «Privilegios de la Iglesia de Cartagena y otros», C. 12, fol. 629 vto.
- (122) A. BENAVIDES. Ob. cit. pág. 711.
- (123) A. BENAVIDES. Ob. cit. pág. 730.
- (124) J. TORRES FONTES. «El acaide entre moros...», pág. 57.
- (125) A. MERINO. «Geografía histórica del territorio de la actual provincia de Murcia...», (1915), pág. 84.
- (126) A. JIMENEZ SOLER. Ob. cit. págs. 30 y 50.
- (127) ARCHIVO CORONA ARAGON. «Registro General in viagio Almarie Jacobi II», pars I, fols. 69 y 62 vto.
- (128) ARCHIVO CORONA DE ARAGON. Ibidem pars II, fol. 225.
- (129) J. ZURITA. Ob. cit. ibidem.
- (130) A. JIMENEZ SOLER. «La corona...», pág. 165.
- (131) R. ARIE. Ob. cit. págs. 92-93.
- (132) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 23-25.
- (133) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. pág. 20.

- (134) L. SECO DE LUCENA. «Cortesianos nasries del siglo XV». En MEAH, VII (1958), págs. 23-29.
- (135) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 10-11.
- (136) C. TORRES DELGADO. Ob. cit. pág. 257.
- (137) A. JIMENEZ SOLER. «Don Juan Manuel», pág. 470.
- (138) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 33-36.
- (139) F. ESCOBAR. Ob. cit. III, pág. 273.
- (140) MUJTAR AL-ABBADI. Ob. cit. pág. 221.
- (141) J. M.<sup>a</sup> CASCIARO. «El Visirato en el reino nazarí de Granada», (1947), pág. 18; R. ARIE. Ob. cit. págs. 98-99.
- (142) M. CASIRI. Ob. cit. II, pág. 294; M. LAFUENTE ALCANTARA. Ob. cit. II, pág. 383; E. GARRES. «Historia de Vera», (1908), pág. 26; B. MORCILLO. «Historia de Almería», pág. 48.
- (143) J. ZURITA. Ob. cit. II, fols. 87-98.
- (144) R. ARIE. Ob. cit. pág. 100.
- (145) A. JIMENEZ SOLER. «La corona...», pág. 326.
- (146) F. SANCHEZ DE TOVAR. «Crónica de Alfonso XI». En BAE, LXVI (1953), págs. 223 y 227; A. JIMENEZ SOLER. «Don Juan Manuel», pág. 97.
- (147) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 16.
- (148) J. ZURITA. Ob. cit. II, fol. 31.
- (149) F. SANCHEZ DE TOVAR. Ob. cit. págs. 225-228.
- (150) P. BELLOT. Ob. cit. I, págs. 16-17; R. ARIE. Ob. cit. págs. 204 y 263.
- (151) F. CASCALES. «Discursos históricos... de la ciudad de Murcia». Año 1332.
- (152) F. PALANQUES. Ob. cit. pág. 87.
- (153) ARCH. MPAL. MURCIA. «Cartas reales», I, fol. 99 vto. Según la transcripción de A. Jiménez Soler, en «Don Juan Manuel», pág. 596.
- (154) R. D'ABADAL. «Pedro el Ceremonioso y los comienzos de la decadencia política de Cataluña». En HEMP, XIV (1966), págs. XXVII.
- (155) C. TORRES DELGADO. Ob. cit. pág. 285.
- (156) F. SANCHEZ DE TOVAR. Ob. cit. pág. 245; R. ARIE. Ob. cit. pág. 101.
- (157) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 101-102.
- (158) F. SANCHEZ DE TOVAR. Ob. cit. págs. 259-260.
- (159) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 61-63.
- (160) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 84-87.
- (161) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 87-89.
- (162) F. CANOVAS Y COBEÑO. «Historia de Lorca», (1898), pág. 239; F. ESCOBAR. Ob. cit. III, pág. 338.
- (163) F. SANCHEZ DE TOVAR. Ob. cit. pág. 366.
- (164) F. ESCOBAR. Ob. cit. III, pág. 344.
- (165) MUJTAR AL-ABBADI. Ob. cit. pág. 225.
- (166) M. ALARCON Y R. GARCIA. Ob. cit. págs. 128-130.
- (167) Ed. Muller, págs. 14-36, según cita de C. Torres Delgado, ob. cit. pág. 327, nota 56.
- (168) Publicada por Mujtar Al-Abbadí en «Musahadat Lisan al-din Ibn al-Jatib fi bilad al-Magrib wa-l-Andalus», (1958), págs. 23-53; R. ARIE. Ob. cit. pág. 191, nota 2.
- (169) MUJTAR AL-ABBADI. «Muhammad V...», pág. 68.
- (170) MUJTAR AL-ABBADI. «Muhammad V...», pág. 85.
- (171) M. MARTINEZ ANTUÑA. «Abenjátima de Almería y su tratado de la peste». En RC, X (1928), págs. 86-89.
- (172) R. ARIE. Ob. cit. págs. 106-107.
- (173) R. ARIE. Ob. cit. págs. 108 y 110. «Crónica de Pedro I». En BAR, LXVI (1953), págs. 518-519.
- (174) F. CASCALES. Ob. cit. año 1375.
- (175) P. BELLOT. Ob. cit. I, págs. 154-155.
- (176) J. TORRES FONTES. Ob. cit. págs. 65.
- (177) J. TORRES FONTES. «La embajada de Alí ibn Kumasa en 1382». En MURGETANA, XVI (1961), págs. 26-29.
- (178) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 161.
- (179) J. TORRES FONTES. «El alcalde entre moros...», pág. 66.
- (180) R. ARIE. Ob. cit. pág. 116, notas 4 y 5.
- (181) R. ARIE. Ob. cit. I, pág. 174.
- (182) F. CASCALES. Ob. cit. año 1391.
- (183) M. LAFUENTE ALANTARA. Ob. cit. III, págs. 5, 9 y 10; «Crónica del rey don Enrique III». En BAE, LXVIII (1953), pág. 201.
- (184) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 181.
- (185) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 184.
- (186) F. ESCOBAR. Ob. cit. III, pág. 183.

- (187) F. CASCALES. Ob. cit. año 1403.
- (188) F. ESCOBAR. Ob. cit. III, págs. 184-185; L. MAGAÑA. «Baza histórica», págs. 209-210.
- (189) J. M. CARRIAZO. «Un alcalde...», pág. 57.
- (190) J. TORRES FONTES. «Notas sobre...», pág. 99.
- (191) F. CASCALES. Ob. cit. año 1406.
- (192) F. CASCALES. Ob. cit. ibidem.
- (193) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 279; P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 198; F. CASCALES. Ob. cit. año 1407.
- (194) L. SUAREZ FERNANDEZ. Ob. cit. pág. 8; J. TORRES FONTES. «La Regencia de don Fernando el de Antequera y las relaciones castellano-granadinas (1407-1416). La frontera castellano-granadina». En MEAH, (1965), pág. 149.
- (195) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 200.
- (196) A. ARCO Y MOLINERO. «Glorias de la nobleza española», (1899), pág. 166.
- (197) F. CANOVAS Y COBEÑO. Ob. cit. pág. 258; N. ACERO Y ABAD. «Ginés Pérez de Hita», (1889), pág. 128.
- (198) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. págs. 279-280; J. TORRES FONTES. Ob. cit. pág. 169; L. SUAREZ FERNANDEZ. «Los Trastámara de Castilla y Aragón». En HEMP, XV (1964), pág. 33.
- (199) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. págs. 286-287. Las citas literales que se hacen en el texto están tomadas de este capítulo.
- (200) M. LAFUENTE ALCANTARA. Ob. cit. III, pág. 32; L. SUAREZ FERNANDEZ. «Juan II...», pág. 8; J. TORRES FONTES. Ob. cit. págs. 157.
- (201) E. GARCÍA ASENSIO. «Historia de Huércal-Overa y su comarca», II (1908), pág. 53.
- (202) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 287.
- (203) I parte, cap. XVIII.
- (204) J. TORRES FONTES. Ob. cit. págs. 169-170.
- (205) L. SECO DE LUCENA. «Nuevas noticias acerca de los Mufarrig». En BOMLP, (1926), pág. 300.
- (206) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 208.
- (207) F. CASCALES. Ob. cit. año 1410.
- (208) F. ESCOBAR. Ob. cit. III, pág. 407.
- (209) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 237.
- (210) J. TORRES FONTES. «El alcalde entre moros...», pág. 70.
- (211) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 262.
- (212) R. ARIE. Ob. cit. pág. 130; F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 373.
- (213) J. TORRES FONTES. «Nuevas noticias acerca de Muhammad VIII, rey de Granada». En MEAH, (1960), pág. 128.
- (214) L. SECO DE LUCENA. «Nuevas rectificaciones a la historia de los Nasries». AL-ANDALUS, XX (1955), pág. 404; ID. «Más rectificaciones a la historia de los últimos nasries». AL-ANDALUS, XXIV (1959), pág. 284; R. ARIE. ob. cit. pág. 131.
- (215) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 272.
- (216) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 300.
- (217) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 284.
- (218) L. MAGAÑA. Ob. cit. pág. 213.
- (219) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 405.
- (220) J. TORRES FONTES. «Notas sobre los fieles...», pág. 102, nota 17.
- (221) L. SUAREZ FERNANDEZ. Ob. cit. pág. 18, nota 53.
- (222) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 449; F. DEL PULGAR. «Tratado de los reyes de Granada». En SEV, X (1788), págs. 108-109.
- (223) P. CARRILLO DE HUETE. «Crónica del Halconero de Juan II», (1946), pág. 91; L. BARRIENTOS. «Refundición de la Crónica del Halconero», (1946), pág. 95.
- (224) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 314.
- (225) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. págs. 483-484.
- (226) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. págs. 497-498; ANONIMO. «Crónica de don Alvaro de Luna», (1940), págs. 128-140.
- (227) P. CARRILLO DE HUETE. Ob. cit. pág. 119; F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 503.
- (228) L. SUAREZ FERNANDEZ. Ob. cit. pág. 22, nota 77.
- (229) J. TORRES FONTES. «Xiquena...», pág. 94, nota 66.
- (230) A. GARCÍA DE SANTA MARIA. «Crónica de Juan II», En CODDIN, C, pág. 381; P. CARRILLO DE HUETE. Ob. cit. pág. 162; ANONIMO. «Historia de la Casa Real de Granada», apud. J. M. Carriazo, «En la frontera de Granada», (1971), pág. 177; F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 516. En ésta se le llama Juan Fajardo, error que sedujo a Cascales y otros eruditos.
- (231) P. CARRILLO DE HUETE. Ob. cit. pág. 224.
- (232) F. ESCOBAR. Ob. cit. pág. 442.

- (233) J. TORRES FONTES. Ob. cit. págs. 59-64.
- (234) J. TORRES FONTES. Ob. cit. pág. 76. Cita a D. Rodríguez de Almela, «Batallas campales», núm. CCXIII.
- (235) L. SECO DE LUCENA. «Cortesianos nasríes...», pág. 21; J. TORRES FONTES. Ob. cit. págs. 70-71.
- (236) L. AMADOR DE LOS RÍOS. «Memoria histórico-crítica sobre las treguas celebradas en 1439 entre los Reyes de Castilla y Granada. En MRAH, IX (1879), págs. 60-133.
- (237) J. TORRES FONTES. Ob. cit. pág. 75.
- (238) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 654; P. CARRILLO DE HUETE. Ob. cit. pág. 488.
- (239) H. LIVERMORE. «Notas sobre la historia de Granada». AL-ANDALUS, XXVIII, (1963), pág. 333; J. TORRES FONTES. «La intromisión...», AL-ANDALUS, XXVII, (1962), pág. 107.
- (240) P. BELLOT. Ob. cit. I, pág. 406, nota 217.
- (241) J. TORRES FONTES. Ob. cit. pág. 120.
- (242) J. TORRES FONTES. «Fajardo el Bravo», (1944), págs. 126-129; ID. «La intromisión...», pág. 122.
- (243) J. TORRES FONTES. Ob. cit. pág. 125.
- (244) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. pág. 676; J. TORRES FONTES. «Fajardo...», págs. 38-39.
- (245) F. CASCALES. Ob. cit. año 1452; G. PEREZ DE HITA. «Guerras civiles de Granada», I (1779), cap. 2º
- (246) D. RODRIGUEZ AMELLA. «Batallas campales», 1487 batalla CCXVIII.
- (247) L. SECO DE LUCENA. «Investigaciones sobre el romancero». En BUG, VII (1958), págs. 29-40; ID. «Cortesianos...», pág. 22.
- (248) J. TORRES FONTES. «La intromisión...», págs. 131 y ss.
- (249) J. TORRES FONTES. «Fajardo...», págs. 53-54. Apéndice págs. 134-136.
- (250) F. PEREZ DE GUZMAN. Ob. cit. págs. 666-667.
- (251) J. TORRES FONTES. Ob. cit. pág. 176.
- (252) Se refiere la batalla de los Alporchones en la «Crónica de don Juan II» de Pérez de Guzmán y en la «Batallas campales» de Rodríguez de Amella que son las fuentes donde beben los historiadores nacionales y locales.
- (253) P. MOROTE. «Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca», (1741), pág. 363.
- (254) J. TORRES FONTES. «La intromisión...», pág. 137.
- (255) L. SUAREZ FERNANDEZ. «Los Trastámara...», pág. 207; J. TORRES FONTES. Ob. cit. pág. 139.
- (256) L. SECO DE LUCENA. «Más rectificaciones...», págs. 285-295.
- (257) J. TORRES FONTES. «Fajardo...», pág. 50 y 136.
- (258) J. TORRES FONTES. Ob. cit. págs. 52 y 176.
- (259) J. TORRES FONTES. Ob. cit. págs. 53 y 176.
- (260) F. ESCOBAR. Ob. cit. III, págs. 527 y ss.
- (261) J. TORRES FONTES. «La intromisión...», pág. 144, nota 59.
- (262) H. LIVERMORE. Ob. cit. pág. 339.
- (263) D. VALERA. «Memorial de diversas hazañas» (1941), pág. 41.
- (264) J. TORRES FONTES. «Fajardo...», págs. 70-83 y apéndice; ID. «Xiquena...», pág. 122.
- (265) ANONIMO. «Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo», (1940), págs. 78-84; H. LIVERMORE. Ob. cit. pág. 347.
- (266) ANONIMO. «Hechos...», págs. 91-94.
- (267) L. SECO DE LUCENA. «Nuevas rectificaciones...», pág. 404; ID. «Más rectificaciones...», pág. 284.
- (268) L. SECO DE LUCENA. «Cuando subió Muley Hacén al trono de Granada». En AL-ANDALUS, XXII (1957), págs. 21-30.
- (269) P. BELLOT. Ob. cit. I, págs. 133 y 474.
- (270) P. BELLOT. Ob. cit. I, págs. 134 y 475.
- (271) J. ZURITA. Ob. cit. IV, pág. 218.
- (272) M. GARRIDO ATIENZA. «Las capitulaciones para la entrega de Granada», (1910), pág. 159.
- (273) J. TORRES FONTES. «Las relaciones castellano-granadinas de 1475 a 1478». HISPANIA, LXXXVI (1962), pág. 12.
- (274) SIMANCAS. «Patronato Real. Capitulaciones con moros y caballeros cristianos», 11,4.
- (275) G. PEREZ DE HITA. «Libro de la población y hazañas de...Lorca», 1572 canto XV; J. ESPIN RAEL. «Una cabecada árabe granadina y una bandera morisca». En RIPMPBAN, XI-XII (1932).